

Traducción y traición:
Traducción y análisis de Guzmán, Hildegart y de la Mora

Katie Kalivoda

Tesis de honor presentada al departamento de Estudios Hispánicos
Davidson College
23 de abril de 2014
Profesoras Melissa González, Kyra Kietrys, Angela Willis

Copyright © Katie Kalivoda, 2014
All Rights Reserved

Para cumplir con los requisitos de la especialización
como un candidato a maestría en
Licenciado en letras con honores, Estudios Hispánicos
Davidson College, Davidson, Carolina del Norte

Dedicación

A mi hermano, Nick Kalivoda, por inspirar mi lingüista interior.

Reconocimientos

Muchas gracias a las siguientes personas y organizaciones
por ayudar hacer posible este proyecto:

Dr. Kyra Kietrys
Dr. Melissa González
Dr. Angela Willis
Dr. Scott Denham
Dr. Keyne Cheshire
Felipe Santacruz

La clase de “Memory, Women, and Contemporary Spain,” Davidson College
El departamento de Estudios Hispánicos, Davidson College
La oficina de Asuntos Académicos, Davidson College
La Biblioteca Nacional de España

Índice

I.	Introducción	5
II.	Notas y Traducciones	
a.	Capítulo 1: <i>The Confidant</i>	
i.	Capítulo 1A: Nota de la traductora	19
ii.	Capítulo 1B: Traducción	25
b.	<i>Quo Vadis, Bourgeoisie?</i>	
i.	Capítulo 2A: Nota de la traductora	43
ii.	Capítulo 2B: Traducción	49
c.	<i>En lugar del esplendor: autobiografía de una mujer española</i>	
i.	Capítulo 3A: Nota de la traductora	79
ii.	Capítulo 3B: Traducción	88
III.	Análisis y conclusión	142
IV.	Obras citadas	154
V.	Apéndice: textos originales	
a.	<i>El confidente</i>	
b.	<i>¿Quo vadis, burguesía?</i>	
c.	<i>In Place of Splendor: The Autobiography of a Spanish Woman</i>	

Introducción

Este proyecto incluye las traducciones de tres obras: *El confidente*, *¿Quo vadis, burguesía?*, y *In Place of Splendor*. Las primeras dos son novelitas proletarias escritas por Eduardo de Guzmán e Hildegart Rodríguez Carballeira respectivamente. Fueron publicadas en 1932 en la serie *La novela proletaria* por Ediciones Libertad en Madrid. He traducido la primera edición de las obras al inglés. Consulté la segunda edición de la serie que fue editado por Gonzalo Santonja y publicada en Madrid en 1979 por Ayuso. Mis traducciones reflejan las versiones originales y no contienen los cambios de Santonja. Hasta ahora, no existe publicaciones de las traducciones.

La serie *La novela proletaria* está compuesta de veintidós novelitas proletarias publicadas en el mismo año. Todas son novelas cortas, alrededor de treinta y dos páginas, y pequeñas, de 15 x 10 centímetros. Se vendieron en quiosco a veinticinco céntimos. Por eso, tenían mucha fama y una diseminación amplia—se vendió un promedio de 30.000 ejemplares cada una (Santoja 11-12, 17). Todas tienen una intención propagandista, y Santoja explica en la introducción de su edición que la mayoría de los autores “militaban en los sectores más radicales del republicanismo;” e incluyen “siete de los ocho miembros de la Comisión Ejecutiva de la Alianza de Izquierdas,¹” muchos anarcosindicalistas y algunos comunistas (14-17).

Elegí traducir las novelas de Guzmán e Hildegart porque las dos se centran en un personaje que traiciona a la clase obrera. López y Luis Ogral son los traidores en *El confidente* y *¿Quo vadis, burguesía?* respectivamente. Los dos autores describen al traidor como inferior en términos del género, la sexualidad, la discapacidad y la animalidad. Al contrario, el héroe es

¹ “[Una] coalición formada en enero de [1932] por un grupo de diputados pertenecientes a partidos sin representación gubernamental con el objeto de ‘poner un dique a la actuación de las derechas y amparar las

alabado por ser heteronormativo, sano, fuerte, y humano. Guzmán e Hildegart tienden a hípersexualizar al traidor y al héroe al extremo bueno y malo.

Guzmán crea la masculinidad extrema porque *El confidente* se centra en la fraternidad de cuatro amigos anarquistas—Juan, Felipe, Antonio, y Pedro. Abre a una escena en un bar en que esperan a su quinto compañero, López, para llevar a cabo un golpe de estado. Sin embargo, López les había vendido al gobierno dominante, su enemigo. En lugar de López, llega la policía con la pistola en la mano. Le dan un tiro a Juan en el pecho, y él se sacrifica para que los otros tres puedan escaparse. Después de huir y atender a la pierna herida de Felipe, los tres dedican a vengarse a López en memoria de Juan. Secuestran a López, lo llevan al bosque, y lo asesinan. Ya que los buscan la policía y el gobierno, ellos se exilian pero proclaman que van a seguir luchando por la causa anarquista para siempre.

La novelita ofrece una imagen del hombre macho y anarquista. Paradójicamente, los protagonistas combaten el sistema político y corresponden a la definición tradicional del hombre que propaga el sistema. Aunque es contradictorio, Guzmán enfatiza su fuerza, poder, y su rol importante y controversial en la sociedad:

Los cuatro hombres tenían tipo de trabajadores; frentes amplias de pensadores; ojos exaltados de idealistas prestos a todas la audacias y todos los sacrificios.

Mandíbulas cerradas que hablaban de una energía poco corriente. Y manos

callosas de quien diariamente se gana el pan con el esfuerzo de sus brazos. (8)

Además de tener rasgos fuertes y masculinos, Guzmán subraya que son buenos porque son fieles. Juan, el héroe ideal, se sacrifica. Resiste solo a la policía por dos horas hasta que no puede seguir disparando (Guzmán 14-15). Los tres compañeros responden, “Te vengaremos. Uno sólo que salga con vida, es la seguridad de que López morirá pronto” (Guzmán 11). Al contrario, cuando

menciona a López, Guzmán lo describe negativamente: es “una figura repulsiva de traidor,” una figura “odiosa” (22, 16). Guzmán se diferencia entre los anarquistas y López, en términos flagrantes, como de blanco y negro. Dice explícitamente, “Todo lo perdonaban los anarquistas, menos la traición, al canalla que por unas pesetas era capaz de vender a sus hermanos de clase y de lucha” (29).

Como a López, critica flagrantemente a los gobiernos engañosos también. En una frase tan larga que forma un párrafo entero, Guzmán desdeña a los políticos que dan promesas y esperanza a los obreros pero al final terminan como los gobernantes explotadores del régimen previo. Las cláusulas de la frase apilan una encima de otra, creando un tono hiperbólico típico de las novelas proletarias. Entonces, la novelita tiene un mensaje simple y obvio: ser masculino, fuerte, trabajador y fiel a la causa anarquista. Todos estos rasgos crean un héroe verdadero según Guzmán.

Hildegart incorpora el mismo mensaje en *¿Quo vadis, burguesía?* Sin embargo, lo hace con anti ejemplos. En vez de alabar a los anarquistas, Hildegart solamente critica al traidor por ser homosexual. Por eso, también entrelaza una crítica de la tracción con el tema de la sexualidad. Esta obra gira en torno de la relación entre don Pascual de Zarzamora, un abogado, católico, político practicante, y Luis Ogral, un obrero y propagandista. Los dos están encarcelados en la misma prisión por un cambio de gobierno. Aunque no pueden conocerse en persona, Luis da el primer paso en establecer una relación cuando se envía una carta a don Pascual. Después de comunicarse por cartas, doña Micaela, la esposa de don Pascual, visita a Luis en su celda y expresa la adhesión a la causa proletaria por parte de ella y de su esposo. Luego, debido a otro cambio de gobierno, los prisioneros son liberados. Don Pascual y Luis están entre ellos. Poco

después, Luis recibe una invitación para visitar la mansión de don Pascual. Luis va, y los dos se hacen amigos inmediatamente (Sinclair 76).

Con el paso de unos meses se va incorporándose en la casa hasta que se acostumbra a la vida lujosa y se haga dueño de la casa. Usa su posición poderosa en el sindicato para influir la revolución obrera; hace que don Pascual sea el ídolo de la revolución y aún el presidente del gobierno provincial. Sin embargo, explotan a los obreros y causan tanta inanición que estos se rebelan y asesinan a los dos. Mutilan a Luis bárbaramente, y gritan que Luis les ha traicionado.

A través de este trama, Hildegart enfatiza el contraste entre don Pascual y Luis. Como señala Sinclair, don Pascual es extremadamente afeminado (76-77). Por ejemplo Hildegart escribe, “Su aspecto físico había sido siempre pulido hasta la feminidad. De grandes ojos inexpresivos, cejas muy móviles, frente carente de las viriles entradas, cabellos rizados y rubios, boca gordezuela, dilatada casi siempre por repulsiva sonrisa” (Hildegart 4). Además, tiene continuos “amorosos devaneos” con otros hombres (4). Doña Micaela también tiene relaciones fuera del matrimonio, y salen tres hijos y tres hijas que pasan por ser la descendencia de don Pascual. Hildegart indica que no son los hijos de don Pascual en realidad porque siempre escribe la palabra *hijos* entre comillas. Cuando habla de los hijos de doña Micaela, la palabra no es entre comillas.

Luis es todo lo contrario: un hombre tradicional, como los cuatro amigos en *El confidente*. Según Sinclair, “Ogral, meanwhile, consonant with the habitual characterization of the pueblo, is all man: he exudes confidence, virility, decisiveness, his features conveying his masculinity”² (77). Como un hombre tradicional, él establece la relación entre los dos en un acto

² Las traducciones de Sinclair son mías. “Ogral, entretanto, en consonancia con la caracterización habitual del pueblo, es puro hombre: rebosa confianza, virilidad, firmeza, sus rasgos expresando su masculinidad”

de “political fraternalism”³ (Sinclair 77). Hildegart no deja la relación así, sin embargo. Sugiere que hay una relación amorosa entre los dos. El énfasis en la homosexualidad aumenta cuando don Pascual proclama, “Allí en la cárcel éramos como esas parejas que sólo se conocen por correspondencia” (Hildegart 14). Más tarde insiste:

Hay hombres...que somos incomprendidos por nuestras mujeres, porque somos esos hombres a quienes ninguna mujer comprenderá jamás. Llevamos tanto de mujer en nosotros mismos, que sólo un hombre muy hombre puede llegar hasta el fondo de nuestra alma. Yo hace mucho tiempo que esperaba hallar ese hombre que me hiciera feliz. Ese hombre es usted... (15)

Aunque nunca usa la palabra *homosexual*, Hildegart demuestra que hay una relación amorosa entre los dos en la última escena. Cuando la masa obrera entra en la casa de don Pascual de madrugada, ve a doña Micaela sola en las escaleras. Parece inocente en el camisón blanco. Después Hildegart describe, “Y allá, en el rellano, iluminados por la luz de la alcoba que enmarcaba en el umbral, las figuras. ELLOS, los culpables, abrazados ante la tensión del instante” (33-34). La masa reacciona fuertemente a la imagen de los dos saliendo del mismo dormitorio en pijama: “La multitud rugió de ira contenida y se precipitó a lo alto... avanzaba, cautelosa, y entre el silencio y la obscuridad como un tigre... A las masas las movía un solo grito: ‘¡Muera el traidor!’” (Hildegart 34-35). Entonces, como indica Sinclair, “The plot pursues Hildegart’s idea that the linking of passion and politics is particularly suspect when homosexuality is involved”⁴ (76). Por tener una relación con don Pascual y por permitir que la clase obrera tenga hambre, Hildegart indica que Luis Ogral es un traidor.

³ “fraternalismo político”

⁴ “La trama sigue la idea de Hildegart de que la unión de la pasión y la política es especialmente sospechosa cuando la homosexualidad está involucrada”

Este énfasis en el tema de la tracción empieza desde el título de la novelita. *¿Quo vadis?* significa adónde vas en latín (McCarthy 873). A los catorce años Hildegart se hizo miembro de la Unión General de Trabajadores, y publicó muchos artículos en periódicos socialistas y anarquistas como *El Socialista*, *La Libertad*, y *La Tierra*. Sin embargo, en septiembre de 1932, sentía desilusionada con el socialismo cuando *El Socialista* apoyó a Azorín⁵ en vez de Antonio Zozaya⁶, el favorito de los republicanos, en unas elecciones locales en Madrid (Sinclair 71). Dimitió entonces de la UGT, la Federación Nacional de Juventudes Socialistas, y la Agrupación Socialista Madrileña. Se convirtió en miembro del Partido Republicano Federal, desvinculándose de una parte en particular del socialismo (Sinclair 72). Esta parte, que incluye Luis Ogral, había llegado a ser demasiado burguesa desde la perspectiva de Hildegart. Debido a indicar que la homosexualidad causa la corrupción, Hildegart conecta esta idea de exceso burgués con el exceso sexual.

Sin embargo, el traidor no solamente era el personaje Luis Ogral; Hildegart indica que estos personajes representan a dos políticos reales. Envío una copia de la novelita a Havelock Ellis, un sexólogo importante durante la primera mitad del siglo veinte, y le escribió una dedicación que “was explicit about how to decode it. Zarzamora represented the president of the Republic, Alcalá Zamora, and Ogral was Largo Caballero. As she points out, ‘You read Ogral backwards, and you will see’”⁷ (Sinclair 77).

Aunque no nombró a ellos directamente, sí criticó a Largo Caballero. Como nos señala Kietrys, Hildegart dijo que era una hipócrita en el artículo “Largo Caballero lanza un antema

⁵ Azorín es el apodo de José Martínez Ruíz, un autor y periodista por *ABC* hasta los años treinta cuando regresó parcialmente al liberalismo (Lott 642).

⁶ Un traductor, editor, y autor de novelas populares en series como *La novela mundial* y *La novela semanal*. También fundó la Biblioteca Económica Filosófica en 1880, y fue uno de los miembros fundadores de la Liga, la sección española del *World League for Sexual Reform* (Sinclair 71).

⁷ “era explícita en como descodificarla. Zarzamora representaba el presidente de la República, Alcalá Zamora, y Ogral era Largo Caballero. Como ella señala, ‘Lees Ogral al revés, y verás’”

contra las Juventudes Socialistas” que publicó en *El Socialista* en septiembre de 1932 (4). En otra carta a Havelock Ellis del cinco de enero de 1932, Hildegart explica la inspiración de *¿Quo vadis, burguesía?* Dice que leyó “a very curious fact” sobre “Our President, Mr. Alcalá Zamora, and our Labour Minister, Mr. Largo Caballero”⁸ (Sinclair 174-175). En un tono informal y chismoso, describe el rumor que unos comunistas desconocidos formaron un plan para hacer público que Zamora y Caballero habían pasado tiempo en la misma celda en la cárcel. Llevaron a cabo una llamada telefónica a Zamora a las dos de la mañana. La guardia contestó, fue a la celda de Zamora para notificarle, y encontró a Caballero dentro de la celda también. Por eso, los políticos tenían que explicar por que los dos estaban juntos. Zamora dijo que el gobierno intento aplicar la “ley de fugas,”⁹ implicando que lo podría asesinar porque estaba tratando de escapar. Además, dijo que sobrevivió porque la celda de Caballero estaba cerca y podía protegerse adentro. Hildegart proclama que es mentira, que había visto una gran distancia entre las celdas (Sinclair 175). Si Hildegart fuera correcta, Luis tendría que haber ido a la celda de Zamora con un propósito particular. Utiliza el instante como la evidencia de la homosexualidad y la corrupción de Zamora y Caballero porque la prisión es un espacio tradicionalmente homoerótico.

A pesar de que su “evidencia” es poco fiable, en la misma carta proclama que Manuel Azaña, Casares Quiroga, Marcelino Domingo, Zuleta, Rivas Cherif, Victoria Kent, Julia Iruretagoyena, Galarza, Jiménez Asúa, Salazar Alonso, y Clara Campoamor son homosexuales también (Sinclair 175-176). Sinclair explica que el desdén de Hildegart hacia la homosexualidad ha llegado a ser una obsesión porque prometió a Ellis que iba a mandarle recortes de prensa y fotos de estas personas (78). Hildegart escribió, “[so that] you can judge of the true of my

⁸ “un hecho muy curioso... Nuestro Presidente, Sr. Alcalá Zamora, y nuestro ministro de Trabajo, Sr. Largo Caballero”

⁹ “The law under which it was licit to kill a prisoner trying to escape, notoriously misused. The law originated with Zugasti, Governor of Córdoba 1870-4” (Sinclair 211).

opinions over our political”¹⁰ (Sinclair 78). Insiste que ellos son feos y extraños, y dice, “See how few are the normal men in the group”¹¹ (Sinclair 78). Además, proclama que ellos son culpables por los problemas políticos en España: “This will explain to you that our political situation is too so infirm, and that there happen so bloody facts between us. There are neither true men nor true women directing our country so we can expect no more of them”¹² (Sinclair 176).

Hildegart escribe sobre la homosexualidad en su artículo “Endocrinología, delincuencia y eugenesia” que publicó en *Sexus* en 1932. Su argumento “follows the line of Marañón, by which endocrinology explains homosexuality, and urges acceptance of the idea of the ‘intersex’ state as one which allows for it”¹³ (Sinclair 80). Tenía contacto con Gregorio Marañón en la Liga, la sección española del World League for Sexual Reform. El ocho de febrero de 1932, escribió sobre la primera reunión a Ellis, “The president will be Marañón, that is as you know the best authoritie in Spain”¹⁴ (Sinclair 178). Ella era la secretaria. Sin embargo, Hildegart se distanció de Marañón y sus ideas sobre el homosexualismo antes de que escribió *¿Quo vadis, burguesía?* Sinclair dice que Hildegart escribió la novelita probablemente en septiembre de 1932, pero el diecinueve de 1932 escribe a Ellis:

Of what you speak of ‘The Eugenic Problem’ my small pamphlet, you must know that it was written when I was only fourteen years old, and published when I was fifteen. I had not read then many books over sexual problems... I had only read Marañón works by that time, and I was interested in the problems, though I

¹⁰ “para que puedas juzgar si tengo razón en mis opiniones de nuestra política”

¹¹ “Observe que hay pocos hombres normales en el grupo”

¹² “Esto te demostrará que nuestra situación política es tan achacosa, y que hay tantos hechos sangrientos entre nosotros. No hay hombres verdaderos ni mujeres verdadera dirigiendo nuestro país, entonces no podemos esperar nada más de ellos”

¹³ “sigue la línea de Marañón, por la cual la endocrinología explica la homosexualidad, e incita que la idea del estado del “intersexo” sea una que la permite”

¹⁴ “El presidente será Marañón, que es como sabes la más alta autoridad de España”

had yet no scientific preparation for them... and I did not know as I know now the true origin of 'homosexuality' neither its true meaning, nor the idea of Carpenter 'homogenic love' that I think would be very interesting and suitable.¹⁵ (Sinclair 180)

El treinta de septiembre también publicó un artículo en *Gaceta Médica Española* que critica las ideas de Marañón (Sinclair 80). Sin embargo, su perspectiva del homosexualismo en *¿Quo vadis, burguesía?* corresponde a la creencia de Marañón—que la endocrinología causa la intersexualidad y la homosexualidad. La novelita, entonces, contradice su concepción más desarrollada de la homosexualidad.

Aurora Rodríguez Carballeira, su madre, también influía en la homofobia de Hildegart. Según Sinclair, Aurora creía que la sociedad ideal sería una jerarquía altamente regulada de carácter heterosexual (23). Expresaba su desprecio de la homosexualidad mientras estaba en la cárcel, Ciempozuelos, por asesinar a su hija. “Aurora was shocked by what she saw as the homosexuality of staff and inmates of the prison where she had been interned originally, the staff because they tolerated homosexuality in the inmates, and the inmates because almost all were involved in homosexual practices”¹⁶ (Sinclair 80).

En la misma carta del cinco de enero de 1932, Hildegart había expresado libremente la intimidad entre ella y su madre. Escribe:

¹⁵ “De que habla del “Problema Eugénica,” mi folleto, debes saber que fue escrito cuando solamente tenía catorce años, y publicado cuando tenía quince. No había leído muchos libros sobre los problemas sexuales... Solamente había leído obras de Marañón en este momento, y me interesaba los problemas, aunque todavía no había tenido preparación científica para ellos... y no sabía como yo sé ahora el origen verdadero de la ‘homosexualidad’ ni su significado verdadero, ni la idea de Carpenter de ‘homogenic love’ que pienso que sería muy interesante y apropiada”

¹⁶ “Le chocó Aurora lo que consideraba la homosexualidad del personal y los presos donde había sido recluida originalmente, el personal porque toleraba las prácticas homosexuales de los presos, y los presos porque casi todos estaban involucrados en prácticas homosexuales”

She goes with me everywhere, and is my full and absolute companion... she observes wonderfully the inner part of people, and is for me an excellent counselor... I am the product of a 'matriarcado'... nothing but her influence has been felt by me, and I am absolutely a complete work of herself.¹⁷ (Sinclair 173)

Entonces, es razonable asumir que Aurora hubiera influido en Hildegart sobre la homosexualidad si Hildegart está dispuesta a publicar esta influencia (Sinclair 80).

Aurora también provee un vínculo entre Hildegart y Guzmán porque Guzmán entrevistó a ella mientras estaba en la cárcel después del asesinato en 1933. Guzmán conoció a Hildegart durante su vida porque fue el Jefe de Redacción del periódico anarquista *La Tierra* cuando Hildegart escribía para el periódico, pero las entrevistas con Aurora han consolidado la conexión para siempre. Cuarenta años después del asesinato, publicó la novela *Aurora de sangre, vida y muerte de Hildegart*, basada en las entrevistas. En 1977 salió la película *Mi hija Hildegart* basada, a su vez, en la novela de Guzmán y dirigida por Fernando Fernán Gómez. Debido a su novela, Guzmán hizo que Hildegart se volviera una figura famosa en España aunque inició la tendencia de sensacionalizar a su vida e historia que la definirá durante los fines del siglo veinte. En un sentido, ha traicionado a la memoria verdadera de Hildegart por distorsionar su vida y muerte. Sin embargo, Hildegart hizo lo mismo en *¿Quo vadis, burguesía?* porque distorsionó la relación entre don Pasucal, o Alcalá Zamora, y Luis, o Largo Caballero.

En sus memorias *In Place of Splendor*, Constanica de la Mora también se centra en la traición de Alcalá Zamora y Largo Caballero. También describe a Caballero, el traidor central, en términos de la discapacidad, la negritud y la animalidad. Se hace inferior por estos rasgos. Por eso, elegí traducir unas selecciones las memorias al español en adición a las dos novelas

¹⁷ "Ella va conmigo a todos lados, y es mi compañera completa y absoluta... observa maravillosamente la parte interior de la gente, y es para mí una consejera excelente... Soy el producto de un 'matriarcado'... nada más que su influencia ha sido sentido por mí, y soy absolutamente una obra completa de ella misma."

proletarias. Además del tema común, de la Mora relaciona con Guzmán e Hildegart porque vivía durante el mismo período y era una figura significativa en la política de la izquierda. Nació en Madrid en 1906, dos años antes de Guzmán y ocho años antes de Hildegart.

En el prólogo de la obra de Soledad Fox, *Constancia de la Mora in War and Exile*, José Alvarez-Junco demuestra la importancia del género y de la sexualidad en la vida de de la Mora: “Constancia de la Mora was, first of all, a woman, and her gender conditioned her entire existence, destined as it was from the start to occupy a submissive role of wife and mother”¹⁸ (viii). Procedía de una familia católica y aristócrata; era la nieta de Antonio Maura.¹⁹ Recibió la mejor educación para una niña durante los principios del siglo veinte; asistió a escuelas administradas por monjas en Madrid y aún estudió en Cambridge. Cuando terminó sus estudios en 1923, su familia solamente anticipaba que iba a casarse con un hombre que también venía de la alta sociedad. Los jóvenes elegibles la aburrían, sin embargo, y ella empezó a rebelarse contra su familia y buscar la independencia. Llegó a ser una persona activa, rechazando todo lo que había recibido. Por eso, decidió casarse con alguien de su elección, Manuel Bolín (Fox viii). Tuvo una hija, Constancia María Lourdes Bolín de la Mora, o “Luli” (de la Mora 108). Sin embargo, Bolín acabó siendo “an unscrupulous dowry hunter whose only intention was to cheat her and her family in order to get hold of their fortune”²⁰ (Fox viii).

Entonces, con mucho esfuerzo obtuvo uno de los primeros divorcios durante la Segunda República. Empezó a trabajar, y en 1933 se casó con Ignacio Hidalgo de Cisneros, quien se convertiría en el general de las fuerzas aéreas republicanas durante la guerra civil (de la Mora 176). Había ido contra las convenciones, rechazando a su familia y el entorno social, y dedicó su

¹⁸ Traducción mía: “Constancia de la Mora era, en primer lugar, una mujer, y su género condicionó toda su existencia, destinado como fuera desde el principio, para ocupar el rol sumiso de esposa y madre”

¹⁹ Antonio Maura era el político conservador exitoso durante la época de Alfonso XIII (Fox ix).

²⁰ “un cazador dotes poco escrupuloso que no tenía otra pretensión que engañar a ella y a su familia para tener acceso a su fortuna”

vida a apoyar a la causa republicana en la guerra civil (Fox ix). Llegó a ser la jefa de la Oficina de la Prensa Extranjera, y en febrero de 1939 fue a los Estados Unidos en una misión diplomática representando el gobierno de Juan Negrín (de la Mora 340; Fox 84). Sin embargo, las memorias terminan antes de que vaya a los Estados Unidos. Terminan con el fin de la guerra civil, y aunque perdieron los republicanos, de la Mora todavía insiste que cree que el espíritu republicano nunca morirá en los corazones de los españoles.

Las memorias de Constanca de la Mora son mucho más largas que las novelas proletarias, conteniendo 426 páginas. Sin embargo, comparten el tono exagerado e inmaduro, especialmente cuando expresan sus convicciones políticas. En *El confidente* vemos este tono cuando Juan está a punto de morir: “De los labios de Juan brotó por última vez, acaso, el vitor querido: ¡Viva la anarquía!” (Guzmán 12). En *¿Quo vadis, burguesía?* hacia Fernando Poyales, sobre lo que recae la culpa de las acciones de don Pascual y Luis después de sus muertes, las masas reaccionan de manera hiperbólica también: “A las masas las movía un solo grito: ‘¡Muera el traidor!’” (Hildegart 35). Las últimas palabras del epílogo de *In Place of Splendor* expresan el mismo fervor: “*Viva la República!*” (de la Mora 426; Fox ix).

Como la novela proletaria simple, *In Place of Splendor* también simplifica la vida de de la Mora. Soledad Fox explica, “However, although it appears candid, it glosses over details which would have shown who she really was. She was more complicated than the person portrayed in her book”²¹ (3). Por ejemplo, nunca menciona que ella e Ignacio fueron miembros del partido comunista. Fox también revela que lo más probable es que de la Mora no escribió sus memorias. Sugiere, “It does seem rather incongruous that she could have written a beautifully

²¹ “Sin embargo, aunque parece que es cándida, escamotea los detalles que hubieran demostrado quien era de verdad. Era más compleja que la persona representada en su libro”

constructed narrative in English that is clear, engaging, and fast-paced”²² (Fox 90). Inglés no era su lengua nativa, las memorias son su único libro, y fueron escritos en pocos meses.

En vez de de la Mora, Fox propone que la autora verdadera es Ruth McKenney. Era una autora y periodista americana, de la izquierda y una amiga de de la Mora. En una carta a Jay Allen, el corresponsal de guerra, de la Mora dice que McKenney tenía un rol en la escritura de *In Place of Splendor*; aún dice que “nosotras” hemos escrito un encarte, y pide la reacción de Allen (Fox 91-92). Es posible que escribieron el libro conjuntamente, pero un regalo de McKenney a su hija complica esta teoría. Regaló una colección de todos sus libros a su hija Eileen. *In Place of Splendor* cabe dentro de la colección, y en la hoja de presentación, la dedicación lee:

This is a complete set of my books of which this is Volume Four. Written at Westport, Conn. (sic) the summer of 1939 for Constancia de la Mora and published under her name, 1939. To my daughter Eileen Bransten ... With Love and Pride ... Mother.²³ (Fox 92-93)

Fox admite que quizás nunca será conocido el rol preciso de McKenney en la escritura de las memorias, pero “its shape, language, tone and structure bear the mark of an experienced writer, and of an American writer”²⁴ (Fox 93). Además, es poco probable que habría mentido en una dedicación privada. Sin embargo, porque no se sabe si McKenney escribió la novela de verdad, referiré a de la Mora como la autora a través de la tesis.

También, argumenta que Jay Allen prestaba la mayoría de la información histórica, la información sobre los eventos políticos antes de la guerra civil española en particular. Fox

²² “Si parece particularmente incongruente que podía haber escrito una narrativa bellamente construida en inglés que es claro, atractivo, y de ritmo rápido”

²³ “Esta es una colección completa de mis libros de que este es el cuarto volumen. Escrito en Westport, Conn (sic) el verano de 1939 por Constancia de la Mora y publicado bajo su nombre, 1939. Para mi hija Eileen Bransten ... Con Amor y Orgullo ... Madre”

²⁴ “su forma, lenguaje, tono y estructura llevan la marca de un autor con vasta experiencia, y de un autor americano”

explica, “It was his idea to use Constanica as a figurehead in order to rally aid for Spanish Republicans”²⁵ (Fox 3). Allen vivía en España durante los años treinta y era un experto en la política española. Constanica, al contrario, era demasiado joven, vivía en Roma en vez de España entre 1932 y 1935, y le faltaba la experiencia para tener el conocimiento que expresan sus memorias (Fox 3). Por esta razón y porque McKenney probablemente era la autora, la obra fue escrita en inglés.

Aunque hay traducciones existentes de *In Place of Splendor* al español y otras lenguas, elegí traducir unas selecciones de la obra para tener la experiencia de hacer una traducción inversa. Seleccioné siete pasajes. Seis de los siete hacen referencia a Largo Caballero, y uno hace referencia a Alcalá Zamora. Aunque no comenta en la sexualidad de Caballero, le critica mucho por su debilidad, locura, vejez y pasividad. Estos rasgos indican que es inferior se conectan con la traición. De la Mora menosprecia a Caballero porque se había transformado en un burgués, exactamente como Hildegart con Luis y Guzmán con López. Entonces, la traición a los obreros por la figura inferior conecta estos tres textos distintos.

²⁵ “La idea de utilizar a Constanica como un testaferro para reunir ayuda para los republicanos españoles fue suya”

Nota de la traductora: *The Confidant*

En su ensayo “The Task of the Translator,” Walter Benjamin insiste, “The task of the translator consists in finding that intended effect [*Intention*] upon the language into which he is translating which produces in it the echo of the original... [the translation] intends language as a whole, taking an individual work in an alien language as a point of departure”²⁶ (Benjamin 79-80). También sugiere que este eco ideal es “pure language,”²⁷ pero es inalcanzable en realidad (Benjamin 78). No obstante, es un objetivo que he intentado alcanzar en la traducción de *El confidente* y *¿Quo vadis, burguesía?* La meta de publicar las traducciones en la edición crítica de la Profesora Kietrys influyó la manera en que intenté alcanzar el lenguaje puro. La edición crítica tiene la intención a ser usada en clases universitarias de estudios hispánicos. Por eso, aspiro a producir dos obras que tengan sentido para lectores de mi edad y que compartan una experiencia igual a la del lector original de España. Espero que el lector actual sea transportado a 1932. Debido a esta intención, soy fiel a los textos originales lo más posible.

Sin embargo, Benjamin y yo tenemos definiciones contrarias de la fidelidad. Según Benjamin, “Fidelity in the translation of individual words can almost never fully reproduce the meaning they have in the original”²⁸ (Benjamin 80). Su concepto de fidelidad es rígido y mecánico. Para mí, la fidelidad es más complejo y flexible. Cuando digo que quiero que mis traducciones sean fieles, no implico que reflejan el original palabra por palabra. No traduzco como *Google Translate*. Eso sería, como afirma Benjamin, “to perform a transmitting function,”

²⁶ Las traducciones de Benjamin, Irigaray y Beauvoir son más. Mientras sigo revisando la tesis antes de entregar la versión final, voy a seguir buscando las traducciones publicadas en español.

“El papel del traductor consiste en encontrar ese efecto deseado [*Intención*] sobre la lengua en que él está traduciendo que produce en la lengua el eco del original... [la traducción] pretende lenguaje en su totalidad, usando una obra individual en una lengua extranjera como el punto de partido.”

²⁷ “Lenguaje puro”

²⁸ “La fidelidad en la traducción de palabras individuales casi nunca puede reproducir completamente el significado que tienen en el original.”

y esas traducciones “cannot transmit anything but information – hence, something inessential”²⁹ (75). Edith Grossman, uno de los traductores más importantes de la literatura latinoamericana, está de acuerdo con esta idea porque insiste, “attempting to duplicate the text in another language, following a pattern of word-for-word transcription” es sucumbir al “literalist fallacy”³⁰ (10). El resultado es “a mindless, literalist translation...[which] is not acceptable, readable, or faithful, as the letters of agreement demand, though it certainly may have its own perverse originality”³¹ (Grossman 10-11). Sin embargo, Grossman no indica que esta duplicación es ser fiel como diría Benjamin. La definición de fidelidad de Benjamin, es híper fidelidad y entonces infidelidad en mi opinión.

Mi definición de fidelidad tiene que ver más con la de Grossman, y sigo sus métodos para no ser una traductora mecánica:

Our [translators’] purpose is to re-create as far as possible, within the alien system of a second language, all the characteristics, vagaries, quirks, and stylistic peculiarities of the work we are translating. And we do this by analogy—that is, by finding comparable, not identical, characteristics, vagaries, quirks and stylistic peculiarities in the second language.³² (10)

Usando estas técnicas, mis traducciones intentan capturar la esencia y las sutilezas de los textos originales. También, tratan de crear lenguaje puro.

Un problema de fidelidad surgió con la decisión de incluir notas a pie de página a través de las dos traducciones. Las notas hacen que la traducción no tenga la misma apariencia que el

²⁹ “realizar una función de transmitir,” “no pueden transmitir nada más que información – por esto, algo no esencial”

³⁰ “tratando de duplicar el texto en otra idioma, siguiendo un patrón de transcripción palabra-por-palabra,” “falacia del sentido literal”

³¹ “una traducción mecánico, literal... [que] no es aceptable, ameno, ni fiel, como exigen las cartas de acuerdo, aunque por supuesto puede tener su propia originalidad perversa.”

³² “Nuestro propósito [lo del traductor] es de recrear hasta donde sea posible, dentro el sistema extranjero de la segunda lengua, todas las características, caprichos, rarezas y peculiaridades estilísticas en la segunda lengua.”

original. Sin embargo, hacen que el lector inglés pueda entender mejor el mensaje y la esencia del original. La comprensión me parece más importante que cambios pequeños a la estética. Por eso, incluí notas a pie de página en inglés para el estudiante que quizás no lee español. Explicué conceptos que pensé que el lector no conocería. Algunas explican cambios del original que hice; principalmente, cambié comas a punto y comas o borré la coma. Estas notas solamente dicen O.V.:, para *Original Version*, y la palabra y puntuación siguen después. S.E. se refiere a *Segunda Edición*, la versión de la serie *La novela proletaria* publicada por Santonja. Otras notas explican referencias desconocidas. Por ejemplo, Hildegart, se refiere a Celestina, Marcelo Martínez Alcubilla y *Fuenteovejuna*. Guzmán se refiere a pesetas. Todas las notas son pertinentes para la experiencia positiva del lector.

Otra decisión general de las traducciones de Guzmán e Hildegart fue si iba a usar contracciones o no. Decidí usarlas solamente en diálogo. Sin las contracciones, el diálogo pareció pedante y demasiado formal, pero dentro del cuerpo del texto las contracciones parecían demasiado coloquiales. Esta decisión refleja mi concepto de fidelidad porque cambié la gramática—existen contracciones donde no existen en los originales—para que crea un efecto que parece más al efecto del original. Para Benjamin, sería “fidelidad” si la traductora no incorporó contracciones, pero para ejemplifica la definición.

A pesar de las contracciones, la gramática y el formato de la traducción reflejan el original. Por ejemplo, Guzmán proclama, “¡Y ahora, en cambio!...” (25). No posiciona el signo de exclamación después de la elipsis. La elipsis tampoco tiene el espaciado típico. He mantenido estas peculiaridades en la traducción porque son parte de la esencia de Guzmán y su escritura.

También he mantenido la dicción extraña. Aunque el estilo de Guzmán es más directo que la de Hildegart, hay unos instantes cuando Guzmán se contradice. En la página 9 escribe de

Juan con la pistola en la mano, “Apuntó sereno, con rabia...” Describe un estado paradójico, pero mi traducción refleja la contradicción para ser fiel. Traduje, *He aimed calmly, with rage...* (Capítulo 1B). Es posible que Benjamin critica esta traducción como demasiado literal, pero la contradicción de la frase me parecía una decisión artística muy intencional de Guzmán. Por eso no quería cambiarla o modernizarla.

La palabra *portales* también exigía adaptación por mi parte. Guzmán describe, “Los policías, acobardados, disparaban también, asomando las manos fuera de los portales que les servían de escondite” (12). Quería usar la palabra *arcade* para la traducción de *portales*. El *Oxford English Dictionary* define *arcade* como, “A vaulted place, open at one or both sides; an arched opening or recess in a wall”³³ (*arcade*, n.). La palabra es perfecta porque crea la imagen de la arquitectura clásica que rodea las plazas en España. Al contrario, *arcade* tiene otras implicaciones para un lector joven e inglés como el salón de juegos. Para no confundir innecesariamente al lector, decidí usar la palabra *arches*. Además, “sticking their hands out of from behind the arches” fluye mejor que esa frase con la palabra *arcade* (Capítulo 1B). Entonces, usé mi licencia creativa para mantener la fidelidad de la traducción. La palabra *arches* no es precisa, pero la imagen que crea tiene más que ver con portales que *arcade*. Esta decisión ejemplifica una teoría de Grossman:

Translation asserts the possibility of a coherent, unified experience of literature in the world’s multiplicity of languages. At the same time, translation celebrates the differences among languages and the many varieties of human experience and perception they can express.³⁴ (17)

³³ “Un lugar abovedado, abierto por uno o dos lados; una abertura o hueco arqueado en una pared”

³⁴ “La traducción afirma la posibilidad de una experiencia coherente, unificada de la literatura en la multiplicidad de lenguas del mundo. Al mismo tiempo, la traducción celebra las diferencias entre idiomas y las múltiples experiencias humanas variadas y la percepción que pueden expresar.”

Creo que he creado una experiencia coherente por reconocer la diferencias entre el español y el inglés con las connotaciones de *portales*, *arcade* y *arches*.

El uso de *militarote* también causó dificultades. La frase entera dice, “Primero las horas de miseria allá en la emigración, lejos de la patria querida, aplastada por el pie de hierro de un militarote borracho” (Guzmán 17). Aunque el Real Academia Española no tiene una entrada para *militarote*—solamente para *militante*, *militar* y *militarizar*—spanishdict.com y wordreference.com dicen que *militarote* significa *rough soldier*. Porque no existe en inglés una sola palabra que describe un soldado bruto, tuve que traducirla en dos. También tuve que cambiar la sintaxis porque añadí más palabras. Elegí decir *drunk, boorish soldier*.

La sintaxis me planteó otro problema cuando el general Murcia proclama sobre los cuatro anarquistas, “Hay que terminar con esos bandidos, que viven del atraco, que a veces se injertan en las organizaciones obreras para corromperlas y que utilizan el carnet como ganzúa” (Guzmán 24). No pude traducir esta frase perfectamente debido a las dos cláusulas de “que...” Quería mantener el posicionamiento de estas frases una tras otra, pero sonó extraño decir, “Those criminals have got to be stopped, who live off thievery, who sometimes throw themselves...” Quería que las cláusulas subordinadas estuvieran directamente después de “Those criminals,” pero para tenerlas uno tras otra tendría que haber puesto “have got to be stopped” al final de una frase muy larga. Eso no me gustó tampoco. Entonces, dividí las frases en dos partes: “Those criminals have got to be stopped. They live off thievery; sometimes they throw themselves into the unions just to corrupt them and they use their ID as a picklock” (Capítulo 1B). Aunque la traducción perdió la estructura de la frase original, fluye de la misma manera. Las cláusulas siguen en el mismo orden.

Estos ejemplos demuestran que a pesar de algunas excepciones, esta traducción permanece bastante fiel al original. Sin embargo, los pocos cambios también indican como he influido el producto final como la traductora. Espero que el resultado sea más el eco del original que dos novelas escritas en mi propia voz. Sin embargo, sí concibo de yo misma como escritora. Grossman describe elocuentemente como una persona es traductora y escritora. Ella sostiene:

The most fundamental description of what translators do is that we write—or perhaps rewrite—in language B a work of literature originally composed in language A, hoping that readers of the second language—I mean, of course, readers of the translation—will perceive the text emotionally and artistically, in a manner that parallels and corresponds to the esthetic experience of its first readers.³⁵ (Grossman 7)

Intento ser este tipo de escritor, y todas las decisiones que he tomado durante el proceso de traducir están basadas en esta meta.

³⁵ La descripción más fundamental de lo que traductores hacen es que escribimos—o quizás reescribir—en lengua B una obra de literatura escrita originalmente en lengua A, esperando que los lectores de la segunda lengua—quiero decir, por supuesto, los lectores de la traducción—percibirán el texto emocionalmente y artísticamente, en una manera que paralela y corresponde a la experiencia estética de los primeros lectores.”

The Confidant

Literary Portrait of Guzmán

Young in body and spirit, within Eduardo de Guzmán is one of the most wholesome, pure, and determined fighters of the new Spain.

For this reason, in spite of his youthfulness, Guzmán is one of the most popular revolutionary writers, sincerely revolutionary, among the proletariat. As a reward for his books, he wears the badges of innumerable trials on his chest, all bestowed upon him in the fight for liberty and for justice. But he continues on his path, head held high, a smile on his face, and with a secular tone—Guzmán is a stubborn, secular man—: “Blessed³⁶ are those who suffer persecutions for Justice.”

This boy, who put all the greatness and all the strength of his athletic determination into the struggle for a better social regime, is one of those people who never trembles or hesitates.

His prose, polished, flexible, sharp, has qualities of the Toledan blade. See a thought flow through it, moreover, reddened by the embers of the ideals, and always remind yourself that that piercing point has a manly heart at the other end.

For this reason, Eduardo de Guzmán, so young, so new to the literary fight, stands out in the leftist revolutionary circle for his robust personality. He is not an Italian fencer—all flourishes and grimaces—but³⁷ rather the brave knight who, with a smile on his lips, silently attacks the mob of enemies, without counting their numbers or defending his body against the blows of those things they call laws, and with which the Old World protects itself against the zeal of the law-abiding New World.

³⁶ Original Version (O.V.): “irreducible—: — Bienaventurados”

³⁷ O.V.: “jeribeques—, sino”

In *The Confidant*—more reality than novel—the³⁸ now illustrious prose writer fully expresses his hatred against the survival of the past, one of whom, and not among the least detestable, is the eternal Judas-type, the traitor who always slips in among the fighters to hand them over to their enemies and put a stop to the advances of the revolutionary imagination underway.

Read this prose, natural, reddened by anger and contempt,³⁹ and in every facet of the poignant story you will all see the thinker's purity, the fighter's nobility, who hates the traitors concealed in the shadow more than the merciless enemies. Read *The Confidant*—one drama of the thousands on human Redemption—and⁴⁰ surely all of you, even those of you who do not know this young man with the tremendous soul, will say with joyous enthusiasm, “Here we have one of our own!”

The Confidant

I

Nervous, a bit pale, Juan rose. With a slow step he drew closer to the bar. He checked the time. The suspicion that had been pounding in his brain for a while sprung from his mouth:⁴¹

“It’s already 4:30 and the man hasn’t come! Could he have betrayed us?”

From the corner table, the three comrades stared at him in silence. The terrible suspicion had crossed their minds as well. But, deep down, they tried to convince themselves that their fears were groundless. Antonio, just to say something, declared:

“He’ll come. Even if he’s really late. Anything could have happened to him.”

Juan, propped against the counter, shook his head doubtfully.

³⁸ O.V.: “novella—, el”

³⁹ O.V.: “desprecio,”

⁴⁰ O.V.: “humano—, y”

⁴¹ I have used colons to mark dialogue throughout the translation to match the original text.

The bar was deserted. The local tabernacle, with modernist pretenses, frequented by workers, only looked busy in the early morning and during the night. Even the bartender, who knew the guests, had left quietly to run an errand.

The four men had the builds of workers, wide foreheads of thinkers, exited eyes of idealists, ready for all the brave deeds and all the sacrifices.⁴² Jaws clamped shut that spoke of an uncommon energy. And callused hands of those who earn their daily bread through physical labor.

A few minutes passed. Juan, supporting himself on the counter, seemed lost in thought. His comrades smoked in silence, deeply focused.

Suddenly, the glass door crashed open. Four threatening guns, pointing in all directions. And behind them, bloodshot eyes, pale faces marked by both the terror and the desire to end it soon.

Juan turned around quickly. At the front of the group that entered was a tall, athletic man. At lightening speed, the memory of a gloomy dungeon, of handcuffs grinding mercilessly into his wrists, flashed through the anarchist's mind. And of that same man hitting him cowardly, despicably, while the most offensive words sprung from his lips.

But the guns of the police who came in were faster than his imagination. Juan heard—he had not even finished turning toward the door—the bangs of various gunshots. And he knew he was wounded. In the stomach; in the chest.

He rolled on the floor. But his comrades were already standing, guns in hand, going after the attackers. Various shots boomed. The police, forgetting the fallen man, answered each other. Juan, on the floor, found the strength to take out his gun. He aimed calmly, with rage; he shot accurately, against the despised mad, against the black shadow he always thrust in his path.

⁴² O.V.: “trabajadores;”, “pensadores;”

The cop—that González, a sad memory for the workers—was shot full in the chest. His legs wobbled at first; then he fell heavily, without emitting a cry.

Upon seeing him fall, his comrades beat a retreat. Without stopping shooting, they pulled back to the street; then they broke into a run. A trail of blood left in the escape proved that the anarchist's bullets had reached their targets.

The scene—speedy—hardly lasted a minute. Two of the comrades quickly drew close to Juan. The other, from the doorway, shot back at the police and guards fired from outside. They got up;⁴³ they asked about his condition. With effort the wounded spoke:

“López has betrayed us. It's just what I feared!”

Antonio answered:

“We'll settle the score with him later. Now we have to figure out how to save ourselves.”

He moved closer to the door. Through the broken windows across the street, they saw, half-hidden in the front hallway, the police officers and guards, guns in hand. The escape looked tough; but he was not the type of man to get scared easily. He returned to the wounded man's side:

“Between Pedro and me, we can lift you. Felipe will cover us as we retreat. We'll leave firing, and⁴⁴ clear the way.”

Juan, with a smile on his face, interrupted:

“No; they'd kill us all. And we need to survive in order to avenge anyone who might be killed. I'm already dealing with enough. I'd die anyway. You guys leave without me; I'd be a burden. You can clear the way by shooting; break into a run; maybe there's a car over there you can steal. I'll carry on here, firing as long as my strength lasts...”

⁴³ O.V.: “Levantaron,”

⁴⁴ O.V.: “disparando y”

Antonio tried to protest. Quickly, energetically, Juan ordered:

“Get out of here and leave me!”

Pedro wanted to object to something; steadfast, the wounded added:

“Run now!” If you don’t, they will kill us all!”

He was right. They had to prepare quickly. Together, Pedro and Antonio overturned the bar and piled the tables one on top of the other, building a barricade in front of their wounded comrade. They left two guns and various magazines. Then, they examined their guns. They were ready to open fire. They said goodbye to Juan. Quickly. A firm handshake, with tears in their eyes, speechless. On his own, Antonio said:

“We will avenge you. As long as one of us gets out of here alive, rest assured that López will soon be dead.

Then they drew closer to the door. The last look to their comrade. The brief last words:

“Goodbye forever.”

The beloved cheer sprung from Juan’s lips, perhaps for the last time:

“Long live anarchy!”

Ready now, Antonio shouted:

“Now!”

The three flung themselves onto the street. Their guns drew a ring of fire. The police, scared, fired too, sticking their hands out from behind the arches that served as their hideout. But without daring to face the ones who fled.

One of them, more audacious, stuck his head out. Pedro knocked him off with a sure shot.

The fugitives ran down the street. Every once in a while, without stopping, they turned around to shoot. There were a few moments of anxious flight. Felipe stopped suddenly; he was hurt. He felt his legs weaken, his vision blur. Antonio held him up.

“Come on!” he yelled at him.

With all of his might, Felipe recovered. He stood up straight. He fired his gun at the police who chased after them, and carried on with the escape:

“It’s nothing,” he said to Antonio. “Run.”

They kept running. On turning a corner; a stopped car. A young boy behind the wheel. He had heard the gunshots and, alarmed, looked in all directions. He didn’t have time to think. Three guns aimed at his head, and a commanding voice ordered:

“Step on it or I’ll kill you!”

He obeyed. He pressed the gas down all the way. The car jerked and shot off at full speed toward the center of the city. The pursuers fired the last shots. Antonio, from the backseat, shot too.

Soon the police were left behind. The car went through the city at full speed. No one suspected anything. Pedro examined Felipe. He had a bullet in his right leg. He covered the wound with handkerchiefs, containing the hemorrhage.

They arrived at the outskirts of the city. In the open country, Antonio ordered:

“Stop!”

They got out. The open highway unfolded before the car. A few meters behind them began one of the city’s slums. They ordered the car owner:

“Hurry, step on it. And don’t even think about coming back here in less than an hour. If you do, we might still be here and you could get hurt.

The car took off at the demanded speed. The three anarchists, the hand in the sports coat pocket, where the gun was ready to fire, advanced into the neighborhood. They knew the land perfectly.

Crossing through the poor neighborhood's intricate alleys, they walked for a while. Later, they knocked on a friend's door. They tended to Felipe. An hour later, separated, they headed toward a safe refuge.

The first newspapers came out at eight o'clock. They gave a detailed account of what happened. One of them had a huge headline on the front page, which read:

"Several armed assailants, gathered at a bar to prepare for an attack, shot at the police upon being caught and they killed two officers and wounded various others. One perpetrator dead. Three continue to flee."

They read the official story. It called them professional thieves. It accused them of committing innumerable attacks; it called them by the worst names. And it asked the government to take firm measures in order to put an end to these crooks, the disgrace of the great city.

From the official story, the three anarchists were finding out what happened after their departure. Juan had resisted heroically. He combatted the police and guards' attacks for two hours. To bring him under control, a veritable army directed by the senior police chiefs had assembled in front of the bar. They even carried a machine gun! But they did not have to use it. After two hours of resisting, when he had already taken down various people who, wounded or dead, tried to enter, and spread terror among the rest, Juan, bleeding, could not continue shooting. At that time, the police entered. They found him dead, with his gun in his hand. There was not a trace of hatred in his eyes. And about his lips, half-open in agony, seemed to spread that kind smile that lit up his face when the impassioned crowds applauded him, after finishing

one of his speeches against the plutocracy, against the bourgeoisie, against all of the politicians who exploit the proletariat...

II

That night their friend, a doctor, operated on Felipe. Fortunately, the wound was not very serious. The bullet had pierced his right leg, lodging itself in the bone. It had not affected any tendons. The tibia was intact. He extracted the bullet and washed the wound. Then he bandaged it.

“It’s nothing serious,” he said. “A few days of rest and you’ll be as good as new.”

The wounded, during the night, had a slight fever. He could hardly sleep. His comrades didn’t sleep much either. The memory of their dead comrade flashed through their minds incessantly. And also—like a loathsome figure who instinctively clenched his fists—that tragic López who had sold them for a handful of *pesetas*⁴⁵.

More than anything that happened, more than the death of his comrade, Antonio felt the failure of their coup. He tried to eliminate an undesirable, a cruel politician who had filled the city streets with mourning, covering them with the workers’ blood.

He remembered recent incidents. First, the hours of misery in exile, far away from their beloved homeland, squashed by the iron foot of a drunk, boorish soldier. The sad years of starvation and pain, hiding from the foreign police who, spurred on by the national police, pursued the revolutionaries as if they were vermin. The agonizing phase of persecutions and torture, where each piece of news from their distant homeland was a new pain because it brought the knowledge of the assassination of some fine comrade, of the incarceration of others in gloomy prisons.

⁴⁵ The Spanish currency before the euro.

Then he remembered the fall of the first dictator, the secret retreat to his homeland in order to fight for the revolution. The fiery speeches by the politicians that promised the people that freedom would help, that many a thief and assassin would be mercilessly punished, and that the longed-for freedom would be achieved.

The pleasant period of hard fights against a dynasty that struggled in its death throes,⁴⁶ bloody battles where quite a few workers lost their lives. But days enlivened by the expectation of an imminent victory, of a forthcoming triumph over that State that tottered because of the organized workers' virile impetus.

And the victory day! That spring afternoon when the revolution, triumphant on every account, forced the tyrants to relinquish their power. Successful moments in which the revolutionaries, who fought along side the workers promising to free them from their chains, rose to power. When the nation—drunk off happiness and hope—paraded its merriment from one end of the country to the other in the midst of cheers and applause.

And later, day after day, the slow and continuous shattering of hope; the sadness, first, from seeing how those who had distinguished themselves most in the persecution of the workers crossed the borders unharmed; the pain, later on, of attending the regime's march, betraying, one after another, all of the revolutionary promises; how the politicians at the height of power forgot their sermons in order to take on the same brutal tone as their predecessors; the slow but sure transformation into irreconcilable enemies of those who at one time had called themselves comrades; and the despair, later, of seeing how after winning the revolution, the workers were killed with the same impunity as months before.

And immediately after the fall of the first workers, things continued to spiral downward. The governors more rightwing every day; the politicians worse enemies with the revolutionary

⁴⁶ O.V.: "agonía,"

proletariat. And among those who had fought together, among those who had fully or partially put their hope in that movement, which overthrew the monarchy corrupted by every vice, an incomprehensible and bloody abyss began to open. Every day the workers felt further distanced from the ones they had called comrades long ago. And they soon found themselves, face to face with the same situation that the monarchic rulers were faced with before the collapse of the fallen regime.

Even worse; because when a worker fell victim to government terrorism before, all of the politicians now in a position of power, raised their voices energetically in protest. And although this did not help much, it did prevent some assassinations, which made the cops more cautious, and on more than one occasion they did not dare to pull the fatal trigger out of fear that pandemonium might spring from their actions.

Now, on the other hand, defenders of one regime or another unite to persecute the proletariat. Worthy representatives of the upper class shook hands despite their ideological differences in order to protect the material interests against the interests of the working class. And the fight had begun again. More terrible, more oppressive, more severe. Without compassion, without mercy. And more terrible because now they had no hope except for a transforming revolution that completely eradicated the State's corruption, that made class differences sink into nothingness. And this revolution—with the enemy prepared, holding the reigns of power in their hands—was difficult and trying.

Above everything in the great industrial city, in the population spread out between the sea and the mountain where revolutionary unrest easily takes hold, where men are moved and excited by the most noble, ideal brothers' impetus, the repression had reached a tragic state. The

old terrorist proceedings—the shame of civilized people—had once again become fully effective.⁴⁷ The workers were persecuted cruelly, with a longing to exterminate them.

The local plutocracy—the most incomprehensible and brutal of the nation—spurred the police on continuously. The newspapers—submissive tools for those who paid them—urged the authorities toward a policy that in one fell swoop would finish off the workers’ unions that upset the smooth digestion of the great manufacturers.

Additionally, the bourgeoisie had found the man they needed. They were searching for him for several months. And they finally found him. Sinister man with a twisted soul, always ready to find legal motives for every violent action against the workers; ruined in body and soul, a faithful servant to the plutocracy that paid him well for his services and flattered him constantly.

Under the authority of this man, of this blind instrument controlled by the plutocracy, the repression became so painful that on more than one occasion the people, tormented, shuddered in anguish when faced with one of the many stories about the atrocities.

By remembering this, by refreshing his memory on the names of fallen comrades, assassinated workers, Antonio felt a hatred throb in his heart that made his blood boil, that almost suffocated him. The same hatred that burned in their young breasts when in their minds sprouted the idea of the attack, of the gunshots that could eliminate a disturbing life whose dream was to put a stop to the organized workers.

And by this point, Antonio’s memories took on a bitter tinge. Such were the first interviews, the meetings of the five conspirators, the ones that that traitor López attended. The memory of the name, of the traitor’s repulsive figure, of the confidant, made Antonio’s hands clench with the desire to seize him between his hands and strangle him.

⁴⁷ O.V.: “terroristas, vergüenza de un pueblo civilizado,”

López had proven resolute. He was the one who spoke with the most enthusiasm about the attack, who seemed the most indignant toward that ruler's savage repression. More indignant, even, than himself; than Juan himself, full of the urge to retaliate. Now, when everything had already happened, he did notice certain details that did not mean anything to him in the slightest when they occurred; certain inconsistencies, some fears, the shock—some nights upon returning home—that the police were following their every step, like a warning of what they were plotting. And, above all, the abundance of money he had at his disposal.

Now he saw clearly; now he began to realize everything. But it was too late. The betrayal had been committed. The attack ruined. And Juan—poor Juan, full of revolutionary enthusiasm—dead in a cold room in the morgue.

Finally Antonio was able to fall asleep. It started to get light just as he got to sleep.

III

Antonio woke up; it was already late morning. A golden winter sun came in through the window, reaching the center of the room. He got dressed quickly.

Pedro was in the next room. Seated at a table, he read the morning newspapers. Antonio approached him. Without moving, his comrade handed him a paper, the revolutionary organ in recent days. Antonio read it. It talked at length about what happened the previous afternoon. It commented, with bitterness, with hatred, on the attitude of the anarchists, or attackers as they called them. And it demanded, required, that the police search diligently for the ones who escaped in order to hand them over to the executioner.

But this was not the interesting part. The evening papers said the same thing. The other morning papers demanded the same. The interesting part for Pedro, for Antonio, for all of them, was the comment by General Murcia, the old officer, who was once a vivacious symbol of his

people's revolutionary unrest, of his race's desire for freedom. He was an interesting man. One day, eager to serve his country, he abandoned the military to devote himself to the people; the next he revolted against the tyrants who were smothering his homeland. He had to flee; he lived abroad, preparing the revolutionary movement, in contact with prominent individuals. A noble, glorious figure, the town idol in moments of exaltation, by the time he succeeded in overthrowing the odious monarchic dictatorship forever. But now, however, the general, defending the position he reached, said referring to Juan, to the four anarchists:

“Those criminals have got to be stopped. They live off thievery; sometimes they throw themselves into the unions just to corrupt them and they use their ID as a picklock.”

Then he announced that he would attend and preside over the demonstration that would arise at the burial of the murdered police officers.

Antonio, after reading that, felt rage, disgust, pain. He had lived next to the old general in exile; he had suffered persecution and anguish along side him. Even starvation.

Distressing days when the dictatorship seemed invincible and they had nothing to eat in exile; when every door was slammed in the emigrants' faces. And when they had nothing to eat off but the *pesetas* sent by friends from their faraway homeland.

How the memories of that period came to life in Antonio's memory! And the days when the old general did not die of starvation thanks to the money that Juan sent him from home. And now he dared to call him a criminal! Maybe he was right; maybe Juan had committed some crimes. But it was not to personally profit off the money. Yes, he mugged a public official, an insignificant person in the fallen dictatorship, stealing some money from him—which had been stolen from the people before—and sending it to the emigrants so they could eat. The exiled general had subsisted off that money for some time. And now in return!...

But the anger did not last long. There were lots of things to do. He could not stand idly by. He went in to see Felipe. He was better. The doctor had come first thing in the morning to change the dressing. He had a low fever during the night. But the wound looked very good.

He asked a fine comrade about López. He had not fled. He somewhat logically explained his late arrival to the bar. He had gotten in a fight; the cops detained him for several hours. As a test of his innocence—apart from many oaths and tears—he⁴⁸ showed them his black eye. The comrades had believed him; but, because of a trace of distrust, they had not told him where Pedro, Antonio, and Felipe were hiding.

Antonio thought for a few moments. He had to seek revenge. Lure him into the woods and kill him in cold blood, cruelly, just what that traitor deserves. His hatred for the rulers had transformed into a terrible desire to destroy that vile person who had betrayed them.

The rulers, plutocrats, did their class duty of pursuing them, assassinating them in the street. But that López, a victim of capitalist exploitation like they were, brother of struggles and toil who was capable of selling himself for a handful of *pesetas*,⁴⁹ that traitor who handed his brothers over in exchange for a slice of bread, did not deserve compassion. He had to be stomped on like a filthy toad, whose slime poisoned whoever came in contact with him.

But it had to be soon. The police were tracing their steps. They were itching to take revenge, to find the fugitives, to hand them over to the executioner, as all the plutocratic press demanded. It was necessary to flee, distance themselves from the turbulent city, put themselves out of reach of the reactionary fangs.

⁴⁸ O.V.: “lágrimas—, presentaba”

⁴⁹ O.V.: “pesetas,”

Antonio meditated for many hours. He made an agreement with Pedro. They finalized the details. Later, at dusk, they went out into the street. The owner of the house, a good friend, had already told them where they could find López.

IV

Port district, dirty and smelly, where the crooks easily find shelter. Twisted, wet alleys, through which the country folk—who had read too many bad thrillers—ventured with fear in their eyes, expecting the fatal stab around every corner.

On the border of the slum, alongside the main thoroughfare, whose streetlamps seem to draw the dividing line between the industrial city that fights and toils and the damned *ghetto* full of crooks and prostitutes:⁵⁰ a bar. Hidden, half empty.

That is where Antonio went to search for López. He knew that the traitor, pretending to be pursued, avoided the frequented places. And that he would find him there. For one moment, before going, he feared a trap. But no. López had to get rid of his fears; he very well knew that if he publically confirmed that he was the confidant, although they would kill Antonio, although they would arrest Pedro, he would die in the hands of some comrade. The anarchists pardoned everything, except betrayal, except the son of a bitch who, for a few *pesetas*, was capable of selling his brothers in arms who were fighting for the rights of their class.

Antonio entered the bar. In a corner, alone and pensive, López. Antonio felt a pang of rage. The desire to kill flashed in his eyes. With fury, he tightened his grip on the gun, already cocked in his pocket. But he restrained himself. Killing him there, would be turning himself in to the police. And, besides, he had to convince himself of the betrayal.

⁵⁰ O.V.: “prostitutas, un bar.”

He approached. On seeing him, López stood up, pale and nervous. Antonio greeted him in a friendly way, as if he suspected nothing. They began to talk. Cleverly, he began asking questions and reaching conclusions. Soon he did not have the slightest doubt. And any that could have remained disappeared when López made a brusque movement, and he could see, although it was covered by his jacket, a magnificent tie-pin.

Pedro arrived. They spoke for a long while. Of what happened, of Felipe's wound, of the possibilities of escape. Meanwhile, it had been getting dark. Over the city a soft and chilly rain now fell.

They left. López wanted to see Felipe. Antonio had assumed so. Beforehand a taxi—with a driver who was their good friend—was conveniently positioned. Upon seeing it rain, Pedro said:

“It's raining. Lets take a taxi.”

“It's that far from here?” asked a surprised López.

“Yes, a bit far.”

The car shot off. It quickly traversed the whole city. From the sea to the mountains. It began to climb the foothills of the mountain range. During the trip they did not exchange a single word. As they observed the place in which they found themselves, López, a little frightened, asked:

“But where are we going?”

“To look for Felipe,” replied Antonio.

They continued on their way. Suddenly, the car stopped. They were in the heart of the mountains, in the middle of a pine forest. Pedro said:

“Here it is.”

López, suspicious, got out looking around him astonished:

“Where?”

He drew back, scared. In Antonio’s hand gleamed a gun:

“What does this mean?” he stammered.

“It means,” Antonio replied, “that we know you betrayed us, and that you are going to pay for it right now.”

He tried to protest. For a while, with shouts, with laments, with tears, he tried to convince them of his innocence. Later, when he saw the three men before him, cold and unshakeable, with the gun in hand, he tried to bribe them:

“If you leave me, if you don’t kill me, I’ll give you anything you want...”

Antonio interrupted him:

“Enough already! We don’t want anything! Except to kill you, although you can’t pay for what you’ve done even with your life!”

López made one last effort, a stab at the bravery of his ex-comrades:

“But you’re going to kill me like this, cowardly? Among the three of you, and me standing here unarmed? In an ambush and in the back?”

Antonio stopped him:

“Yes, at night and in the back, like a dog, just how you deserve...”

Through López’s crazed mind crossed the idea to escape. He jumped and began to run, heading for the nearby pine grove. But he did not have time to get there. Three shots fired. And López, wounded in the back, fell flat, writhing in the mud.

Antonio approached the wounded man. He examined him for a few seconds. Then:

“He’s good and dead. Lets go.”

* * *

The next day, the Press broke the news of the discovery of a man riddled with bullets in the heart of the mountains. The police did not know—or they did not want to say they knew—who it was. But throughout the great city, by means of the workers, the good news travelled fast about the exemplary justice.

Meanwhile, the three anarchists crossed the border. Exile once again. To continue fighting from abroad for the liberating revolution.

Eduardo de Guzmán

Nota de la traductora: *¿Quo Vadis, Bourgeoisie?*

Benjamin también define el rol del poeta. Al contrario de la traductora, el poeta debe centrarse en el lenguaje en sí, en “the specific linguistic contextual aspects”⁵¹ (Benjamin 79). “The intention of the of the poet is spontaneous, primary, graphic”⁵² (Benjamin 80). Hildegart asume este rol en su novela corta, *¿Quo vadis, burguesía?* La dicción y gramática que usa crean un estilo florido, inmaduro, hiperbólico y melodramático. También indican que se ha fijado en decisiones lingüísticas particulares. La primera frase, por ejemplo, establece el tono melodramático: “Hay en el horizonte ennubarrado un gran interrogante” (Hildegart 3). Este “interrogante,” o la relación entre los personajes don Pascual de Zarzamora y Luis Ogral, se refiere a la corrupción de la burguesía. No es solamente una cuestión, sino que es un gran misterio lóbrego escondido tras las nubes, enfatizado por esta imagen gótica. Para expresar el estilo único de Hildegart, he usado las mismas técnicas que usé en la traducción de *El confidente*. La teoría de Benjamin también ha servido como modelo e ideal durante el proceso de traducir, pero también usé las técnicas prácticas de Grossman para crear una obra que fiel a *¿Quo vadis, burguesía?*

Una parte significativa del estilo es la gramática. Por ejemplo, el uso de la elipsis aumenta el tono melodramático porque crea momentos de suspenso exagerado. En un instante Hildegart narra, “Detrás de las rejas, los ojos escrutadores de doña Micaela se encontraron con... Luis Ogral,” (Hildegart 7). El lector tiene que tomar una pausa más exagerada que la pausa provocada por la coma para que el miedo aumente sobre quien está detrás de la reja.

Además, el texto es superfluo y lleno de errores gramaticales como fragmentos de oraciones, el uso incorrecto de comas, y frases muy largas con muchas cláusulas confusas. He

⁵¹ “los aspectos lingüísticos específicos contextuales”

⁵² “La intención del poeta es espontáneo, primario, gráfico”

intentado mantener las decisiones artísticas de Hildegart a lo largo de la traducción. Las comas innecesarias son evidentes en esta frase superfluo: “Casó muy joven con la ‘primera y única novia’, que le buscó hábilmente una tía suya, que hizo con él de madre tierna y amorosa, y consolóse bien pronto la mujer, que era avispada, aunque discreta, de la soledad a que la obligaba la inútil compañía del juvenil esposo” (Hildegart 4). Las múltiples cláusulas confunden si la tía o la novia actúa como la madre de don Pascual porque no es claro cual de las cláusulas es la subordinada. Aunque el contexto sugiere que la novia tiene que tomar el rol de madre, traduje la frase con las mismas comas para mantener la ambigüedad. He traducido esta frase de un modo más literal que a Benjamin le gustaría, pero merece la pena porque la transmisión de las cláusulas y las comas permite que yo no cambie el mensaje de la frase. Parte de la intención de ser fiel es evitar traducir una frase de una manera cuando puede significar algo diferente también. No quería que mi interpretación sea la única.

La descripción que sigue inmediatamente después de este momento entre doña Micaela y Luis demuestra como la dicción y la gramática mezclan para formar el estilo de Hildegart. Dice:

Tenía unos ojos azules, claros, fríos, acerados; el pelo rubio también, pero sobriamente alisado; la boca cortada como una herida roja en la palidez del semblante, que acentuaba la carencia de luz directa del encierro; las facciones acusadas y enérgicas, y de toda su persona emanaba ese misterio de la virilidad que doña Micaela, catadora de hombres que la compensaran de la soledad de su tálamo conyugal, apreció con un suspiro de envidia. (Hildegart 7-8)

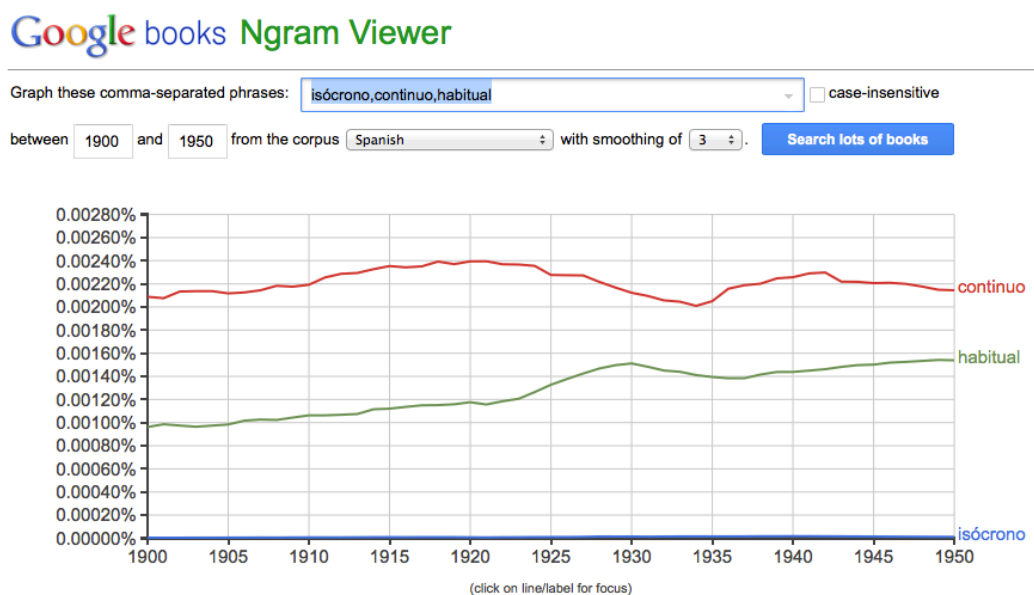
Esta frase divaga con una cantidad excesiva de cláusulas hasta que el lector se pierda por las líneas y pierda el aliento. Hildegart se hace superflua también con la dicción; la palabra *acerado* connota el frío y un color entre el azul y el gris. En vez de usar cuatro palabras, Hildegart podría

usar solamente *acerado* y crear la misma imagen. Sin embargo, la descripción de los ojos contribuye a la representación hiperbólica de Luis como macho. Tiene “facciones acusadas” al contrario de la mujer clásica con facciones suaves (Hildegart 7). La boca en particular es aguda y masculina porque es “cortada como una herida roja,” es el producto de violencia (Hildegart 7). Además, ella enfatiza la descripción ya exagerada porque dice, “toda su persona emanaba ese misterio de la virilidad” (Hildegart 7). Las decisiones lingüísticas del pasaje demuestran el interés de Hildegart en el estilo, el lenguaje y la semántica.

Sin embargo, este pasaje tiene una gramática correcta. Hay unas frases con erratas que he corregido. Solamente he corregido frases cuando la revisión mejora la comprensión textual de una manera significativa. También, he asegurado que las correcciones no cambian como fluye y suena la frase. He notado las correcciones en notas al pie de página de la traducción. Por ejemplo en la página 7, Hildegart describe el camino de doña Micaela y el vigilante a la celda de Luis Ogral. Escribe, “Dos pasillos, una vuelta a la izquierda, una, dos, tres puertas, y en la cuarta, el carcelero que se para y abre el pequeño locutorio contiguo a la celda.” Para facilitar la lectura del estudiante, yo traduje, “Two corridors; a left turn; one, two, three doors; and at the forth, the jailer, who stops and opens the small visiting room next to the cell” (Capítulo 2B). Los puntos y comas dividen la frase y clarifican los movimientos de los personajes. Pero, he dejado la frase como un fragmento de la oración para ser fiel al original. Muchas veces Hildegart describe una situación como una foto instantánea; el lector puede ver la imagen porque usa sustantivos y muchos adjetivos, pero no pasa nada debido a la falta de un verbo. Me he forzado para que esta frase y otras capturen esas “fotos.”

A pesar de este ejemplo y pocos otros, hay muchos momentos en que tenía la intención de canalizar tanto la gramática como el lenguaje de Hildegart. Un ejemplo del lenguaje que he

mantenido es la palabra *isócrono*. Una traducción literal, *isochronal*, me suena muy extraño y asumo que sonaría extraño al estudiante universitario leyendo la traducción. Antes de traducirla así, hice investigaciones para determinar si *isócrono* parecía rara al lector de 1932 también. Primero, investigué en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España. Hice una búsqueda en los periódicos publicados entre 1900 y 1950 por *isócrono/a* y el sinónimo *habitual*. No podía buscar por *continuo/a*, otro sinónimo bueno, porque las consultas en la Hemeroteca Digital no distinguen entre palabras con acento o sin acento. Por eso, la consulta salió con entradas de *continúa*, *continuó*, y *continuo/a* sin acento pero como verbo. Sin embargo, *isócrono/a* salió con 534 resultados *habitual* con 34,419. Es obvio que los españoles usaron la palabra *isócrono* mucho menos en esta época. Después, busqué las tres palabras en *Google Ngram Viewer* para ver si la dicción de los periódicos entre 1900 y 1950 parecía al uso más general. El gráfico resultó:



Aunque esta consulta indica que *isócrono* no existe, una consulta de solamente *isócrono* sale con un gráfico muy variado pero el uso nunca sube más de 0.0000180% en 1940. *Continuo* tiene un porcentaje máximo de 0.00240. Aunque siempre sale con cifras bajas, la comparación indica que

el uso de *isócrono* es insignificante. Debido a estas investigaciones, averigüé que *isócrono* sí era una palabra extraña durante la primera mitad del siglo veinte. La traduje como *isochronal* en vez de *continuous* o *habitual*.

También pensé en la selección de palabras cuando traduje el título. Tuve que decidir si iba a usar la misma frase en latín, *¿Quo vadis?* que significa, “¿adónde vas?” Hildegart pregunta adónde va la burguesía en particular porque pensaba que los socialistas estaban convirtiéndose en burgueses. Su opinión es evidente porque se publicó la novela en el mismo año en que denunció al Unión General de Trabajadores por ser demasiado burgués (Sinclair 79). La conexión es claro también porque critica a Luis, o Largo Caballero, por ser el traidor de los obreros porque se acostumbra a la vida burguesa en la casa de don Pascual. También, permite que los obreros se mueren de hambre y se preocupa solamente con la protección de don Pascual. La información de fondo influyó la traducción porque revela que la burguesía en el título se refiere a los políticos como Luis Ogral/Largo Caballero. Por eso, creo que el uso de latín es irónico. Hildegart juega con una frase que suena académica y pedante porque está criticando la fachada burguesa. Quería mantener esta intención de Hildegart y también el efecto de distanciamiento que crea el latín.

Al contrario, hay otros momentos en que tuve que hacer cambios y siento que he perdido algo del original y no he llegado al “lenguaje puro” (Benjamin 78). Como la confusión de *aquella* en la última frase, Hildegart también dice “el otro” muchas veces en vez de decir el nombre del personaje. En estos casos, escribí los nombres de los personajes porque traduciendo *the former* o *the latter* por “el otro” sentía demasiado formal. *The other* también parecía abnormal.

Un gran problema de traducir de español a inglés es que a menudo una frase corta en español requiere muchas palabras más en inglés. Varias veces, por ejemplo, don Pascual le llama a Luis: “Niño Luis” (Hildegart 17). No hay una traducción exacta que queda bien con cada uso, pero connota que Luis es el protegido, heredero, e hijo sustituto de don Pascual—aunque también es su amante. La primera vez Hildegart escribe, “El ‘Niño Luis’, como afectuosamente llamaba don Pascual a su protegido, era el amo de la casa” (17). Porque habla del control de la casa, traduje *Little Prince Luis* (Capítulo 2B). Para capturar la connotación más cariñosa, también escribí *Darling Luis* y *Dear Luis* (Capítulo 2B). La traducción falta la continuidad del original; no produce el mismo efecto que “Niño Luis.”

También me desafió la súplica de don Pascual, “—Cállate, te lo ruego; no me mortifiques—interrumpió, saltándose la valla de la discreción, el caballero” (Hildegart 20). No podía traducir la frase “saltándose la valla de la discreción” de una manera ideal. La traducción me pareció torpe y literal: “ignoring the hurdle of discretion” (Capítulo 2B). Entonces, no es perfecto ni lenguaje puro. Estos ejemplos verifican que el lenguaje puro es inalcanzable.

*Quo Vadis*⁵³, Bourgeoisie?

Upon the stormy horizon there looms an important question. The bourgeoisie taking off⁵⁴ through the bottomless pit of its vices, leading the most distinguished leaders of the proletarian movement to decapitate it, we ignore what the destiny of that reactionary and intransigent bourgeoisie will be. Regarding the second, we have no doubt. With or without heads, with or without leaders, it will have imposed itself on the course of history, because the inevitable moment of triumph will come and the economic laws are as inescapable as those of Nature. This present⁵⁵ sketch, which the compulsory page limit does not leave room to be a real novel, is nothing more than a key to explain the many betrayals.

What is the path of stormy clouds, announced by bad omens, which birds have flown through in disastrous flights surrounded by the pests of the passions, of the suspicions, that stands before the bourgeoisie and their accomplices? With the arms of a their giant octopus, they rip off the visible heads of the triumphant proletariat. With some means or others from the purchase, which enlivens a miserly instinct, to the taxable possessions, which enliven a morbid passion.⁵⁶ Where will the victorious and the defeated go? To die in the fateful arm? Behold the question that leaves the pages you are all going to see parading before you up in the air, like an ensign of doubt, of worry.

* * *

Don Pascual de Zarzamora was one of those big shots of our old, traditional, Spanish politics. Raised in the cultish fanaticism of a religion that consumed his initiatives and strangled

⁵³ A Latin phrase that means, “Where are you going?” (McCarthy 873).

⁵⁴ Original Version (O.V.): despegándose. Second Edition (S.E.): desplegándose.

⁵⁵ The word present technically does not exist in the original. I added it to make it clearer in English that Hildegart is referring to her own novelette.

⁵⁶ The original text contains a number of sentence fragments such as this one. The incorrect grammar in my translation intentionally reflects Hildegart’s style.

his spirit among the chains of childish stubbornness. His physical appearance had always been polished to the point of being feminine. Big, dull eyes; very mobile eyebrows; a forehead devoid of manliness; curly, blond locks;⁵⁷ a plump mouth, almost always stretched into a repulsive smile. Don Pascual de Zarzamora had pursued, like all political men of his time, a legal career. In it he shined like a brightly colored parrot, with his genteel oration and doctoral airs. Ever since he was young, he enjoyed flirting with other men, in whom he compensated for his passive tendencies and the energy and virility that he lacked. He was timid out of determination and modest out of necessity. He liked solitude instinctively, even though, like a good feminine spirit, the applause of the masses flattered him. At a very young age, he married his “first and only girlfriend,”⁵⁸ skillfully found by an aunt of his, who acted as his tender and loving mother, and the woman who was clever, although discreet, quickly consoled herself about the solitude she was obligated to by the useless company of her juvenile husband. One after another, a few little ones, who proudly bore the surname of the “responsible house,” came into the world; and meanwhile Don Pascual continued his “amorous pursuits” no less discreetly. His confessors’ pity always excused the acts he committed without “malice,”⁵⁹ and Don Pascual lived happily and beatifically, weaving flowers of elegant pseudo improvisation in the depths of his subconscious, which he would pronounce on every possible occasion in public life, which was otherwise busy and arduous.

Don Pascual lived in a simple and modest capital city, throughout which he was respected among his friends, who were the cream of the crop among good bourgeois and even capitalist society. But, due to one of those subtle coincidences of politics, which is woman, and, as such, mocks everything, the respected and admired Don Pascual found himself, with his soft

⁵⁷ O.V.: “inexpresivos,” “móviles,” “entradas,” “rubios,”

⁵⁸ O.V.: “‘primera y única novia’,”

⁵⁹ S.E.: removes the quotation marks around *casa responsable*, *amorosos devaneos*, and *malicia*.

skin and mellifluous voice, in a prison cell, all due to nothing more than an alleged change of government. In the vilest of cells there were two other political prisoners detained for the same reason. They were workers; one of them, young, impulsive, a fighter, who at the time initiated his revolutionary performance: Fernando Poyales; the other, a well-known propagandist: Luis Ogral.

Time passed monotonously, sluggishly, within their cells, and Luis, who, in addition, occasionally liked to throw a few jot lists together, decided to write a letter, where he indicated his support for the common cause that had brought them there, and which he addressed to Don Pascual de Zarzamora. It was difficult for a letter to reach its destination under the censorship regime they were subjected to. But Luis Ogral, for whom that was a distraction from the monotony of his environment, took advantage of the fortuitous presence that afternoon in the courtyard of the “Little Princess” in order to get closer to “him” and openly pose the issue to him. The “Little Princess” was a young man with effeminate manners, who was very well known among the hustlers of that party center; he always dressed in a one-piece pajama style in a shade of mauve and a robe fitted tightly at the waist, like the most aristocratic of the misunderstood youth. The “Little Princess” was the one who carried and handled the many deals forged in the prison, and so he was not surprised, although it was the first time he spoke to him, by Luis Ogral’s initiative.

* * *

That afternoon, at four o’clock, Don Pascual’s wife arrived, as always, at the prison, accompanied by her two daughters. Doña Micaela was a slender woman, whose hair was beginning to be sprinkled with silver and whose eyes were beginning to lose the sparkle that had once made them irresistible. Her daughters were tall with stunning, striking figures, but their expressions were plain. Doña Micaela drew closer, as always, to the cell in which Don Pascual

rested, and she found him absorbed in reading a piece of paper. Upon hearing the steps, he abandoned his reading material to stretch his hands out, as always, between the bars, for his “daughters” to kiss them, crying, as always. And almost without uttering a word, Don Pascual handed the note that he had in his hands to his wife, and which read:⁶⁰

“Mr. Pascual de Zarzamora:

In the cell next to yours, and for the same crime that you committed to defend liberty and justice, you will find the undersigned. Although very far from you in social status, the common cause that has brought us here moves me to address these lines of unconditional support to you.

At your service,

LUIS OGRAL.”

They discussed the incident in depth. The daughters argued that everything, because of the note as well as the carrier, the “Charming Little Princess,” who had brought it there, was bordering on melodrama. But very soon, Don Pascual and Doña Micaela agreed on carrying out a plan to take an interest in the proletariat fight. The letter, which in other circumstances would have contemptuously been thrown in the wastepaper basket, now awoke an echo of sympathy. The result of those whispers was the anticipated departure of Doña Micaela from the warden’s office, and a few moments later his figure passing, with an elegant and severe air, joined by the sleepy guard shaking a mass of keys, creating an unpleasant metallic clanking. Doña Micaela’s own personal curiosity to meet the man the masses of workers so loved and admired moved her as much her “husband’s” curiosity did. She longed to know what he was like, and it’s not strange that, well, impelled by him, she picked up her pace. Two corridors; a left turn; one, two, three

⁶⁰ Throughout the novelette, Hildegart punctuates dialogue with a colon and almost always puts the quotation in a new paragraph even if it is unnecessary. I have maintained her punctuation in the translation.

doors; and at the forth, the jailer, who stops and opens the small visiting room next to the cell.⁶¹ Behind the bars, the penetrating eyes of Doña Micaela lit upon... Luis Ogral.

This was a mature man. He had a pair of blue, clear, cold, steely eyes; blond hair as well, but moderately smooth; a mouth cut like a red wound in the pallor of his face, which accentuated the prison's lack of direct sunlight; pronounced and expressive features, and that mystery of manliness that emanated from his entire being, which Doña Micaela, a taster of men who might make up for the loneliness of her marriage bed, noticed with a sigh of envy. Luis Ogral had an intelligent look and she noticed, furthermore, the strongest willpower in him. He wrapped himself in the traditional cape that he never took off, not even inside the cell, because of the prevailing chill within, and a black beret atop his head, thrown to one side, framed his clear and bright face. That was how Luis Ogral was, and that was how the curious eyes of the politician's wife, with their scrutinizing look, perceived him.

* * *

The conversation that Doña Micaela and Luis Ogral had was short. She was acting on behalf of her husband. She wanted to know how he could help the other prisoner. Luis wanted nothing. Proud, he shook his rebellious head. Doña Micaela left, happily impressed nevertheless. That night, a magnificent dinner arrived at Luis Ogral's cell.

Luis Ogral, without wanting to, hoped for a visit from the lady. And Doña Micaela arrived indeed. She brought a note from her husband that she gave to the prisoner, avoiding the guard's stare. The piece of paper was off-white and scented. The handwriting delicate and embellished. The letter read:

"Do allow me to call you a friend. I appreciate how much your support is worth. Neither liberty nor the triumph of the common cause we support could have given me as much

⁶¹ O.V.: "pasillos," "izquierda," "puertas,"

satisfaction as reading your letter gave me. You have in me an unconditional friend without end. By way of my wife, I send you a warm handshake.

Pascual.”

That afternoon the meeting took a bit longer. The lady liked to talk with that man, who knew how to look at her with a smile in his eye, as if he already knew what his interlocutor was going to say. Doña Micaela was accustomed to ordering men around, and here she found a superior man. Therefore, her femininity surrendered to the worker’s virile presence. The impressions that she faithfully conveyed to her “husband” were an echo of those conversations, which took place day after day. Don Pascual burned with the desire to meet Luis, although he was afraid of being wrong or believing him to be better than reality. But he was not able to achieve his wish even one time while in prison. The warden was adamant, and they were never able to be in the same courtyard. One time his letter to Luis ended with a tenacious plea, “Write me.” The next day, the “Little Princess” fussily delivered three lines that were almost illegible. He was ashamed to use the same carrier; but it did not seem right to hand those letters over to his wife, and one day he also made an excuse to seek out the “Little Princess.” “She,” who saw Don Pascual as a rival to his graceful, almost adolescent femininity, was not welcoming and even turned “her” back on him. But one *duro*⁶² delivered in a timely manner made carrying out the task easier. As he gave him the paper, the “Little Princess” put his hands on his hips before Luis Ogral, and laughing sardonically, he said, “Hey, it’s done. I am... who I am; but, come on, no one’s ever called me Celestina.”⁶³ And, without waiting for a response, he provocatively turned his back on him.

⁶² A duro is a coin from Spain’s former currency that is worth five pesetas (Real Academia Española).

⁶³ Hildegart references the witch and procuress in Fernando de Rojas’ work *La Celestina*, or *La Comedia de Calisto y Melibea*. “The figure that binds together the plot... is Celestina: a go-between, a procuress of prostitutes, and a sorceress. Indeed, Celestina’s use of the black arts is an integral part of the story that expedites the consummation of

The note, however, said nothing. The same graceful and flowery handwriting; the same paper, with the strong scent of white lilies. And only five or six lines, sown from friendly words, from offerings. Luis Ogral put away the letter, pensive. That was the first letter that he did not show to Fernando. The “Little Princess’s” words pounded in his head more than once,⁶⁴ but he eventually fell asleep...

...He woke from a loud noise. Raised voices, screaming women, laughter mixed with cries, clanking keys, unbolting locks. The jailers were running back and forth. Luis found himself, hastily putting on his sports coat, before a door, which was completely opened for the first time. Fernando Poyales, from the neighboring cell, was already gone. He made it without difficulty to the outer gate, which was open, and a few moments later, without any difficulty, the street. Luis hardly stopped to look at them. He directed himself toward his house. He had barely taken even a few steps when the arms of a woman fastened around him. His wife, who had come running to the prison and who laughed and cried at the same time as she touched his face and body as if he had been resurrected... She responded to his questions as best she could in her ignorance... “Yes, they had won... Them. Now they carried Don Pascual, at the front, on their shoulders...” They headed home. The kids hugged their father eagerly. Pepa and Luis stared at each other for a long time...

* * *

They finished eating. Luis looked with sad remembrance at the plate of poorly seasoned beans that his wife had served him. He remembered the truly succulent and aromatic food he had

the two young lovers’ [Calisto and Melibea’s] passionate impulses. She makes her living in part by conjuring spirits and using spells to bring the desires of her clients to fruition. It is this talent that brings her celebrity and also places her on the margins of society” (Bacich 83-84). In addition, “[She] represents the ironic skewing of received wisdom to an evil end” (Severin 855).

⁶⁴ O.V.: “martillearon más de una vez en su oído”

recently enjoyed in jail. As soon as he finished, he seized the moment to go to the Union. His old automatism, already forgotten, carried him toward it. He went back to traversing the dirty, narrow, foul-smelling alleyways with the same deliberate movement from long ago, only disturbed by suspiciously looking around, for fear of the police lurking in the shadows. In the Union, everything was hectic. Luis Ogral's appearance was welcomed with applause. But Luis, with that sullenness of introverted men confronted with the masses' caresses and flattery, locked himself in the dirty, disorganized Secretary's office, and began to look over papers and organize the overdue correspondence. He needed Fernando, and fortuitously and obeying his desire's telepathic wave, he appeared in the doorway, calm and smiling. They both prepared to do the monotonous and unpleasant work of the secretary's office; not far from them, they could hear the scratching of pens and the rustling of papers stirred by hands accustomed to their work. Not much time had passed when the door to the secretary's office opened. Luis, surprised, raised his head and found his wife there. It was the first time she had crossed the threshold of the Union. She wore a light shawl and a tight-fitting, black, percale skirt, and would have even been attractive if her face was not already wizened and wrinkled. The woman was gripped by a strong emotion. Almost without being able to articulate a single word, she addressed Luis, telling him: "Look, it's for you. They're calling for you." He feared the police appearing to capture him again and he shot a look at Fernando. But the paper exuded a pleasant, well-known smell, and reading it brought him back to reality.

The letter was from Don Pascual, and it read:

"Ogral, my friend: We have triumphed. As soon as my friends left me, my first letter was to you. Come see me whenever you want, but soon. My house is always open to you. Tell them you are Luis. The gatekeeper and the servants have been notified. Yours, *Pascual*."

He did not finish reading it, as he was already pestering his wife with questions:

“What! Who brought this? When?”

She barely knew how to respond:

“A big car. A very elegant driver, who had sent his warmest regards to Don Luis. He came close to running over a child. But no... nothing had happened.”

Luis made a nondescript gesture, and he let himself fall back into the chair.

“Well are you going to just forget about this gentleman?” his wife now questioned animatedly. “Convince him, Fernando. It’s Don Pascual, none other than the Don Pascual who is asking for you.”

And without waiting for an answer, she went out into the hallway, full of groups of people, to announce the joyous, marvelous news.

They all embraced her with surprise, which flattered the woman, and they came up in groups to verify it with Luis.

“They’re very good friends,” the woman said. “To Don Pascual, my man is a great man,” and this she ignorantly repeated, fluttering from group to group.

“Forget this, Luis,” Fernando told him. “Go see what he wants. I’ll do your work for you, and if it’s something urgent, let me know.”

Fernando put the hat on Luis’s head and helped him leave. Already in the doorway, the people received their idol with another standing ovation, the last that he would receive. He walked down the street. She accompanied him, overflowing with womanly pride. She took his arm, and like this, arm-in-arm, they turned the corner from the Union and strayed from the path of the city’s central streets. Once close to Don Pascual’s house, they separated, and Luis went on alone.

* * *

Don Pascual de Zarzamora's house was well known in the city. It was a genteel, luxurious palace. Luis approached it, timid and a little embarrassed. But the strength of his will prevailed, and once before the gatekeeper, who gave him a disdainful look, he gave the orders:

"Let the lord know that Luis is here."

The transformation was complete and fast. Among bows and courtesies, he passed through the garden, the antechamber, two more halls, and the office waiting room. The servant who accompanied him knocking on a door covered by a thick tapestry and announced the visitor. Upon crossing the threshold, Luis found himself before Don Pascual, trembling with curiosity and interest. The quick examination must have been highly satisfactory because the gentleman gave him a warm welcome, outstretching his hands:

"Come in, come in, and sit down, Luis. Make yourself at home... I'm worn out, breaking. They haven't given me one moment's peace... hugs, nuisances... If only you saw how much they wanted and how much they feared this day would come..."

Luis expressed thanks for the compliments with serious but friendly replies. Opportunely informed, Doña Micaela arrived, her heels clicking slightly. On seeing her husband's radiant expression, and after extending her hand to Luis, sitting in front of the first, she chimed in:

"He didn't tell you? ... Don't you see why he's so kind, so agreeable? ..."

Luis protested, embarrassed. Don Pascual looked his body up and down with an admiring smile. Luis wanted to cut off the embarrassing moment at once. But Don Pascual would not allow him to foil his whims.

“Ah, no! ... Eat dinner with me. Micaela, you know. One more place setting... Nope, no discussion. And you will keep me company now and forever. We have lots to talk about, in jail we were like those couples that only know each other through letters. But all there is to say that’s interesting you say in person, and afterwards...”

Then Don Pascual’s “daughters” and “sons” came. They all looked at Luis with growing curiosity, which their parents’ conversations had ignited. When dinnertime arrived, Luis remembered:

“But I have to let my family know. My wife knows nothing...”

“Bring her here another day,” Don Pascual responded. “Micaela and your wife will be good friends...”

Luis smiled sadly. He could not imagine his wife in friendly conversation with that sharp, flirtatious lady, who knew how to wear outfits that fit her slim, trendy figure perfectly. That night, Don Pascual’s valet paid a visit to Luis Ogral’s house... The husband did not dine at home that evening. He had said to put the children to bed... that she should not expect him until very late.

* * *

That night, now after dinner, while Doña Micaela prepared the house for the next day, Don Pascual and Luis talked. By raising his eyebrows, the head of the house began to give away the anxiety in his eyes. Luis still didn’t get it... It was Don Pascual, a refined, chivalrous, nice

man. He was not, despite his sensitive nature, the passionate type, and he thought before he acted.

“There are men like me” he said to Luis, “who are misunderstood by our wives because we are those men who no woman will ever understand. We have so much woman in us, that only a manly man can reach the depths of our souls. A long time ago, I hoped to find the man who would make me happy. That man is you...”

Luis regained his composure. He knew the power he had over Don Pascual’s will, at the mercy of his whims, and his manly composure had already imposed itself on the conversation. It was he who was asking, who allowed himself to be loved:

“Look Sir, Don Pascual,” he disputed in order to argue once again; but the gentleman’s grimace stopped him:

“Don’t call me Don Pascual, I beg you. Call me Pascual. You are the one in command. You know that...”

“And you haven’t thought,” Luis then asked, resuming the thread of the conversation, “about the impossibility for those men you say to think of you as ‘sir?’ ...”⁶⁵

“That would be,” replied Don Pascual, getting worked up, “if they were crude, brusque, emotionless men. But I’ve learned to choose. You are not capable of refusing me. You can and must understand me and read everything between the lines... There are men,” he said afterward, controlling himself, “who are generous, who have exceptionally big hearts. It’s true that there are few. Those of us who can find them are happy. If I hadn’t believed this about you, I of course would have been interested, but nothing more. Micaela,” Don Pascual avoided saying my wife as much as possible, “gave me such a complete depiction of you that she determined my friendship.

⁶⁵ I inserted the quotations marks around sir to be grammatically correct, but I did maintain the question mark and ellipsis present in the original, which reads, “de comprenderle a usted? ...”

I know you are generous enough to understand her; I know you are not capable of spurning her...”

Luis smiled, sure of his power, as he answered:

“And if I spurn her?”

Don Pascual’s sea-green eyes glistened with the shine of tears. Doña Micaela, who approached anxiously, sliced through the tension of the moment:

“You’ve finished talking so soon?”

The silence continued, however, awkwardly. Luis got up to leave. Don Pascual accompanied him to the door. As he left, taking Luis’s hand between his own, he asked, his voice trembling with emotion:

“No, right?...”

And Luis determinedly delayed his answer. Already in the garden, under the dew, he turned around, smiling, to calm the gentleman:

“No. Rest assured; no...”

* * *

Luis returned day after day. He ate lunch and dinner at Don Pascual’s house. He had kept his promise and brought his wife. They had moved. They lived in a simple, little, but nicely furnished hotel. Their children dressed well. His wife had been received with an intentionally warm welcome by Doña Micaela; and the women talked about their things in the sewing room; while they stayed for hours, isolated in the office, “working.” “Little Prince Luis,” as Don Pascual affectionately called his protégé, was the head of the house. He knew how to command with that intuitive flirtation of pretending to be someone who obeyed. He never once failed to consult Don Pascual, even on trivial details.

“How is it? Do you like it?”

Hearing the isochronal answer made him happy:

“Whatever you say, sir. Whatever you demand. Whatever you need.”

Fernando Poyales came to visit him a few times. But he was almost never able to see his friend. Finally, one morning he forced his way through the cloakroom and almost reached the office. Luis himself, well informed, went out to open the door for him:

“What’s up?” he asked, smiling.

“Jeez, you’ve all but disappeared!”

“No. It’s just that I have so many things to do. This house makes for a lot of work...”

They kept talking. Fernando talked, getting himself worked up. The working masses were protesting against the monarchical tyranny. They said it was necessary to start a revolution, destroy the palaces, kill the bourgeoisie. Luis Ogral shuddered as he heard that. As he said goodbye, he told Fernando:

“Hey. Keep me updated on everything. If they think of doing something, we must, above all, save this family, or...”

And he stopped talking; but in his mind he fought the idea that he carefully hid, but that seemed much more effective: (They need to make the masses idolize Pascual. They need to distort, at all costs, the revolution, so he seems like the promoter).

Fernando promised, smiling. That afternoon, after they ate, Luis told him the news unaffectedly:

“Look sir, Pascual; they say...”

“Darling Luis...” interrupted the other, pleading, “How many times do I have to tell you not to call me sir? You force me to answer you the same way, to ensure they don’t think I address you informally because you’re inferior to me. I cannot get used to it.”

Luis smiled, worried; and cutting off his speech:

“Fine, listen... It’s about something serious...”

Don Pascual took heed, drawing near, obedient. Luis told him the story, including the details.

“I am not what matters at all,” Pascual said once he finished. “What matters is you. We need to save you. What needs to be done? Just say the word.”

“No, no...” interrupted the other,⁶⁶ but Don Pascual was not calmed easily.

From that moment on, Luis could see that behind him was a conscientious and vigilant guard that accompanied him wherever he went, that many times, while working, Don Pascual’s already whitish head, appeared, troubled, with a smile about the lips and he stammered, trembling, an apology:

“I was afraid you wouldn’t be here... that something had happened to you...”

A young and famous lawyer, Pepín Gutiérrez, defended him in the pending process, but Don Pascual handled the direction of the defense. Quotations from Alcubilla,⁶⁷ explanation of political doctrines and philosophies, part sentimental and emotional...; the defense of Luis Ogral was a true work of art.

One morning the servant warned him:

“The judge has ordered that you go to his office, Don Luis.”

⁶⁶ O.V.: “otro;”

⁶⁷ Marcelo Martínez Alcubilla (1820-1900) was a Spanish lawyer and author of many judicial books, such as *Diccionario de la administración española: compilación de la novísima legislación de España, peninsular y ultramarina en todos los ramos de la administración pública*.

Luis went down quickly. His hat was in the foyer. He put it on. As he got ready to leave, he saw Don Pascual approaching, coming down the stairs:

“Dear Luis...” he called. “Where are you going?”

“The judge has called me. I’ll be right back.

“No, no. You can’t go. Your lawyer will go. You’re sick, or you aren’t home, or you don’t want to go. End of story. Leave now and go see the judge, so he can throw you in jail again, not a chance. This has to change, and soon. But you will not leave this house in the meantime!”

He took off Luis’ hat and made him go back into the office.

“Look,” he added, to distract him. “I’m going to read you this provision, which came to me this morning, for when, as I hope, I become the president of the Provincial Government.”

Luis drew his attention to the manuscript.

“Do you like it?” inquired Don Pascual.

And as Luis, engrossed, did not answer, he questioned him, flatteringly:

“But, what do you think? What’s the matter? I noticed days ago that you’ve been down, distracted. Is it because you don’t feel comfortable in this house anymore? Is it because you’re bored here with me?”

Luis cut off his questions, laughing:

“Shush; don’t be silly. It’s not that... It’s that I was thinking, you know, of the judge, and how you ended up like this, all of a sudden...”

The lawyer walked in. He came from seeing the judge. It was nothing. An unimportant call. But it dealt with a document that Luis had to sign. A simple court summons, he added, to soothe Don Pascual.

“But the judge can come here; let him come,” he argued.

“No; what for?” asked Luis.

“Be quiet, I beg you; don’t humiliate me,” interrupted the gentleman, ignoring the hurdle of discretion.

“Do me a favor and leave!” interposed, now energetically addressing him informally, but with energy, Luis.

“As you wish...; whatever you want,” replied, now humbly, Don Pascual, withdrawing to the door and hiding his tear-stained face from the mocking curiosity of his assistant.

“Please sit down,” Luis then said to Pepín Gutiérrez. “What’s happening?”

“Listen, Luis. The issue isn’t with you; it’s with him. You already know that Moral⁶⁸ is the one defending him. His hearing will be held at once, as with yours. But the... the judge recommended that I tell you: he will be punished more. They’re demanding the death penalty. The people must know in order to, with discretion and avoiding, of course, a revolutionary movement, show strong public opinion that forces the Government and these judges to back down...”

“Yes, yes...” agreed Luis, worried; and then, resolute, he added:

“Will you do me a favor? Send for Fernando Poyales. He’ll be in the café, that one next to the labor union. Tell him to come here,⁶⁹ as if it were your idea.”

He came. They talked for a long time. Luis, cautiously, without discovering the real purpose. Fernando, with the naivety of a man who lives in the street and brings the lively spirit of the popular masses.

⁶⁸ Moral is the last name of the defense lawyer.

⁶⁹ O.V.: “venga,”

“You don’t know,” Luis said time and again, “how good Don Pascual is. He has such great enthusiasm for our cause. You’ll find out that he’s given all of his money to Madrid, he’s mortgaged these little gardens of his,⁷⁰ he’s given everything to that Committee they say is operating in Madrid... Don Pascual is a saint.”

“Hey,” Fernando interrupted him. “And what do they want for you?”

And with immediate selflessness, Luis promptly replied:

“I don’t matter at all now. He’s who matters. It’s necessary that they’re aware of those actions; that the workers know how much they owe to their protector; that they revolt on his behalf; that they defend him; that they build, if necessary, a popular uprising, something that destroys this governor and, indirectly, the Government of Madrid.⁷¹ And you, Fernando, will you help me?”

Fernando had promised. And had clarified the details.

“Do you think it’s necessary to write a manifesto that he can sign?”

“We’ll see, we’ll see,” argued Fernando. “I’ll look into it,⁷² and I promise you,” he added, urged on by his insistence, “we’ll make no compromises.”

Now that that was done, that first step taken, Luis felt more at ease; and he got ready to see Don Pascual. He was in bed. Upon seeing him, he began to shake and tremble.

“He’s had another attack,” the valet stated, who knew his master intimately.

Don Pascual truly was not well; the bad news hit hard; the fear of what might be awaiting Luis was worse,⁷³ but Luis’ presence soothed him. The accomplished act gave him a rest, a calmness to his appearance, that infused tranquility into the most frenzied spirit.

⁷⁰ O.V.: “aquí,”

⁷¹ O.V.: “sepan,”; “protector,” “defiendan,”

⁷² O.V.: “consultaré,”

⁷³ O.V.: “mayor,”

“You’re so silly!” He admonished, laughing. “The paperwork has already been resolved, the subpoena already signed. Pepín, ready to go eat; and you, meanwhile, up here, sick...”

“But they haven’t done anything to you? There’s nothing wrong?”

Luis laughed at the notion of that sensitive human being, timid and nervous like the famous plant that botanists and naturalists tell us about, with astonishment. And saying goodbye because of the work that awaited him, he told him, confident now:

“Come on, come on; get better and come down to keep me company.”

* * *

In that manner, the days of the trial and his hearing before the court arrived. Pepín had spent the whole of the two previous days in his defendant’s house, which now was essentially the same as saying in Don Pascual’s house. He was, at that moment, calm in the face of his fate... Luis had already announced something.

“You know,” he told him one day, “they’re demanding that you be sentenced to death?”

“I was troubled for a moment, but I recovered almost at once.”

“It doesn’t matter; if you save yourself!...”

“You fool,” replied Luis, in an outburst of fondness. “And what would I do without you?”

Don Pascual was eternally grateful he said that. When the day of the trial arrived, he did not tremble; he went, on the contrary, calmer than ever. Luis, under his apparent impassivity, hid a storm of growing anxiety. He had spoken with Fernando Poyales only hours before. The manifesto had been released. Everything was ready. The masses, would they respond? As Don Pascual left his house that morning, he insisted they go on foot. Luis left on his own accompanied by his lawyer. They happened to meet halfway, close to the front door of the main

church, and close, therefore, to the market. They had not run into anyone on the streets. But as they squeezed into the plaza, an imposing crowd awaited them. It was all shouts and outbursts of cheers, applause and excitement. Pascual and Luis found themselves surrounded by the crowd, which separated them, and the police's efforts were useless. Therefore, they arrived on the shoulders of the most audacious at the hearing room before the severe judges, who did not know what to do with that act of popular insubordination. The guards tried to take on the crowd, and Luis, standing on the bench where he had to sit, addressed them. His words were of gratitude: he urged for calmness and prudence; their objective was achieved. They had won the support of the "gentleman who has served the cause of the revolution." The masses silenced him with applause, "Now, wait for us," he finished. "Goodbye!"

The order's magical effect made them withdraw, and the room cleared. And so the judges were able to start their work. Luis remembered nothing from the defense or the prosecutor's questions or the other judges.⁷⁴ He only saw Don Pascual's now grey head, bowed over his chest, lost in thought at times; other times, upright; sometimes turned toward him, with a friendly smile. They were the only defendants. Fernando Poyales had been convicted in absentia because he had refused to appear, and as such, they would try him later. That's when Luis realized it. Fernando's altruism surprised him, who, persecuted, had done everything he could to benefit Don Pascual, without thinking of himself at all, even though he desperately needed the defense.

He was beginning to feel the effect of the three nights of insomnia. His willpower commanded him to keep his eyes open; but his brain was becoming paralyzed little by little, gradually. Now he was thinking very slowly;⁷⁵ now he wasn't thinking...

A high-pitched scream woke him up. Don Pascual's face bent over his own in a fit:

⁷⁴ O.V.: "defensas,"; "fiscal,"

⁷⁵ O.V.: "débilmente,"

“Luis, what’s the matter?”

The hearing had ended; he had not heard the order to clear the room, and had stayed there sleeping with his eyes open, by some force of his will, on the bench he was sitting on.

“Do you feel bad?” Pascual asked him, anxious. “Send for the car to take us home,” he commanded the driver, quickly.

* * *

That afternoon, Luis was rather sick indeed. The tension had weakened him. Don Pascual did not leave his side even for a moment. He looked at him with loving tenderness, and the contemplation of that manly and beautiful face, lying on the pillow, almost in profile, with a weary expression, brought tears to his eyes. His conscience reproached him: “All for me!” he said, crying, “To save me.”

The sentence would arrive in less than twenty-four hours. But the next day was Sunday, and that delayed it. Don Pascual did not allow Luis to go sleep in his own house. Shortly after waking, Don Pascual wanted to attend mass very early in the chapel in his house; and dressing hastily, he went to see how Luis had passed the night. Luis was sitting up and as if he was thinking about something very interesting, his arms tucked behind his head, his face illuminated by the sun, which poured in from the large window of the luxurious mansion. The conversation was short. Don Pascual ardently wanted him to accompany him to mass.

“Even though you don’t believe,” he told him. “It’s the only place where you leave my side. Who’s stopping you? Here inside the house, no one will know. I’ve prayed for you so much tonight!...”

Luis let himself be convinced. He even protested half-heartedly; but his friend's pleas were growing stronger and stronger:

“Humor me. I beg you. Even if it's only this one time!”

Luis began to get dressed. His clothes, finely cut, contrasted with his simple garments from the past. Without even shaving, he went down to the chapel. It was dimly lit. Don Pascual's chaplain, a young, attractive, friendly priest, ministered. He had received his doctorate in Theology with flying colors, and a bright future awaited him. For the time being, he made his debut with the chaplaincy, which he was beginning to enjoy. José, which was the priest's name, was not confident enough within the house to know Don Pascual intimately. But he knew what was necessary to understand the “intimacy” that connected Pascual to Luis and his anticlerical character. Therefore, it is not strange that Don José looked at his new visitor that morning with surprise and gave him a warm welcome. Doña Micaela, María Eugenia, Leisa, and Manolita were already kneeling on their prayer stools. Standing, in the shadow, the silhouette of Pascualín, the “eldest son,” was outlined, and so was that of his brothers, José Luis and Francisco María. The family was complete. Dolores, the cook; Doña Luisa, the housekeeper; Jacinta, Mariquilla, and Rosario, the three maids who took care of the house; Mariano, the chauffeur; Augusto, the gardener, and even the little boy they all hired to run urgent errands entered in a hushed tone and sat down in the last pew. Don Pascual and Luis took their place in two even prayer stools, one next to the other, directly facing the luxurious,⁷⁶ but austere decorated altar. It was a strange occurrence to see that family divided:⁷⁷ Doña Micaela's seat, occupied by the intrusive Luis; and the lady, with her daughters, on one side of the central nave. Don Pascual was a devout man to the point of fanaticism. Usually, attending mass grabbed all of his attention. It was not so that

⁷⁶ O.V.: lujosa; S.E.: lujoso.

⁷⁷ O.V.: excindida; S.E.: escindida.

day. Thinking about Luis absorbed all of him that day. The handsomeness of his forehead, the setting of his eyes, the curve of his blond eyelashes, his firm chin, his wide and red mouth, his strong neck and the natural elegance of his figure stood out even more in the prevailing semidarkness. Don José, a worldly man, despite his young age, and forced to move around by his seminaries and bishoprics, received the distractions of his faithful “sheep” with a smile. And knowing that his listeners were not in the mood to listen to his sermon, he dispensed with it, and ended the mass much earlier than usual. Don Pascual and Luis appreciated it infinitely, and they left arm in arm: as Don Pascual anxiously asked Luis what his impression of the show had been.

“What do I think of it!” the latter replied with a reserved and modest tone. “A trifle.” And he corrected at once, faced with the gentleman’s painful expression:

“Now don’t be offended. It must be very lovely for those who believe in it.”

“You really think so?” the other questioned, gaining hope. “Well, you’ll believe; you’ll believe...”

He did not believe. But from that Sunday on, day after day, for one reason or another, Don Pascual de Zarzamora, the bourgeois, believer and fanatic, and Luis Ogral, the revolutionary, atheist and anticlerical, met in the chapel, bowed down on the twin prayer stools.

* * *

“Did you say Don José has already arrived?” Don Pascual asked his wife the next day at breakfast time. They were standing before a small bowl of steaming chocolate on a portable table, carried there to the bedroom, near Don Pascual’s bed.

“That’s what they told me. But he left again immediately because they called him on the telephone, and said they were going to deliver the sentence.”

Don Pascual did not speak again. He ate in silence, and he turned his uneasy glances toward the door.

“Hey, do you want to look and see if Luis has come?” he asked his wife when she finished tasting the hot, exquisite chocolate.

“As you wish,” replied, understanding, Doña Micaela, getting ready to leave. But in the threshold, she ran face first into Luis. It let her try to rest her aristocratic hands on his shoulders and bring their faces close together, in order to then draw her own face, coy and affected, back, laughing:

“Oh, you scared me! Do you know something?”

“Nothing, Madame,” replied Luis, smiling. “Nothing at all. But I did find Don José, and...”

“Good; and what did Don José have to say to you?” interrupted the sharp voice of Don Pascual from the little chair he occupied.

“That he came in search of the sentence. I think the lawyer called him. Or the judge. I’m not certain. And, of course, it’s natural; he is very concerned for us and wanted to tell us, if possible, his news.”

“Good, I’ll leave you then. I was already going,” clarified Doña Micaela, turning back toward the door. “As soon as you know something, even though I’ll already be anxious, you’re in charge of telling me. Right, Luis? I don’t trust you, because I don’t know, I don’t know what you’ll do when you find out!”

And she left, giving them a subtle and tenuous smile, and making an affectionate, threatening hand gesture.

Don Pascual had his back turned. He tapped his feet nervously, and hid his face with his hand.⁷⁸ Luis, who started the storm, approached him, smiling:

“So can I know what happened to you?”

His interlocutor fell silent, inscrutable; and as Luis repeated the question, insistent, and he placed a confident hand on his shoulder, he muttered, moving away:

“Leave me alone, don’t touch me. Do you think I don’t have grounds for complaint? Yesterday, in the afternoon, with Don José under the pretext of some ‘religious’ doubts. This morning, that Don José found you, under whichever other pretext... Now...”

Luis covered his mouth, smiling, even though Don Pascual tried to disentangle himself from him, and replied, almost in jest:

“But c’mon, I’ve hardly seen him;⁷⁹ I haven’t exchanged more than a few words with him.”

“Yeah, yeah; excuses now. José is very crafty. He’s one of those little priests who have tasted the bread the devil kneaded. Have you noticed the way he stares and how he had his eye on you yesterday, as soon as you entered the chapel? He devoured you with his eyes! Of course, it wasn’t a bad mouthful for the kid,⁸⁰ but no. Not you. I swear. On the cross I believe in, no.”

And Don Pascual, forming the cross with his fingers, kissed them loudly and eloquently three times.

Luis almost could not control his laughter. The jealousy seemed both stupid and unjustified to him. That did not stop it, however, from flattering him; and he opted for keeping quiet, discreetly, before the flood of taunts to come. Don Pascual immediately turned back to him, his eyes inflamed with “saintly indignation.”

⁷⁸ O.V.: mno. S.E.: mano.

⁷⁹ O.V.: “visto,”

⁸⁰ O.V.: “niño,”

“I told you no. You heard me! Not another word. For you, he’s dead. And if necessary, I’ll command Don Apolonio to come, who’s the oldest priest in the parish. Young and dapper little priests, no...”

“But how is this my fault?” interrupted, smiling, Luis.

“No; but I’m not blaming you. I do know that it’s him. I’ve seen him with my own eyes;⁸¹ I should eat dirt to not have seen what I saw...”

Don Pascual, with that overexcitement typical of the Andalusian temperament, let himself be carried by his imagination beyond what had happened in reality. He continued the scene in increasingly sharp lamentations. Luis opted for sitting and looking distractedly at the ceiling of the room. But not even this position saved him.

“No, no; pretend that you haven’t heard anything, no,” Don Pascual shouted by his side, “I’m not willing to tolerate it. Did you hear me?”

“Yes, of course, yes,” the other replied to calm him.

And it was precisely at this culminating moment of the discussion when, without any warning, he opened the door to the room, to let the lawyer and Don José come in. They both bore a radiant expression. By an unfortunate coincidence, the lawyer addressed Don Pascual, and it was Don José who placed the double acquittal in Luis’ hands. Luis’s face showed immense joy. Unable to contain himself, out of the need to immediately spread cheer, he hugged the priest, the bearer of the good news. Don Pascual, who had already exerted an enormous effort to tolerate his presence, uttered one single scream:

“Luis!”

⁸¹ O.V.: “ojos,”

A threatening scream, revealing the dispute held up until that moment. The lawyer looked at him in surprise. It seriously scared the priest, also nervous and sensitive, and he brusquely pulled himself away from Luis Ogral's arms.

"It's natural," Luis then explained to Don José and Pepín Gutiérrez, the lawyer, when Don Pascual was carried to the bedroom, overwhelmed by a real nervous attack. "The excitement of the moment..." and at the same time that he smiled, he flattered the Andalusian gentleman with affection that was much more out of devotion than jealousy.

* * *

When Luis had time to look back and reflect on the last few months of his life, they seemed cloudy and confusing. Many had gone by: nine, ten, maybe more than a year, and he still had not gotten over the surprise. The events had happened in a dizzying way. A few months of anxiety had followed the sentence, and immediately afterwards, the victory, an unforeseen, resounding, unanimous victory. Neither he nor Don Pascual had time those days to do anything more than attend to the fever of the people who were demanding them to be everywhere. Don Pascual was already the president of the provincial government, and Luis Ogral also became a member of the county council; and he, amid enthusiastic applause. And Luis began to conduct his work. The sleeping bourgeois in Don Pascual awoke amidst the dreams of a revolution. Yes, he liked the color red, the proletarian music; but all of that in a platonic way, and because it made him recall the object of his love more directly. But he was bourgeois and friends with the bourgeois. He leaned on them; he forced Luis, and between them all, they did a reactionary deed in the wretched province that tied the workers hand and foot and chained them to the employers' will. Awful hunger arrived, along with the cold of winter. They brewed a state of silent irritation among the working masses, The security forces had had to act three, four, five times now

suppressing workers' demonstrations. The proletariat, furious and impulsive, demanded the head of the traitor, of the bourgeoisie sellout. Those poor rebellious, generous masses did not suspect the dark and dirty motive for that sale, that betrayal. They only understood the facts. They knew nothing of the shameful connections that motivated them. Luis had an arrogant personality. His pride grew when faced with the attitude of his "ex-comrades." He was seen dominating men and towns through Don Pascual's will,⁸² which was so easily at the mercy of his whims. He knew how much power his every word and desire had. He did not believe anyone was capable of resisting him. Luis, despotic and intransigent, started walking down a dangerous path, eager to crush others as he had been crushed. Finally...

* * *

It was night. The hour when, as they say, the witches march through the chimneys for their lascivious witches' Sabbath had already passed. The darkness that prevailed in the deserted alleyways of the city was profound. As the sound of each step drowned out the one before, a black, frightening mass of enraged people advanced. Their faces were indistinguishable, and their clothing, threadbare and squalid, hardly gave away the working class background of those men in the flickering light of the streetlamps. They were close to Don Pascual's house. The guards stationed at the door stopped them. The crowd moved forward, unafraid. The guards fired; but the crowd did not draw back, although two gaps in their men formed. After the noise, they heard screams. But the crowd had already broken down the door and gone inside. On the stairs, Doña Micaela, in a white linen nightgown trimmed with lace with her pale arms crossed over her trembling and palpitating chest.

In the hall, and in clothes thrown on in a hurry, the sleepy old housekeeper and the driver. And there, on the landing, illuminated by the light of the bedroom that framed them in the

⁸² O.V.: "voluntad"

threshold were their silhouettes. THEM, the guilty, embracing before the tension of the moment. The crowd roared with pent up rage, and they rushed to the top. It was useless that one of the guards who had been knocked down tried to pick up the phone to call for reinforcements. They stopped him in the act, and hurled him a long ways, like a human rag. The crowd, cautious, advanced in the silence and darkness, like a tiger.

What happened next was never known.

The next day the press published the following news:

Savage invasion by some uncontrollable masses in the house of His Honor, Mr. President of Provincial Government. They killed him and Don Luis Ogral, who accompanied him, has died after being barbarically mutilated.

“Yesterday, unbeknownst to the authorities, the wild mobs barged into the house of our dear friend, Don Pascual de Zarzamora. The pen resists narrating the incident that must have taken place in the home of the illustrious nobleman. The guards, useless in controlling the barbaric avalanche—one of them is critically injured—⁸³the masses, respecting only the wife of the distinguished public figure and her children, they ran toward Don Pascual and Don Luis Ogral, who accompanied him at the time. They were both victims of the masses. Don Luis was barbarically mutilated. His head was displayed in the window at dawn, and remained there until the police could recover it. They made more than three hundred arrests; but the criminals, parodying the classic example of our literature:

Fuenteovejuna,⁸⁴ sir. All for one and one for all.⁸⁵

⁸³ O.V.: “gravísimamente—,”

⁸⁴ *Fuenteovejuna* is a play by Lope de Vega published in 1619. It revolves around “three interrelated, historical subjects... The first is the uprising of the town of *Fuenteovejuna* against Fernán Gómez de Guzmán, the Comendador of the military Order of Calatrava in the year 1476; the second is the attempt by the Order of Calatrava, against the efforts of the Catholic monarchs Ferdinand and Isabela of Spain, to seize the strategic town of Ciudad Real in that same year; the third is the larger conflict between the Catholic monarchs of Spain and Alfonso and Doña

answer⁸⁶ with these same phrases. Fernando Poyales is also under arrest. Although he has not taken part in the movement, they are trying him as an instigator all the same, which he strictly denies, but it has been confirmed in well-informed circles that, as he already had a pending trial in absentia, in which they did not convict him, before he came to the Republic, of what has now begun is piling up on him, and it will be he who pays for the despicable death of the two honorable citizens with his head. He is a stain on the history of the province, and the indignation of the moment prevents us from making other commentary.

A special Government delegate has quickly taken charge of the province. He has assembled the Civil Guard; they have asked for forces from Madrid, seeing as they fear that the riots will recur. No more prisoners will fit in the jail. He has equipped an old barrack for this purpose. The masses are moved by a single cheer: ‘Kill the traitor!’ Those who are considered leaders of the movement made this exact declaration this morning in the corresponding official report.”

Hildegart.

Juana of Portugal” (Cascardi 1271-1272). I have not translated the title because published translations by Gregory Joseph Racz, William Smith Mitchell, and Victor Dixon leave the title in the original Spanish.

⁸⁵ O.V. and S.E.: “una”

⁸⁶ Hildegart leaves answered [contestaron] in lower case; the reference to *Fuenteovejuna* is a break in the sentence between the words *literature* and *answer*. Santonja does not change this in the second edition either.

Nota de la traductora: *En lugar del esplendor*

El propósito de esta traducción es ser un texto ameno para el lector del siglo veintiuno aunque se publicó en 1939. De la Mora escribe con un tono conversacional pero a veces con lenguaje arcaico para hoy. Ya que he traducido desde el inglés hasta mi segunda lengua, el intento de reproducir el lenguaje arcaico resultó torpe. Por eso, decidí no luchar por el “pure language” [lenguaje puro] ni una representación cien por ciento fiel al original (Benjamin 78). Decidí traducir con más flexibilidad, creatividad y libertad. A pesar de todo, me he comprometido a comunicar lo que expresa el original. No he perdido el significado del contenido aunque he cambiado la gramática en varios momentos. En esta nota, sintetizaré los cambios, decisiones y dificultades comunes de la traducción entera sin detallar cada cambio. Por eso, no he puesto notas a pie de página en la traducción de *In Place of Splendor* como en las de las novelas proletarias. No pensaba que fuera necesario incluir cada cambio técnico en el cuerpo del texto porque la traducción no tiene que llegar a una audiencia estudiantil. Las categorías que demuestran como traduje incluyen la modernización del lenguaje arcaico, la corrección de gramática incorrecta, la traducción de nombres históricos españoles, la traducción de frases desconocidas en inglés y la compensación.

Modernización

Irónicamente, la traducción del título presenta una excepción a la regla. Interpreto el título *In Place of Splendor* como la manera de de la Mora al decir, “estas memorias son como resultó

mi vida al rechazar a mi familia en vez de llevar una vida de lujo, o esplendor, con ellos.” No requiere modernización porque “en lugar de” significa *in place of* como *instead of*. Una traducción literal captura lo que quiere decir de la Mora sin erratas de gramática. Entonces, lo traduje literalmente: “En lugar del esplendor.” La traducción existente de *In Place of Splendor* se llama “Doble esplendor.” Aunque no leí esta traducción por Jorge Semprún, había oído el título. Mi título refleja el deseo de distinguirme de esta traducción publicada. “Doble esplendor: autobiografía de una aristócrata española, republicana y comunista” tampoco me parece un buen título. Primero, un esplendor doble no tiene sentido porque de la Mora nunca refiere a su vida después de rechazar la aristocracia como esplendorosa aunque fue mejor en su opinión. Segundo, la frase “autobiografía de una aristócrata española, republicana y comunista” no refleja el original que es “The Autobiography of a Spanish Woman.” La versión original no revela que de la Mora era miembro del partido comunista ni indica que se consideraba una aristócrata por la mayoría de su vida. Entonces, traduje el título de un modo más literal para ser fiel a la vida de de la Mora y a las memorias.

A pesar del título, modernicé muchas frases y corregí equivocaciones gramáticas. Unos errores notables ocurren en las páginas 187, 189, y 301. En la página 187, modernicé la frase, “The first immediate results of the election, as far as Ignacio and I were concerned, were very surprising.” Me parecía redundante “first immediate,” y por eso eliminé *immediate* para decir, “Los primeros resultados de la elección...” (Capítulo 3B).

La página 189 contiene un fragmento de una oración: “We did not attend, as our mild and personal protest against two dictators making merry together.” No me parecía necesario causar este choque gramatical en mi lector. Entonces, creé una frase completa, “No asistimos en

protesta moderada y personal contra dos dictadores que se divertían juntos.” La traducción pierde la voz de de la Mora, pero se lee con más fluidez (Capítulo 3B).

Corregí dos frases con lenguaje dudoso en la página 301. De la Mora escribe primero, “They had badly advised the Government, prevented the militia commanders from getting promotions” (301). Como la última frase, falta una conjunción o preposición. Para hacerla más clara, dividí la oración en dos partes. En vez de conectar los partes con una conjunción, los separé con un punto y coma para mantener la pausa entre *Government* y *prevented* en la frase original. La traducción queda así: “Habían aconsejado mal al Gobierno; les impidieron que los comandantes de milicias se extendieran promociones” (Capítulo 3B).

La segunda frase suena arcaica porque es diálogo que nadie diría hoy en día. De la Mora parece casi pedante porque escribe, “Let only those officers who by their courage and loyalty have proved their desire to win the war remain!” (De la Mora 301). Para modernizarla, cambié la posicionamiento de *remain*, o *permanezcan* en la traducción, desde el final de la frase hasta el principio. Traduje, “¡Deja que permanezcan solamente los oficiales que demostraron con su valor y fieltad su deseo de ganar la guerra!” (Capítulo 3B).

De la Mora también tiende a confundir con el uso de *for* como una conjunción de subordinación. En las selecciones que he traducido, doce frases empiezan con *for* como la conjunción de subordinación de cláusulas dependientes. Ninguna de las frases contiene una cláusula independiente, y entonces todos son fragmentos de las oraciones. Decidí revisarlas con varias técnicas para que sean frases completas. La primera frase con *for* es, “For we knew that people like my parents, reactionaries at heart, but somewhat undecided when the Republic came to power, had now made up their minds” (de la Mora 154). En este caso y algunos otros, combiné la frase con la frase anterior y reemplacé *for* con *porque*. La frase anterior sirve como la

frase independiente que faltaba. La traducción de las dos frases combinadas resulta: “Fui a visitar a mi tío Miguel el día siguiente en su casa, y lo encontré grave y temeroso porque sabíamos que la gente como mis padres, reaccionarios al fondo, pero un poco indecisos cuando la República llegó al poder, se habían tomado una decisión ahora” (Capítulo 3B). Crea una frase bastante larga, pero de un estilo más directo y menos arcaico.

Hay varias frases de *for* en las que no podía unir con la frase anterior con una conjunción de subordinación porque empiezan un párrafo nuevo. Además, no quería inventar tantas oraciones compuestas y cambiar el estilo de de la Mora de una manera tan notable. Cambié la estructura de unas frases para que fueran oraciones completas y para compensar para las oraciones compuestas. Hice esto con la frase, “For Mussolini marched into the dining room, waved aside introductions, sat down and gulped his meal and departed—leaving a group of very shamefaced people” (de la Mora 189). La traducción queda así: Reímos porque Mussolini marchó hacia el comedor, no hizo caso a las introducciones, se sentó y engulló su comida y se fue—dejando a un grupo de personas con caras de vergüenza” (Capítulo 3B). Añadí “Reímos porque” para incluir la idea principal de la frase anterior sin incluir la frase entera. La traducción mantiene casi la misma longitud del original y tiene más sentido para el lector.

En otros instantes, solamente eliminé la palabra *for*. Por ejemplo en la frase, “For the Prime Minister whom we had welcomed with such hope in September, 1936, had proved himself a hopelessly ineffective leader by February 9, 1937, the day of the fall of Málaga” (301). En este caso, pude borrar *for* y cambiar la estructura de la frase para que fuera una frase completa sin cambiar el significado. Mi traducción, “El presidente a quién habíamos dado la bienvenida con tanta esperanza en septiembre de 1936 se había demostrado como un líder totalmente ineficaz

para el 9 de febrero de 1937, el día de la caída de Málaga,” comunica los mismos datos y tiene más sentido para el lector joven del siglo veintiuno.

Frases desconocidas

Con respecto al lenguaje arcaico, de la Mora también incluye varias frases desconocidas que confunden el mensaje del texto. Ninguna aparece en diccionarios ingleses, diccionarios españoles-ingleses, y diccionarios de modismos; bases de datos de la biblioteca digital de Davidson; Linguee; o Google. He tenido que interpretar el significado de las frases y crear una traducción que comunica mi interpretación y tiene sentido en español.

El primer ejemplo es: “We returned to a sullen, powder-box Spain” (de la Mora 202). Normalmente *powder-box* connota el complemento femenino y elegancia. Sin embargo, asumo que quiera explicar que las ciudades habían sido destruidas y reducidas a polvo. Traduje, “Regresamos a una España hosca, polvorienta,” para clarificar el significado. “Polvera” confundiría al lector.

En la página 301, de la Mora proclama, “Surrounded by the slippery generals of the old military caste who dazzled him with their superficial knowledge of maxim-book military rules...old Caballero had by this time succumbed entirely to his childish vanity.” La frase “maxim-book” no forma parte del léxico inglés, y tampoco encontré ninguna versión española. Yo interpreté la frase como “las máximas de la normativa militar.”

También escribe una frase extraña cuando describe a Largo Caballero como “a tenpenny dictator.” Literalmente refiere a algo que cuesta diez centavos o un clavo de tres pulgadas (tenpenny, adj. and n.). Por la definición y la crítica dura de él como persona y político a través de la novela, deduje que *tenpenny* significa indignidad. Elegí usar el sinónimo *two-bit* porque connota el sentido figurado de algo sin valor, porque es más común hoy en día y porque hay

traducciones existentes. Yo usé la traducción de *two-bit* de wordreference.com que es, “de tres al cuarto.”

Traduciendo el historial

Mientras la experiencia de traducir al revés en general es desafiante, este caso llegó a ser más complicado porque en un sentido ya había sido traducido del español. *In Place of Splendor* es más o menos una traducción porque uno puede asumir que Ruth McKenney obtuvo la mayoría de la información directamente desde de la Mora. Aunque las memorias sugieren que de la Mora hablaba bien inglés, es razonable argumentar que la lengua española influía mucho en como de la Mora describió los eventos y en la obra entera. Por ejemplo, ella habla de varias organizaciones históricas tales como partidos políticos y grupos especiales de la policía. Yo tenía que discernir cuál era el nombre correcto en el historial y determinar si el término establecido para de la Mora y McKenney había cambiado en los últimos setenta y cinco años.

De la Mora refiere muchas veces a “la Ceda,” el acrónimo para la Confederación Española de Derechas Autónomas (196). La CEDA representa la coalición de partidos políticos derechistas y católicos que surgió en 1933 y provocó controversias con el gobierno de la izquierda hasta la Guerra Civil (Spanish Civil War 2417). De la Mora, como partidaria del Frente Popular, critica a “Gil Robles y su Ceda” bastante, pero solamente escribe la “C” con mayúscula. (196). Sin embargo, se escribe totalmente con mayúsculas típicamente. La Juventud Socialista publicó *Discursos en la campaña de las elecciones del 16 de Febrero de 1936 que dieran el triunfo al Frente Popular*, una compilación de discursos de Largo Caballero, en 1936 y lo transcribió como “C.E.D.A.” (65). Publicaciones más recientes como los artículos enciclopédicos “José María Gil Robles” y “Spanish Civil War” también escriben todo con mayúscula, pero quietan los puntos entre las letras. Búsquedas por “Confederación Española de

Derechas Autónomas” y las varias maneras de deletrear “CEDA” en Wikipedia, google.com y google.es resultaron en CEDA sin puntos también. Por eso, traduje la coalición así.

Aunque Wikipedia no sirve como fuente académica, ha sido útil otra vez para determinar si se usa una palabra española hoy en día. Parecido a la traducción de “Ceda,” usé Wikipedia para verificar el nombre “Port Vendres” en español (de la Mora 398). Al principio, busqué en Linguee para “Port Vendres,” y salió exclusivamente “Port-Vendres” y “Puerto de Port-Vendres.” Por este resultado extraño, busqué “Port Vendres” en Wikipedia, y me llevó a la página inglesa de “Port-Vendres.” Cambié el idioma a español, y también encontré el título “Port-Vendres.” Puesto que no dicen Puerto de Vendres en Linguee ni Wikipedia, aunque sería la traducción literal y natural, elegí decir “Port-Vendres.”

Otros términos históricos relacionados son *Assault Guards* y *shock police* (de la Mora 220, 320). *In Place of Splendor* siempre habla de *Assault Guards* en la forma plural. Busqué “Guardias de Asalto” en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España entre 1930 y 1950; surgieron 6,471 entradas. Luego hice la misma búsqueda entre 1950 y 2009, y salió una sola entrada de 1980. Para apoyar la hipótesis que el nombre cambio alrededor del año 1950, busqué ejemplos de “Guardia de Asalto.” Wikipedia tiene una página de “Guardia de Asalto,” y encontré tres artículos contemporáneos en JSTOR también: “Notes on the Origin of the Frente Popular in Spain,” publicado en *Science and Society* en 1967, y “Disciplinados en 1936, ejecutados en 1939. Proceso sumarísimo de la Guardia Civil de Barcelona” y “Andalucía y el anarquismo (1868-1936),” publicados en *Ayer* en 2001 y 2002 respectivamente. Además, la comparación de “Guardias de Asalto” y “Guardia de Asalto” en *Google Ngram Viewer* muestra que la forma singular reemplazó a la forma plural en 1970. Aunque es más tarde de lo que indica la Hemeroteca Digital, todavía demuestra el cambio. Entonces, los resultados indican que

Assault Guards fue el término correcto cuando se publicó el libro, pero traduje el nombre como “Guardia de Asalto” para atraer al lector actual.

También traduje *shock police* como “Guardia de Asalto.” Aunque de la Mora usa dos términos distintos, los *Assault Guards* y *shock police* son la misma cosa. Según de la Mora, la Guardia de Asalto era una de las únicas unidades de policía que era fiel a la República (219-220). Robert Colodny afirma que el gobierno creó la Guardia de Asalto para establecer “humane methods of maintaining public order” [métodos humanos de mantener el orden público] (263). El Real Academia Española da una definición igual para “Guardia de Asalto”: “Cuerpo de la Segunda República española creado para reprimir movimientos subversivos o de desorden público” (guardia). De la Mora también refiere a la *shock police* en un contexto similar; ella queja de que Largo Caballero tardó mucho en mandar la *shock police* a Barcelona para defender la República contra un golpe de estado fascista (320). El *Oxford English Dictionary* confirma que la *shock police* sí es el mismo grupo. Define, “in Spain, a republican force of specially armed police for use in assault operations” [en España, una fuerza republicana de policía armada para el uso en operaciones de asalto] (shock, n.3.). El ejemplo bajo esta definición influyó mi traducción de la frase: “P. Kemp *Mine were of Trouble...Shock Police (Guardias de Asalto)*, posted in the side streets on motor cycles” (shock, n.3.). Debido a las investigaciones, decidí que sería mejor usar el mismo nombre—Guardia de Asalto—para esta policía.

Referí al historial otra vez porque de la Mora cita el programa del Frente Popular. Busqué la versión original para averiguar que de la Mora no inventó la cita. Encontré una publicación del programa en una edición de 1936 de *El Socialista*, y confirmé que la cita es históricamente exacta y que su traducción inglesa es fiel. Ya que es parte de un documento histórico, yo cité a la versión original en vez de re-traducir la traducción de de la Mora.

Después de citar el programa, de la Mora lista seis reformas prometidas por el Frente Popular. Usa una estructura paralela de la voz pasiva para contar las reformas. Unos ejemplos incluyen “Third, the power of the Bank of Spain was to be curtailed”; “Fourth, schools were to be placed...”; y “Fifth, peasants were to be given...” (de la Mora 206). De la Mora sugiere que las promesas no se llevaron a cabo, pero tuve que verificar para saber la manera de traducirlas. Si no ocurrieran, traduciría, por ejemplo, “Quinto, los campesinos iban a recibir...” Si ocurrieran de verdad, traduciría “Quinto, los campesinos tenían que haber recibido...” Encontré la respuesta en el artículo “The Spanish Civil War; the road to a popular front” por Helen Graham. Ella afirma que el Frente Popular estaba dividido porque los izquierdistas negaron la participación socialista en el gobierno; esto “effectively neutralised the Socialist Party and the subsequent absence of the PSOE⁸⁷ from power made the implementation of a programme of reforms in the crucial period after the February 1936 elections an absolute and utter impossibility” [neutralizó efectivamente el partido socialista y la ausencia subsiguiente del PSOE del poder hizo completamente imposible la implementación de un programa de reformas durante el período crucial después de las elecciones de febrero de 1936] (Graham 21). También indica que los latifundistas bloquearon las reformas agrarias porque poseían haciendas enormes en el sur y centro de España. Esta evidencia del estancamiento político, en particular con respecto al fracaso de la reforma agraria, me convenció a traducir las frases con “iban a recibir.”

⁸⁷ Partido Socialista Obrero Español.

En lugar del esplendor: autobiografía de una mujer española 151-154

España era una república. Los aristócratas temblaban en sus botas durante semanas, esperando para ver si el nuevo gobierno tomaría sus tierras, encarcelaría a sus líderes, y los empujaría al exilio. Ningún Republicano había estado seguro en España durante la Monarquía. ¿Será posible que los monárquicos serían bienvenidos en la República?

Pero los líderes de la República siempre pensaban en lo legal. Conocían la historia, dado que muchos fueron profesores universitarios. Sabían que la Revolución Americana, por nombrar una, había descartado a los seguidores de George III despiadadamente. Pero, ¿seguramente esas medidas no serían necesarias en España en el año iluminado de 1931? La democracia debe significar una oportunidad para que todos expresen sus opiniones, o no? Algunos republicanos instaron que la democracia debe significar una oportunidad para que todos los que creen en la democracia expresen a sí mismos—y algo menos que la libertad para los que esperaran derrocarla. ¿Está obligada la democracia a mirar su propia destrucción, preguntaron estos realistas?

Pero los legalistas ganaron. Los monárquicos, que todavía mantenían el poder de la riqueza dentro de la nueva República, eran dueños del periódico madrileño más importante, el conocido *ABC*. Todos los días el *ABC* predecía el derrocamiento de la República infantil. Cada día el *ABC* imprimió entrevistas largas y tiernas con el Rey Alfonso. Todos los días el *ABC* escribía relatos estimulantes de las actividades de los monárquicos dentro y fuera del país.

Los monárquicos se hacían más arrogantes mientras se hacían más seguro de la lenidad de la República. Alquilieron una oficina central lujosa en una calle principal de Madrid. Mantuvieron reuniones, imprimieron panfletos, colgaron pósteres, todos instando el derrocamiento de la República. “¡Restituir a Alfonso!” gritaban.

El domingo 10 de mayo, la política generosa y jurídica de la nueva República dio fruto amargo. Un grupo de aristócratas jóvenes—caballeros buenos, refinados con bastones y bigotes cuidadosamente cortados y ropa bellamente entallada—se encontraron para hacer planes para una gran demostración. El cumpleaños del Rey sucedió el 17 de mayo. Los monárquicos saldrían a las calles de Madrid para crear un disturbio, en honor de su Rey. Ese domingo hubiera transcurrido sin causar daños, salvo por el entusiasmo de los dandis jóvenes. Los planes para la reunión de la semana siguiente los embriagaron. Salieron de la oficina central lujosa pavoneándose, vitoreando para Alfonso, gritando, “¡Abajo la República!”

Los taxis hacían cola en frente del edificio monárquico, los conductores esperaban a los clientes. Los choferes madrileños ya eran entre los republicanos más devotos de la ciudad.

“¡Abajo la República!” gritaron los aristócratas jóvenes.

“¡Abajo Alfonso!” los choferes respondieron gritando. “¡Viva la República! ¡Viva la Libertad!”

Los aristócratas miraron atrás. El editor del periódico *ABC* salió caminando del edificio, balanceando su bastón. Señaló a un conductor.

“¿Qué dices, mi hombre?” el editor le preguntó.

“¡Viva la República!” gritó el chofer. “¡Abajo los monárquicos!”

El editor balanceó su bastón fuertemente. El chofer jadeó y se desplomó detrás del volante, la sangre fluyendo de la cabeza.

Pero los monárquicos no habían pensado en los madrileños. Se había reunido una multitud, una multitud refunfuña y hosca. El editor empezó a alejarse, dejando a su víctima inconsciente.

Alguien gritó, “¡Lo mataron! ¡Los monárquicos mataron a un republicano!”

El chofer no resultó mortalmente herido, pero el rumor equivocado se propagó como la polvera. Yo iba en coche a casa del campo ese domingo por la tarde, y pasamos la multitud y vimos dos limusinas elegantes, los automóviles de los monárquicos, prendidos en llamas.

Llegué a casa llena de angustia. Los monárquicos se habían equivocado de la naturaleza pacífica de los españoles. La República había surgido sin un solo disparo. Ni siquiera habían sido amenazados los aristócratas. Entonces, dado que la gente aparentemente no tenía la intención de destruir a sus primeros gobernantes, los aristócratas aparentemente habían decidido destruir a *ellos*. Los monárquicos tomaron buen carácter por debilidad. Fue un error.

La multitud se formó fuera de la oficina central de los monárquicos. Los aristócratas se retiraron a las salas del club. La Guardia Civil llegó y trató de contener a los republicanos hoscos. Y luego de repente sonaron tiros; dispararon tiros directamente a la multitud.

Un hombre cayó, gritando, y se murió mientras la multitud se inclinó sobre él. Dos niños, apenas más que bebés, sollozaron en el arroyo, sangre fluyendo de las piernas y los brazos.

¿Quién había disparado esos tiros fatales? Algunos dijeron que habían venido del interior de la oficina central de los monárquicos. Otros dijeron que vinieron detrás de dos árboles donde estaban destinados los hermanos Miralles, jóvenes entusiastas de la monarquía.

Madrid se enfurecía con indignación. Coches de tranvía paraban. Taxis regresaban a sus garajes. Se declaraba un paro general para el día siguiente. Los periódicos del lunes provocaban más rabia. El general Berenguer, el Presidente del Gobierno del Rey—que había sido detenido y acusado con la muerte de Galán y García Hernández—había sido liberado por los líderes republicanos. Pero la legalidad había reemplazado la precaución otra vez. El consejo del General era persuasivo y la República liberó a su enemigo.

Para el mediodía el lunes, los sindicatos Socialistas habían suspendido la demostración de la huelga y pidieron que sus miembros regresaran al trabajo. Pero todo Madrid no estaba bajo la disciplina de las organizaciones de los obreros. Los sindicalistas mantenían la orden, pero las multitudes enfadadas recorrían las calles todavía. Una muchedumbre grande y pasiva, bastante silenciosa, miró a un grupo pequeño de hombres, no más de cien, encendiendo fuego a la residencia de los padres jesuitas de la Calle de la Flor, donde hice mi primera confesión. La mayoría de los miles que vieron el incendio no tomaron parte en prenderlo—lo vieron callada y gravemente. Y después de que el fuego se apagó, los madrileños regresaron a casa, sus emociones de enojo mitigadas un poco. No había obras de arte dentro de la residencia jesuita y el dinero y los objetos de valor fueron guardados y depositados ante un relojero pequeño del barrio. Todos los padres jesuitas habían huido antes de que el edificio se prendiera fuego.

No fui testigo de esto ni de ninguno de los otros fuegos que se propagaban por España. Pasé el día en el piso de Inés arriba de la tienda pensando con angustia en las consecuencias de estos momentos terribles. La gente española había sido atormentada hasta el punto de prender estos fuegos—se volvieron en contra de los provocadores que trataban de destruir su libertad. Los líderes republicanos no podían detener a la gente excitada salvo con la fuerza armada, y el gobierno de la nueva democracia no podía disparar y no dispararía hacia la multitud. Los españoles eran más que justos, eran compasivos con los aristócratas que les habían oprimido durante largo tiempo. Pero cuando los monárquicos amenazaron a derribar la República, la gente actuó.

Sabía que los fuegos encendidos ese lunes en España fueron el resultado inevitable del egoísmo de los monárquicos. Pero sabía las consecuencias también. Fui a visitar a mi tío Miguel el día siguiente en su casa, y lo encontré grave y temeroso porque sabíamos que la gente como

mis padres, reaccionarios al fondo, pero un poco indecisos cuando la República llegó al poder, se habían tomado una decisión ahora. Siempre que la República no hiciera ningún cambio en España, siempre que la República les permitiera todos los mismos privilegios, estaban listos a darla apoyo tibio. Pero ahora que el asunto quedó claro, estaban listos a luchar a muerte contra la República.

Desde entonces España estaba abiertamente dividida en dos partes. La escisión separó a familias, hermanos y hermanas, padres e hijos, madres e hijas, aún esposos y esposas. La política ya no podía ser un tema de conversación de sobremesa. La gente *vivía* como monárquicos o republicanos, reaccionarios o progresivos. Hombres decidieron por la libertad, o contra la libertad. La mayoría de España, los campesinos, los obreros, una parte de la pequeña clase mediana, estaba a favor de la República. Toda la gente de la España rica y privilegiada, los industriales grandes, los terratenientes, la gente con título de nobleza, los dignatarios de la iglesia (aunque no todos los sacerdotes del pueblo), estaban en contra.

Al regresar de la casa del tío Miguel esa noche, sabía que el destino me depara la libertad. Y sentí en ese momento, como siento ahora, que la libertad ganaría en España eventualmente. Los españoles no podían admitir la derrota y no la admitirían.

Pero sabía que los años siguientes serían difíciles.

186-198

Cuando regresé a Roma después de que se recuperó mi madre, Ignacio y yo hablamos con una sensación de presentimiento de lo que me había dicho mi padre. Obviamente las cosas no iban muy bien con la República joven. Asediados por todos lados, los líderes republicanos sufrían de timidez en lugar de coraje. Alcalá Zamora, que había retraído del primer gabinete porque la mayoría favoreció la separación de la iglesia y el estado, acababa de ser nombrado

presidente de la República. Era canoso, parecía amable, era un gran orador, algo de un místico. Había sido un monárquico por la mayor parte de su vida y se convirtió en un republicano durante la dictadura. Ahora, apurado por los reaccionarios, firmó un decreto que disolvió las cortes y exigió nuevas elecciones. Los reaccionarios poderosos, adinerados, tenían grandes esperanzas en las elecciones. Mi padre había sugerido en Fráncfort que tenía conocimiento acerca de los planes elaborados—si no los complots—para poner el país otra vez en manos de los reaccionarios en la próxima elección general.

A medida que el tiempo se acercaba para las elecciones de noviembre, Ignacio y yo empezamos a ponernos más y más nerviosos. Los periódicos no parecían tener ningún sentido. *El Socialista*, el órgano oficial del partido socialista y de la UGT (Unión General de Trabajadores) en Madrid, uno de los pocos periódicos españoles que nos llegaba con regularidad, por supuesto no dejaba ver el peligro que corría en el país. Cada vez que pensaba en las palabras seguras de mi padre, se me enfriaba el corazón. ¿Seguramente los Republicanos percibían la ofensiva peligrosa?

El diecinueve de noviembre, Ignacio y yo esperábamos noticias sin paciencia. Y cuando los telegramas llegaron a avalancha a la embajada por fin, nos dimos cuenta del fracaso absoluto del primer gobierno republicano. Los reaccionarios habían ganado—totalmente.

“No puedo decir que estoy sorprendido,” dijo Ignacio con pesimismo.

Y yo tampoco lo estaba. No estaba porque el primer gobierno republicano, tímido, débil, jurídico, había prometido una reforma general—y no logró casi nada. ¿Dónde estaba la tierra que iban a recibir los campesinos? Todavía en las manos de los reaccionarios. ¿Dónde estaban las mejores condiciones laborales para las masas de la ciudad? La única vez que fue realmente

despiadado el gobierno republicano fue cuando envió las fuerzas armadas a aplastar los disturbios de las huelgas.

Los reaccionarios habían presentado un frente unido, audaz, y decidido durante las elecciones. Dieron miles de colchones y otros regalos a los obreros, comprando votos donde no podían intimidar.

Y los republicanos—estaban divididos en una docena de partes. Las dos grandes federaciones de sindicatos, la UGT y la CNT, luchaban entre ellos mientras sonreían los reaccionarios. Largo Caballero, el jefe de la UGT, fue el Ministro de Trabajo del gobierno republicano—un hombre sensato, dijo mi padre. La CNT, la federación de sindicatos anarcosindicalistas, rechazó votar. La política tímida y débil de los republicanos—las reformas hechas sobre papel pero nunca de verdad—más la escisión del movimiento laboral dieron a los reaccionarios una mayoría clara en las nuevas cortes. Es cierto, el número total de los votos progresivos emitido fue más grande. Pero la CEDA, la organización de la derecha española, controlaba las cortes. España tenía unos días negros por delante.

Los primeros resultados de la elección, según la opinión de Ignacio y yo, fueron una gran sorpresa. Desde que llegamos a Italia, Ignacio había trabajado muy duro para mantener informado el personal general español de los sucesos de la Fuerza Aérea italiana. Trabajé arduamente con él, ayudándole con la traducción de publicaciones italianas y artículos técnicos en la prensa diaria. Visitaba a una fábrica tras otra, inspeccionaba aviones, hablaba con ingenieros, nos hacíamos amigos de la gente del Ministro Aéreo. Los informes semanales de Ignacio fueron modelos de información y habían sido, hasta poco después de las elecciones, recibidos con gran entusiasmo en España.

Ahora el Personal General empezó a aburrirse con la esfuera de Ignacio. Sabíamos que la nueva gente, políticamente hostil hacia Ignacio, había sido nombrada inmediatamente al personal general. Pero nos sorprendió y nos desconcertó encontrar que estos hombres militares, reaccionarios o no, ya no les importaba recibir información precisa sobre asuntos militares italianos. Casi nos dio la impresión de que tenían fuentes de información sobre la Fuerza Aérea italiana diferentes y mejores de las que su agregado militar puede descubrir. Nuestra perplejidad ha sido, por supuesto, desde entonces aclarada; la traición lleva tiempo y una planificación cuidadosa.

Cuando el gobierno de Lerroux, que llegó al poder en España después de las elecciones de noviembre, mandó a un nuevo embajador para negociar un concordato con el papa, Il Duce decidió prestar un poco de atención a la embajada española que había sido notoriamente descuidada por las autoridades fascistas desde la proclamación de la República. El nombramiento de un nuevo jefe de la embajada de Roma para reemplazar al profesor desafortunado y antiguo mandado por el primer gobierno republicano siguió inmediatamente después de la designación del embajador al Vaticano. El nuevo embajador era un reaccionario—pero era el hijo de un fabricante de sombreros y los aristócratas del antiguo cuerpo diplomático español le maltrataron tanto que pienso que jugaba con la idea de hacerse un republicano a veces, por venganza.

Por supuesto, él no ayudó más a Ignacio que el profesor—tuvimos que establecer nuestros propios contactos en Roma. Ignacio obtuvo algo de ayuda del General Liotta del ministro aérea italiana que parecía estar encariñado con nosotros a pesar de nuestro infame odio del fascismo. Pero el famoso Coronel Longo había estado en España por muchos años, entreteniendo a pilotos para la Fuerza Aérea española al principio, y después como el agregado

aéreo de la embajada italiana. Todos los pilotos españoles conocían a Longo—y también lo conocían todas las señoras que vivían en una casa de mala reputación y todos los barman en España.

Coronel Longo regresó a Italia poco después de que lleguemos a Roma. Se le envió a casa para ayudar a preparar el vuelo que el general Balbo pensaba hacer a los Estados Unidos. Fue uno de los líderes de los escuadrones de aviones que cruzaron el Atlántico y cuando regresó se le colocó en el ministerio aéreo para supervisar el trabajo de los agregados aéreos extranjeros. Su trabajo, por supuesto, era mostrar a los extranjeros lo justo para impresionarlos y no demasiado como para darles ninguna información real.

Pero Ignacio, que tenía que ocultar su desprecio y aversión para el galante coronel, cazafaldas coronel, tuvo el guapo Longo dentro de poco diciéndole todo tipo de “secretos” oficiales. El coronel pensaba sin duda que España era demasiado insignificante y que Ignacio era demasiado inocuo como para que tuviera que ocultarle nada a su “amigo” madrileño. En todo caso, Ignacio estaba en una posición mucho mejor que cualquier otro agregado aéreo extranjero y si el gobierno natal se hubiera preocupado un poco, se habría dado cuenta de que sus informes eran mucho más completos que el trabajo normal de un agregado aéreo.

Tuvimos la oportunidad, dos veces, de dar la mano a Il Duce, el autor del sistema fascista que costaba muy caro en el hambre y la sangre—y las dos veces la rechazamos. La primera vez fue en una cena que Mussolini dio para las embajadas españolas en el Quirinal y en el Vaticano. Rechazamos de modo repetitivo, aunque nuestra embajadora nos llamó por teléfono varias veces muy enfadada para exigir nuestra presencia. Después de la cena tuvimos una buena oportunidad de reírnos de la gente que asistía. Reímos porque Mussolini marchó hacia el comedor, no hizo

caso a las introducciones, se sentó y engulló su comida y se fue—dejando a un grupo de personas con caras de vergüenza.

La otra oportunidad fue en una recepción para el Rector Dollfuss. No asistimos con protesta moderada y personal contra dos dictadores que se divertían juntos.

Más tarde durante ese mismo invierno, vi a Mussolini en el gran baile ofrecido por la embajada brasileña para celebrar su elevación desde la categoría de legación. Por casualidad me encontraba de pie a unos pasos del dictador y observaba—con cierta satisfacción, debo decir—que no es un hombre realmente alto ni imponente. Hasta que saca la mandíbula y coloca las manos sobre las caderas, poniendo el pie derecho hacia delante, permanece como un individuo desconocido, pesado, corpulento, sin mucho carácter o personalidad.

El nombramiento de Ignacio como agregado aéreo fue para Alemania y también para Italia, pero el Personal General no le había preguntado a reportar en Berlín todavía. A pesar de todo, celebramos la invitación de una amiga nuestra, una chica alemana de padres adinerados y de sentimientos ligeramente en contra de los nazi, a pasar una quincena con sus padres en su casa de campo cerca de Múnich. El padre de Liselotte era un fabricante muy rico—tenía una fábrica cerca de su casa preciosa. La familia ansiaba recibir alguna decoración o título del Führer y entonces hizo todo lo posible para complacerle. Solamente perdonaba a su Liselotte su falta de simpatía hacia el régimen Nazi porque había sido la esposa de un conde húngaro.

Llegamos a Baviera poco después de la purga Nazi en junio de 1934—todos estaban susurrando acerca de ella todavía. El Cónsul Español en Múnich nos contó cosas groseras del asunto sangriento y algunos de los vecinos de Liselotte mencionaron al asunto en voz baja. Pero

en la mesa de la familia no permitieron ninguna mención del comportamiento de Hitler—solamente se toleraba el mayor respeto por el Führer.

Durante nuestra estancia, Hindenburg, el anciano débil que había traicionado a la República al entregar el gobierno a los fascistas, se murió. La familia entera se puso de inmediato y profundo luto y la tía de Liselotte, que había pensado bailar un tango con Ignacio, un español verdadero, había que abandonar sus deseos. Se esperaba que la casa familiar entera, criadas, mayordomos, cocineros, jardineros, tíos, tías, niños, escuchara el funeral largo por la radio.

Mientras nos quedamos en Neuburg-am-Donau, Ignacio, Liselotte, y yo fuimos en coche a ver el festival musical en Bayreuth. Fui tristemente decepcionada. Pensé que la música era solamente de segunda fila, la puesta en escena era muy deficiente, la multitud era pomposa y afectada, y el ambiente entero era aburrido y aún bastante tonto. La vista de la villa de Wagner habitada por Hitler y guardada por cordones de la SA era suficiente para repugnar a cualquier amante de la cultura alemana.

Liselotte nos dio la oportunidad de observar a las clases altas alemanas en casa. Era una quincena muy reveladora. Me ha sorprendido a menudo leer en la prensa extranjera que Hitler ha arruinado a “los negocios.” Sí, el régimen Nazi en Alemania casi ha erradicado los negocios pequeños, pero, como pudimos ver con nuestros propios ojos, es la criada perfecta para los fondos grandes de Alemania. El padre de Liselotte apoyaba a Hitler porque el momento en que el Führer llegó al poder podía—y lo hizo—recortar los salarios y prolongar el tiempo en su fábrica. Además, casi todos los competidores fueron liquidados debidos a altos impuestos, fueron intimidados por la gente del partido nazi, fueron arruinados por las demandas fascistas. Pero el

padre de Liselotte, que poseía a un negocio muy grande, ganó más dinero bajo Hitler de lo que jamás lo había ganado en su vida.

Nos alegramos salir de Alemania, que pareció más opresivo en cada momento, para pasar el resto de nuestras vacaciones en Austria, un país agradable en ese momento, Venecia, y la costa de la Dalmacia. Los pueblos portuarios preciosos de Yugoslavia, el cielo azul, la gente encantadora, nos hicieron felices. Dondequiera que fuéramos, por supuesto, observamos los problemas que estaba suscitando Mussolini entre los serbios y los croatas—y sin embargo la dignidad encarnizada de la gente, su orgullo y amor por la independencia, nos hicieron sentir más seguros.

Regresamos a Roma, bronceados y refrescados, sintiendo felices—y en un día estábamos abrumados de ansiedad porque la nueva de nuestro país era mala—muy mala. A menudo, cuando Ignacio iba a la embajada a recoger a su correspondencia—tenía miedo de hacer su trabajo allí porque sabía que el lugar estaba lleno de espías fascistas—los secretarios y oficinistas, viéndoles llegar, imponían silencio en medio de una conversación animada. Porque a este punto, Ignacio era el único Republicano fiel en la embajada. Prieto nos escribió unas cartas cortas que nos llenaban de preocupación. Pero no nos dieron ninguna información y solamente hicieron una alusión al desastre que iba a ocurrir.

Mi tío, el Duque de Maura, el cuñado de otro tío, el Conde de Los Andes, y docenas de otros Monárquicos, vinieron a Roma bajo el disfraz de peregrinos y conspiraron con Alfonso en el Gran Hotel para una restauración de la Monarquía. Más tarde, supimos que a Alfonso y a sus amigos monárquicos les habían sido prometidos armas y dinero por Mussolini para apoyar un exitoso golpe de estado en España—un golpe de estado que no podía planear este grupo en particular.

Sin embargo, aunque Alfonso se confabulaba en Roma, reaccionarios en España estaban avanzando rápidamente con sus planes de retrasar cien años el reloj de la nación. La tierra y las otras reformas del primer gobierno republicano habían sido hechas por mayor parte sobre papel. Pero la CEDA, la organización de los partidos españoles derechistas, eran determinadas a borrar aún la teoría de la tierra por los campesinos, los salarios y sindicatos por los trabajadores. Después de las elecciones desastrosas, Alejandro Lerroux, el traidor y radical, había sido nombrado el jefe de un gabinete moderadamente reaccionario. Ahora, el cuatro de octubre, mientras Ignacio y yo esperábamos el teléfono por la nueva terrible, la CEDA llegó al poder sin necesidad de una intervención por Mussolini. Lerroux, traicionando a la República tal como Hindenburg había hecho una vez en Alemania, dio tres asientos en su Gabinete a la CEDA, el puesto de Justicia, Obras Públicas, y Agricultura. Entonces un partido que había declarado como su programa la abolición de leyes sociales progresivas, la restitución de toda la propiedad de la Iglesia, y la revisión de la Constitución, fue dado el control de tres departamentos cruciales del gobierno.

Cuando Ignacio y yo oímos las noticias, se nos cayeron las almas a los pies. La gente española no podía tolerar y no toleraría el fin repentino de lo que había empezado con tal promesa solamente dos años y pocos meses antes. Nadie podía retrasar el reloj en España sin contar con la voluntad determinada de la gente española.

El cinco de octubre llegaron las noticias que esperábamos. Las oímos con la emoción de la esperanza. No se perdió la República todavía. ¡Los obreros madrileños habían declarado una huelga general!

Y en Barcelona, los líderes republicanos proclamaron la República Catalana—no como un movimiento separatista, sino para salvar a Cataluña del dominio de los fascistas reaccionarios en Madrid.

Toda España, tan bien como pudimos distinguir de la nueva defectuosa que recibimos en Roma, se movilizó al llamamiento de la huelga madrileña. Medio esperanzados, medio temerosos, Ignacio y yo recordamos que una huelga agraria en momento inoportuno en las comunidades autónomas de Extremadura y Andalucía durante el verano había malgastado la fuerza y las vidas de miles y miles de campesinos. ¿Podían responder al llamamiento madrileño por acción ahora estos campesinos, las víctimas de meses de hambre? Ignacio y yo no sabíamos—solamente podíamos esperar.

Una cosa sabíamos con certeza. Los mineros de Asturias, esos obreros atrevidos y determinados, responderían al llamamiento por la huelga general. Lucharían contra toda reacción hasta su último respiro—¡lo sabíamos!

Entonces sucedió. La noche del 6 de octubre, Ignacio dejó el teléfono y el se cayó hundido en un sillón.

“Cayó Barcelona,” dije, tragándome las lágrimas.

“Se rindió,” contestó Ignacio amargamente.

No pudimos comprender, entonces, como una ciudad grande y rica como Barcelona, cuyas personas, casi hasta el último hombre, quería defender su República contra Gil Robles y la CEDA—no pudimos entender como se rindió. ¿Rindió? ¡Imposible! Meses después, tuvimos tiempo para descubrir que los líderes, faltando fe en la gente, se asustaban. Supimos que Barcelona no tenía armas ni lemas en contra de la CEDA—pero más que todo, aprendimos que

Barcelona se rindió porque los republicanos, divididos en docenas de formas distintas, no pudieron ponerse de acuerdo entre sí sobre lo qué hacer.

La huelga general se suspendió en Barcelona el 9 de octubre. En Madrid, los obreros, desanimados por el derrumbe de resistencia en Barcelona, empezaron a regresar al trabajo poco a poco. Sólo los mineros de Asturias siguieron resistiendo.

“No lo puedo soportar aquí en Roma nada más,” dijo Ignacio esa noche. “Tal vez podría ser útil en Madrid.”

Titubeé. Sabía si Ignacio volvería a Madrid precisamente en estos días, sin los órdenes de sus superiores, estaría en gran peligro. Los líderes Republicanos ya estaban en vuelo a Francia. La CEDA no era, como su oposición republicana, misericordioso con sus enemigos. Pero no podía pedir a Ignacio que se quedara en Roma. Decidí entonces, y nunca cambié de opinión, que sería una mala esposa ciertamente si esperaba de Ignacio que hiciera menos de su deber para mí.

“Vete,” dije, y trataba de sonreír.

Ignacio sonreía abiertamente. “Está completamente seguro,” dijo, y trataba de creerlo. Ignacio pidió prestado un avión. No fui con él al campo de vuelo por temer a llamar atención a su salida. Ambos sentimos que el personal de la embajada estaba demasiado ocupado enviando telegramas de felicidad a la CEDA, la Guardia Civil, y el ejército por haber aplastado la huelga general, para notar la ausencia de Ignacio.

“Pues, Conti,” dijo Ignacio, cuando había abotonado su abrigo y hecho la bolsa de viaje.

Ten cuidado, ten cuidado, ten cuidado, seguía diciendo en mi mente—pero no en voz alta.

“No pasará mucho tiempo,” dijo Ignacio con ternura, y en un momento se había ido.

Estaba sola en el piso con Luli. “Su pasaporte diplomático le protegerá bastante,” dije a Luli, que no entendía mucho de pasaportes.

Pasaron tres días, días largos, infinitos. Ninguna noticia de Ignacio. Casi ninguna noticia de España en absoluto. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba mi esposo? ¿Aún había llegado a Madrid? ¿Había sido detenido?

El suspenso empezó a corroerme el corazón. Y luego tenía una diversión muy grata. María Teresa y Rafael Alberti, los dos escritores distinguidos, llegaron a Italia durante su regreso desde Moscú a Madrid. Había sido asistiendo a un congreso de escritores y justo cuando iban a zarpar con rumbo a casa desde Italia recibieron una telegrama de la madre de María Teresa diciéndoles que su piso en Madrid había sido registrado varias veces y la policía estaba esperando detenerles el momento en que pusieran los pies en tierra española.

Estaban sin un centavo—todo su dinero estaba en Madrid. Solicitaron ayuda a otro escritor, un amigo mío y de Ignacio, y sugirieron que se encontrara con ellos para discutir su situación. Me gustaba los Alberti el momento en que los vi. Nuestro piso era pequeño pero se mudaron esa misma noche y durmieron en una cama armada en el salón. Era más fácil esperar noticias de Ignacio con los Alberti, unos simpatizantes tan firmes con la democracia en España, a mi lado.

Pasaron diez días. Mi autocontrol estaba escapándose. No podía dormir por las noches. Y luego, en la noche del décimo día, llegó un telegrama firmado por un amigo de Ignacio. Mi esposo estaba seguro al otro lado de la frontera francesa. Dormí por primera vez en una semana.

Dos días después los Alberti y yo fuimos en coche a Ostia, la base romana del mar, para encontrarnos con Ignacio. En el camino, seguía pensando en cómo debíamos vivir ahora, con

Ignacio probablemente un exiliado y nuestra carrera diplomática terminada sin duda. Pero cuando vi a mi esposo, sentía tan feliz que no me importaba si muriéramos de hambre—por lo menos estaríamos juntos.

Regresando a Roma, Ignacio nos contó su historia. Había llegado a Madrid para encontrar que la huelga había terminado. Había ido directamente a la casa de Prieto y encontró a sus dos hijas muy preocupadas. La policía estaba buscando a su padre—había sido uno de los líderes de la huelga general. Ignacio se ofreció a ayudar a Prieto a cruzar la frontera francesa. La Guardia Civil estaba atento en todo España por el líder republicano—una docena de señores gordos y con barba ya habían sido detenidos erróneamente.

Ignacio ideó un plan ingenioso. Pidió prestado un coche con matrícula francesa. Se vistió de su uniforme de la Fuerza Aérea y manejó sólo en el asiento delantero. Escondido en el maletero trasero del coche estaba Prieto. El plan funcionaba de maravilla al principio. La Guardia Civil saludó cuando vio pasar un comandante de la Fuerza Aérea. Prieto, una de las figuras más conocidas en España, estaba fuera de vista.

Pero a medio camino de la frontera, estalló Prieto. El espacio reducido lo estaba matando. Se puso derecho y sentó en el asiento trasero. Luego, tenía hambre, e insistió en parar en la casa de un amigo a quién describió como fiable en absoluto, para la cena. Los nervios de Ignacio siempre han sido de hierro fundido. Volar en los embalajes de tablas del ejército español no deja ningún lugar para la histeria del hombre. Pero aún Ignacio se puso nervioso antes de ver la frontera francesa—con Prieto a plena vista para que toda España pudiera verlo, sentado allí en el asiento trasero de su coche.

En San Sebastián, Ignacio bajó del coche, se cambió de uniforme, y después del anochecer, un chófer francés llevó a Prieto sano y seguro a Francia.

“¿Qué pasa en España?” pregunté.

Ignacio esbozaba la situación brevemente. Los asturianos todavía seguían resistiendo. Las tropas del gobierno no se consideraron fiables—la matanza de los mineros españoles no pudo llevarse a cabo por tropas españolas conscriptas. La rebelión no había terminado.

El Embajador parecía vagamente sorprendido ver a Ignacio la mañana siguiente, pero solamente mostró señales de ira cuando Ignacio se negó a firmar un telegrama que felicitaba a la CEDA por aplastar la huelga general o por aportar los fondos obtenidos por la *ABC* para la Guardia Civil.

“Estaremos sin trabajo en una semana,” dijo Ignacio alegremente esa noche.

Fue casi la única broma que nos gastábamos en esos días. Las noticias de Asturias empezaban a filtrar a través de España. Los periódicos italianos publicaban casi nada sobre la verdad, pero los exiliados españoles que escaparon nos dijeron la espantosa historia entera.

Gil Robles y su CEDA habían convertido a España en una prisión sangrienta. Los atrevidos mineros asturianos resistiendo para la democracia fueron masacrados en seco por las tropas moras traídos por un gobierno que tenía miedo de sus propios conscriptos. El nuevo Jefe del Estado, el general Francisco Franco, trajo tropas moras a la península en su primera misión de guerra en la historia de España. Violando, saqueando, masacrando, pasaron por Asturias como un incendio espantoso.

Ignacio, que anticipaba ser retirado a España en un momento por la CEDA, decidió hacer un viaje perfectamente abierto a España. Paró en Barcelona para visitar a Azaña—detenido y mandado al buque prisión en el puerto—y después siguió a Madrid donde fue recibido en el Ministro de Guerra con frialdad glacial. Sus superiores sugirieron que no hubiera sido retirado—

a menos que deseaba abandonar al ejército, por supuesto. El general Franco estaba intentando, en ese momento, hacer que salieran todos los Republicanos de las Fuerzas Armadas.

“Eso es exactamente lo que no haré, Conti,” me dijo Ignacio más tarde, “¿y dejar el camino abierto para un ejército completamente fascista? Nunca.”

De vuelta a Roma, Ignacio me dijo la historia terrible de los mineros asturianos. Franco había traído un ejército de puros moros—los mineros fueron abrumados por los números enormes, las armas, y las bombas. Algunos de los oficiales del ejército que traían a los Moros habían rebelado, algunos de los pilotos de la Fuerza Aérea ordenados a bombardear a las mujeres y los niños de Asturias habían negado obedecer los mandos. Pero no bastaba. La lucha por la libertad había terminado.

Y ahora la represión violenta y sangrienta. Pocos cuentos en la historia son tan terribles como los sucesos espantosos en Asturias después de que los moros se habían conquistado. Escuchábamos las historias de primera mano desde los refugiados que huían a través de la frontera para salvar sus vidas. Un periodista inofensivo que había visto demasiado fue asesinado; niños y mujeres fueron detenidos y torturados con fuego y látigos de acero hasta que dijeran donde escondían sus padres y esposos. Treinta mil estaban encarcelados. Miles de otros escondían en las colinas.

Ignacio y yo empezamos a sentir que no pudiéramos quedarnos en Roma mientras nuestros compatriotas fueron torturados a muerte en España. No había nada que pudiéramos hacer—y sin embargo... Luego tomamos una decisión rápida. Los hombres con bastante suerte para escapar estaban entrando a espuestas en París, fríos, hambrientos, sin dinero. Teníamos un salario excelente. No sabíamos por cuánto tiempo duraría, pero mientras poseíamos un centavo

teníamos la intención de compartirlo con los exiliados españoles. Así que empacamos, bolsa y equipaje, y nos fuimos para Francia apresuradamente.

La gente asturiana estaba unida en contra de la CEDA reaccionaria. Miró mientras sus hombres fueron dirigidos al pelotón de ejecución; llevó a sus mujeres a casa desde las prisiones, tullidas y torcidas por la tortura. Pero ningún terror podría romper sus espíritus. Sacó clandestinamente a hombres del país, y de su pobreza terrible envió dinero al extranjero para ayudarles. Los asturianos que encontramos en París estaban viviendo de casi nada, dispersados por los suburbios, reportando a sus líderes con el sentido de una disciplina casi militar.

Sólo esperábamos que hubiéramos encontrado los otros exiliados españoles viviendo con tanta determinación firme de conquistar el porvenir. Prieto quedaba en un piso modesto, contestando cartas y viendo amigos. No intentó animar al Partido Socialista Francés a ver la gravedad de la situación en España. Estaba lleno de un pesimismo desolador. Echó la culpa del fracaso de la huelga general en Madrid a Caballero, que la había dirigido—mientras Caballero echó la culpa del debacle a Prieto, que tenía que dirigir el ejército en la rebelión contra la CEDA. El ejército no había alzado sin duda—de quién era la culpa nadie sabía bien. Caballero estaba en la cárcel, pero Álvarez del Vayo, su buen amigo, vino a París para hacer las paces de la contienda entre los dos líderes socialistas y tratar de interesar al Partido Socialista Francés en el futuro de España. Del Vayo entendía que el mundo tenía que ser reanimado para parar las represalias terribles en Asturias y en toda España. Sentía que la democracia no pudiera ganar en España a menos que todos los partidos en apoyo de la República estaban unidos.

“*Tenemos que unirnos,*” dijo del Vayo—pero Prieto, perdido en el pesimismo, no podía contestar.

Regresamos a una España hosca, polvorienta. Toda Cataluña estaba sospechosa, sobre ascuas. Los líderes catalanes todavía estaban en la cárcel. La gente de Barcelona ardía de ira.

En Asturias la represión terrible seguía. Ahora el mundo entero sabía de las atrocidades que habían cometido los generales y la Guardia Civil en esta fértil región minera. Aún los conservadores y algunos reaccionarios empezaron a ponerse malos al enterarse de los detalles del terror terrible en Asturias. Gil Robles y el gobierno trataban de encubrir la verdad—pero la historia de los mineros asturianos no se podía reprimir.

Ignacio no fue recibido por el Ministro de Guerra con vítores naturalmente. De hecho, fue mandado a Sevilla sin demora, casi en exilio, porque no se podía ser echado ni expulsado del ejército. Sabía que estaría en Sevilla solamente por unas pocas semanas o pocos meses al máximo, entonces me establecí en Madrid con Luli. Ignacio vino a vernos con mucha frecuencia.

Inés y Zenobia estaban dirigiendo la tienda pequeña todavía, y decidí regresar y deposité el poco dinero que tenía—para expandir el negocio. Pero ninguna de nosotras teníamos mucho interés en vender blancos y cerámicos campesinos a turistas. Teníamos un sentimiento de suspenso, una convicción que algo tenía que pasar pronto para cambiar el estado de las cosas. La corrupción en círculos gubernamentales no se podía ocultar. Un holandés quien se había otorgado una concesión para establecer el juego legal en España otra vez pagó grandes sumas de dinero a oficiales gubernamentales, y luego, considerándose engañado, hizo público la conspiración entera. Los periódicos revelaron ejemplos nuevos diariamente y de gran alcance del soborno y robo en los ministerios oficiales del gobierno. La tragedia asturiana pesaba sobre los corazones de la gente. Los obreros madrileños todavía sufrían las represalias de la huelga general

y no pudieron soportarlas más. Los campesinos vieron su comida haciéndose más insuficiente a diario. Algo tiene que pasar—¡pronto!

El 20 de octubre, más de cuatrocientos mil españoles vinieron de todos lados del país, algunos a pie, muchos montados a burros, para escuchar a Azaña en una reunión a cielo abierto afuera de Madrid. El gobierno y la policía esperaban provocar disturbios. Las tropas montadas acosaban las multitudes muy abarrotadas mientras cruzaban la puente sobre los Manzanares. Agentes provocadores, mezclándose con gente, trataban de comenzar revueltas. Ametralladoras montadas sobre camiones amenazaban los miles de lenta acción. Pero la gente española había aprendido la disciplina. Nos llevábamos yo y los cienes de miles de otros casi dos horas a pie para cruzar la puente y llegar al punto de reunión, pero transcurrió el día sin ningún incidente.

La reunión puso esperanza y determinación en los corazones de todos los hombres y mujeres que quedaban escuchando a Azaña ese mañana de domingo. Una multitud de cuatrocientos mil, los españolas tronaban después del orador, mientras les dirigían, el lema del día—y los tiempos: “¡Para una amnistía general! ¡Para la liberación de los treinta mil presos, víctimas del terror!”

A principios de noviembre, mientras Ignacio y yo sentábamos en silencio una noche, recibimos una llamada telefónica urgente. Dirigimos a la casa designada y encontramos a Prieto, nos sacamos clandestinamente a España otra vez desde la frontera francesa. La crisis, dijo, estaba llegando a un punto crítico. Lo necesitaban en España. Pesimista y triste en Francia, Prieto ya parecía llena de energía. La gran reunión el veinte de octubre había recuperado su fe en la gente española. El gobierno reaccionario tiene que caer. ¡Todos tenemos que trabajar, trabajar duro!

Al principio pensamos esconder a Prieto en nuestra casa pero Luli, que asistía a un colegio, era un parlanchín de siete años, a quien la política era un misterio. Yo sabía que ella

podía mantener un secreto—pero podía oírla también, en mi cabeza, diciendo a sus amigos, “¡Papi y mami tienen un secreto! ¡Tenemos un hombre ocultado en nuestra casa, pero es un secreto y no puedo decirte su nombre!”

Entonces instalamos a Prieto en una casa sin niños, y empezó a dirigir el trabajo de los Socialistas de derechos. El grupo de izquierdas del Partido Socialista, encabezado por Largo Caballero, también estaba intensificando su agitación y aunque todavía se necesitaba mucha más unidad, los dos grupos trabajaron duramente esos fines del otoño.

A principios de diciembre de 1935, estalló la inevitable crisis política. Escándalo y corrupción abrumaba la CEDA. Los reaccionarios trataban de arreglar las cosas con un partido del “Centro” recién formado e improvisado, pero salió mal el truco. El gobierno provisional, tan débil como era, sí hizo una buena acción. Nuñez de Prado, un general republicano y uno de los jóvenes más prometedores del ejército, fue nombrado el Jefe de la Fuerza Aérea. Sin demora retiró a Ignacio de Sevilla y lo hizo su consejero principal. Naturalmente, Nuñez de Prado e Ignacio no tenían una mano libre, con el general Franco el Jefe del Estado todavía, pero trasladaron unos de los traidores con ideas monárquicas y nazis en la Fuerza Aérea a zonas remotas y ascendieron Republicanos a puestos importantes.

Aún los monárquicos y fascistas estaban insatisfechos con el gobierno de “Centro.” El presidente Alcalá Zamora no podía resistir la presión de la gente.

El 8 de enero de 1936, el presidente Alcalá Zamora disolvió las Cortes y convocó elecciones generales el dieciséis de febrero.

Con este anuncio el Estado de Alarma, declarado por la CEDA el 6 de octubre de 1934, llegó a su fin. La censura se levantó, y la prensa empezó a publicar evidencia documentaria de la represión asturiana sin demora. Los exiliados regresaron de París. La carrera electoral comenzó.

Pensé, durante los días entre el 9 de enero y el 16 de febrero, que nunca soportaré esas semanas del terrible suspenso. El tiempo me demostró que estaba equivocada, pero todavía recuerdo esos días de invierno con un tipo de nudo en la garganta.

Porque todos sabíamos que esta elección determinará el destino de España—fascista o democrática, la Edad Media o el Mundo de Mañana, tiranía o justicia—¿cuál sería? La existencia de la República estaba en juego, la existencia de la libertad, la existencia misma de una España libre, pendía de un hilo.

A un lado se alineaban toda la riqueza y poder de España. Los industrialistas grandes, los terratenientes, los poderosos órdenes religiosos, la jerarquía de la Iglesia (pero no todos los sacerdotes), la casta militar, quedaban por un lado.

Y al otro lado había la gente de España.

Los partidos de la derecha hicieron un pacto. La CEDA, y su doble partido, los Agrarios, eran los partidos reaccionarios más grandes y poderosos. El Partido Monárquico no se podía presentar candidatos en una elección republicana, pero apoyaron a los otros dos partidos con pocos votos y mucho dinero. Los “Radicales” completamente descreídos de Lerroux, cubiertos del fango de la corrupción, se pusieron al lado de la CEDA y los Agrarios. El Partido Falangista era pequeño, alborotado, homicida más que poderoso o numeroso. La Falange, una copia exacta de las organizaciones fascistas italianas y alemanas, estaba bien armada y bastante bien organizada en Madrid, Sevilla, Barcelona, Valencia y Vigo. Ellos fueron utilizados como tropas de choque por la CEDA y no trataban de ocultar nada—francamente eran mercenarios a sueldo (diez pesetas diarias) en las tropas de la CEDA. Los tradicionalistas o carlistas, aunque no acordaban con los monárquicos sobre quien debería ser el rey, acordaban sobre casi todo lo

demás. Tenían algo de fuerza en Navarra, donde los campesinos que vivían en las montañas, aislados del resto de España, se criaban a base de las memorias de las dos guerras carlistas del siglo anterior. Unos pocos diseminados partidos independientes de los nacionalistas Catalanes, la mayoría en representación de los hombres catalanes de negocios, votaron con la CEDA.

Este fue la alineación formal de los reaccionarios. Pero este era sólo el principio de la historia porque detrás de estas fiestas formales subyacía dinero y más dinero. Los líderes de la CEDA exigieron—y recibieron—contribuciones enormes de los bancos, hombres de negocios, terratenientes. Los reaccionarios luchaban su batalla electoral con los “fondos corruptelas,” como dicen en los Estados Unidos, más grandes que ninguna vez soñado en España.

La gente enfrentaba la elección no con dinero pero con—y esta por la primera vez—unidad. Los eventos trágicos en Asturias, la represión sangrienta, la censura, el espectro del fascismo en Alemania e Italia, el conocimiento que esta elección fue el punto de inflexión para España como una nación—por fin les habían hecho tomar la consciencia los líderes Republicanos y Socialistas de que las riñas entre partidos fueron irrelevantes en comparación a la necesidad de luchar contra el fascismo en España.

Por la primera vez, todos los partidos políticos en España que se consideraban a sí mismos antifascistas o prodemocráticos unían en un gran pacto que se llamaba el Frente Popular. Es importante entender—y toda España entendía en aquel momento—que el Frente Popular no era una organización reaccionaria.

De hecho, el programa formal del Frente Popular empezó con estas palabras: “La República que conciben de los partidos republicanos no es una República dirigida por motivos

sociales o económicos de clase, sino un régimen de libertad democrática impulsado por razones de interés público y progreso social.”⁸⁸

El primer punto del programa del Frente Popular fue una amnistía general para todos los presos políticos. “¡Libera a los treinta mil!”

El punto segundo fue un programa de obras públicas que parecía al plan PWA de Roosevelt.

Tercero, el poder del Banco de España iba a ser restringido.

Cuarto, las escuelas iban a ser puestas bajo el control del estado otra vez, y se esbozaba un nuevo programa educacional enorme.

Quinto, los campesinos iban a recibir varias formas de asistencia, como se esbozaba en la Ley de reforma agraria.

Sexto, los obreros iban a recibir legislación social, sueldos mínimos y cosas así.

Este documento muy moderado no se consideraba una amenaza al capitalismo en España. Rechazó la nacionalización de los bancos, la tierra, o las fábricas. La legislación social que proponía no comparaba con las leyes rigiendo los sueldos o las condiciones de trabajo de otros países democráticos. El programa del Frente Popular, en esencia, propuso continuar las reformas empezadas por el primer gobierno republicano e interrumpidas por los dos años negros de la CEDA y Gil Robles. Los partidos del Frente Popular imaginaban una España libre, con libertades civiles y progreso para todos.

Respaldando este programa del Frente Popular había un grupo de partidos republicanos y anti-fascistas consistiendo en la Izquierda Republicana de Azaña, la Unión Republicana de

⁸⁸ Esta cita no es mi traducción, sino una cita del programa verdadero del Frente Popular publicado en la edición del 16 de enero, 1936 de *El Socialista*.

Martínez Barrio, y la Izquierda Republicana de Cataluña de Luis Companys. Todos estos partidos proporcionaron la representación de la clase media para el Frente Popular.

También en apoyo del Frente Popular figuraban los partidos de la clase obrera, los Socialistas, incluyendo los grupos de Prieto y Caballero, los Comunistas, y el pequeño Partido Sindicalista. La CNT, la Federación Anarcosindicalista, y la FAI, la Federación Anarquista Ibérica, no firmarían el pacto del Frente Popular porque en teoría no aprobaban la acción política dentro de un estado capitalista; pero incluso ellos prometieron su apoyo y participación en las elecciones.

Esto fue la alineación. Los reaccionarios con su programa de fascismo franco y vuelta a la Edad Media, la gente con el programa del Frente Popular de democracia y moderada reforma liberal.

La batalla electoral era caliente y furiosa. La CEDA, respaldada con fondos infinitos, entró en el concurso con su espalda a la pared. Asustado por las exposiciones diarias del terror asturiano publicado en los periódicos, Gil Robles tomó un paso firme. Apodándose *Jefe*, el equivalente español a “Il Duce” o “Führer,” hizo una campaña fascista francamente. Su cara gorda, poco saludable fue exhibida en fotografías enormes que cubrían una cuadra entera de ventanas en la Puerta del Sol, el centro principal de Madrid. Las señoras de su partido ofrecieron mantas y colchones a los pobres campesinos españoles y a los desempleados a cambio de votos. Cada casa de pisos en Madrid estaba cubierta de las fuerzas de Gil Robles—las señoras buenas de la CEDA ofrecieron cincuenta pesetas por voto. Mi propia sirvientita andaluza cobró veinticinco pesetas a un hombre de la CEDA solicitando votos fuera de nuestro casa de pisos y consiguió un viaje gratis a las urnas con una señora generosa que formó un grupo pequeño de once criadas. Cada niña recibió unas veinticinco pesetas más—como me dijo mi criada después,

¡cada una agradeció amablemente a la señora por el viaje y el dinero y después cada una entró en las urnas y votó por el Frente Popular!

Fuera de Madrid, la elección se luchaba con la misma amargura. Los reaccionarios, inundados por el corriente de indignación popular, empleaban todos los trucos. Los obispos amenazaron condenación a los que asistieron a las iglesias si votaron por el partido del Frente Popular. A los niños se les enseñaba que votar por el Frente Popular fue un pecado mortal. Los campesinos fueron amenazados con inanición por sus dueños, los obreros con la pérdida de sus trabajos por los empleadores.

La mañana del 16 de febrero, Ignacio y yo nos levantamos con un sentimiento de suspenso terrible. Supimos que la gente apoyaba al Frente Popular, pero ¿podrían resistir los campesinos pobres y los obreros medio muertos de hambre a las amenazas y el dinero ofrecido a ellos por sus votos? Mantas y colchones son un lujo poco frecuente—el Jefe había entregado cientos y miles de ellos.

Ignacio y yo votamos temprano. Fui a las urnas por la primera vez en mi vida. Nuestro vecindario no era un distrito bien vestido ni a la moda, y la mayoría de la gente haciendo una fila larga en la cabina electoral de la escuela fue oficinistas y gente de poca importancia de la clase media. Los votantes se entendían. Apoyábamos al Frente Popular por unanimidad. No hablamos mucho. Estábamos parados en silencio, esperando votar por una España democrática.

Ignacio y yo regresamos a casa después de dar nuestros votos. Nos sentamos junto al radio y al teléfono, esperando, esperando la nueva. Oímos que en los barrios de las clases obreras, los hombres y mujeres marcharon a las urnas cantando, llena de entusiasmo. Los disturbios nos daban pavor—pero el día transcurrió pacíficamente en Madrid, a pesar de los falangistas armados.

A la hora del almuerzo nuestro piso estaba abarrotado—gente iba y venía todo el día, pidiendo noticias, repitiendo los rumores, o viniendo solamente para estar cerca de nosotros. Todos nosotros que amábamos la democracia pasamos el 16 de febrero en un tipo de suspenso salvaje que nos unía.

A las seis de la tarde, los primeros grupos de personas vitoreando, intensamente emocionados corrieron a las calles de Madrid para celebrar la victoria.

Apenas podíamos creer las noticias, al principio. Pero mientras los reportajes empezaron a llegar de las provincias esa noche, se confirmó la victoria. El Frente Popular había ganado una gran victoria en toda España. Los candidatos del Frente Popular consiguieron mayorías.

Los reaccionarios, viendo que todo fue perdido, usaron los últimos trucos desesperados en toda España. Los oficiales del ejército reaccionario intentaron dirigir a sus hombres fuera de la barraca para disparar sobre la multitud. El general Franco, que era el Jefe del Estado todavía, empezó a repartir armas a los partidarios civiles con la CEDA. Los grupos falangistas intentaron asesinar.

Pero la gente no se dejaría intimidar ni perder lo que acababa de ganar. Multitudes enfadadas se encontraron con los oficiales del ejército. Los falangistas fueron reprimidos con fuerza. La sede monárquica fue atacada—después de que los candidatos del Frente Popular, victoriosos en las elecciones, fueron detenidos por la Guardia Civil que actuaba bajo las órdenes de los alcaldes fascistas.

La gente sospechaba una conspiración. ¿Si se derribaron por una levantamiento militar de la CEDA? El Presidente del Gobierno renunció. Azaña tomó su lugar, con un gabinete puramente republicano, excluyendo a los representantes del Frente Popular. Pero los

reaccionarios se calmaron, la conspiración militar se pospuso y España se sumió en un tipo de silencio inquieto.

Desde la mañana del 17 de febrero, toda la España democrática permanecía alerta, en un estado de alarma real. La gente había sufrido demasiado para contar completamente con el gabinete republicano de Azaña. Nuestro hogar, como lo de todos los demócratas en España, estaba en un constante estado de excitación por meses. No recuerdo de una sola noche o día en que no nos había dicho apresuradamente de alguna conspiración secreta contra la República. Los reaccionarios, habiendo perdido en las elecciones, obviamente tenían la intención de ganar al punto de la bayoneta.

Pero la República no había aprendido como defenderse todavía. Mucho había pasado desde que huyó Alfonso en 1931. Los mineros asturianos habían muertos por la libertad—muertos y sido torturados. La censura, el terror, la represión habían convertido a España en un matadero apenas ayer. Alarmas constantes, noticias de conspiraciones, revelaciones de complots, dejaron claro que los fascistas pretendían derrocar la República por fuerza mañana.

Y sin embargo, Azaña y su gabinete todavía adoraban la legalidad, todavía creían en apresurándose lentamente. Azaña no degradaría a un oficial del ejército, por ejemplo, hasta que pudiera ser probado en el juicio que estaba conspirando derrocar al gobierno en realidad. Ignacio solía enfurecerse con desesperación. Conocía al grupo de oficiales preparando el golpe de estado contra la República—todo el mundo en el ejército les conocía—todavía el nuevo Ministro de Guerra, Santiago Casares Quiroga, a quien Ignacio era edecán, no tomaría medidas definitivas en contra de ellos.

Mi esposo, sin embargo, es un hombre de determinación. Impedido por todos lados por el descuido verdaderamente criminal y la apatía del gobierno, Ignacio, no obstante, tomó algunos

pasos para luchar contra la próxima rebelión. Aunque era edecán al Ministro de Guerra, insistía en mantener su puesto como el segundo al mando de la Fuerza Aérea, a pesar de que significaba trabajar día y noche. Desde esta puesta estratégica, seleccionaba dolorosamente, día tras día, a los aviadores republicanos más fiables de todo el país y los transfirieron a Madrid. Los traidores bajo su comando fueron trasladados a distritos insignificantes, o mandados al retiro.

Ensamblaban los mejores aviones en el ejército español—y eran muy malos—en los campos de vuelos madrileños. Después de semanas de esfuerzo concienzuda, regresó a casa bastante exhausto y me dijo, “pues, la capital está protegida por un contingente aérea cien por ciento leal. Si ahora los republicanos no empiezan a sentir pena por algunos de los traidores que trasladé, podemos sentirnos bastante seguros, según la opinión del aire. No creo que los cajones viejos que dejé en Sevilla y León puedan bombardear a nada, y mucho menos a Madrid.”

Y tenía razón—no pudieron. Pero en Marzo de 1936 ni Ignacio ni yo imaginábamos los aviones invadiendo desde países extranjeros trayendo un carguero mortífero de bombas a Madrid.

214-220

A pesar de la tensión creciente en Madrid, Ignacio y yo gastamos una bromita de vez en cuando que nos entretuvo. Nuestra tienda diseñó algunos muebles para Prieto, por ejemplo, y el rechoncho orador socialista estaba tan preocupado, debido a las ligeras mesas modernas y sillas de diseño sencillo, que consultaba con todos sus amigos con la mayor ansiedad, ansioso de conseguir su aprobación. El Dr. Juan Negrín, a quien había conocido en unas cenas antes, por fin pasó por nuestra tienda y examinó todos los muebles antes de que fueran mudados al piso de Prieto. Era un tipo amable, simpático, un profesor de psicología en la Universidad—Ignacio y yo nos cayó muy bien. Yo esperaba su veredicto sobre los muebles con un poco de ansiedad porque

aún Prieto, cuyo gusto era de muebles pesados y feos adornados con florituras, respetaba su juicio.

“Es espléndido,” declaró el Dr. Negrín cuando lo había examinado—y nos sentimos muy aliviados porque ahora a Prieto le gustaría, sabíamos.

Tuvimos poco tiempo esa primavera ansiosa, sin embargo, para pensamientos placenteros como el interiorismo. España se encontraba en un estado de agitación constante. Alcalá Zamora, el presidente que había vendido la República en 1933 y había tratado de venderla otra vez en 1935, estaba a punto de ser impugnado. Habían rumores de que el golpe militar proyectado se llevaría a cabo mientras las Cortes desplazaban a Zamora. Pero aunque el presidente negó a conocer al comité de las Cortes, la impugnación siguió adelante sin incidentes. Poco después, el presidente Azaña fue elegido. Su gobierno no había logrado nada hasta ahora, había mostrado sólo debilidad y lenidad, pero era el candidato Republicano oficial y fue elegido sin oposición.

Los fascistas habían abandonado votar por la violencia. El 14 de abril, el aniversario de la República; la guerra de las guerrillas de la calle, la provocación y el disturbio empezaron en las calles de Madrid. Continuaban, casi sin cesar, por meses, mientras los fascistas, trabajando según un horario cuidado, operaban para ponerles nerviosos a los demócratas y para dar mala fama mundial a la España republicana.

Los falangistas, los pistoleros pagados, fueron las tropas de choque de la reacción. Mi padre y sus amigos contribuyeron dinero y se quedaron para contemplar los resultados. Los asesinos falangistas, que esperaban a las víctimas marcadas en sus propios umbrales, se dispararon contra los profesores, abogados, magistrados y personalidades políticas. A veces un grupo de ellos, llevando los uniformes del ejército que fueron permitidos a guardar aunque ya no eran en servicio militar, precipitaría un disturbio durante un desfile.

Por toda la ciudad, vendedores de los periódicos del Frente Popular fueron encontrados asesinados en calles solitarias, y golpeados severos fueron frecuentes. Si un hombre mató a su agresor en pura defensa propia, los falangistas organizaron un funeral enorme que sirvió de excusas para más disturbios.

Y después de cada uno de esos incidentes—y apenas pasa un día sin uno por lo menos—el *ABC* y los otros periódicos fascistas proclamarían: “¡La anarquía y la violencia del Frente Popular se propagan con furia!”

Muchos socialistas y republicanos cayeron en la calles de Madrid esa primavera. Las fuerzas del Frente Popular no celebraron grandes funerales públicos. Sus muertos se enterraron en silencio y con lágrimas amargas. Atacados por la noche, asesinados por un grupo de rufianes pagados, los demócratas de Madrid se llevaban a sus tumbas en silencio mientras clamaban los fascistas: “¡Restaura la ley y la orden!”

Un oficial republicano, Carlos Faraudo, se cayó; le dio un tiro en la espalda un mercenario pagado. Su único crimen era servir a la República fielmente.

El gobierno, lento, legalista, se alarmó por la muerte del oficial del ejército. Decidió proteger a los republicanos conocidos, asignándoles alguien de la policía secreta que velara por sus vidas. A Ignacio le siguió constantemente un pequeño policía miserable que se preocupaba mucho más de salvar su propia vida que proteger a Ignacio de los asesinos que lo amenazaban. Se disparó contra Largo Caballero y otros en las calles de Madrid esa primavera, a pesar de la policía secreta del gobierno—y la única solución del gabinete republicano fue asignar a más hombrecitos a seguir por todos lados a más oficiales republicanos.

A veces Ignacio regresó a casa de las oficinas gubernamentales sintiéndose pesimista por la frustración.

“Conti,” diría. “¿Por qué no *impiden* esto? ¿Por qué no proscriben a los falangistas? ¿Por qué no ponen fin a estos ataques callejeros al detener a los hombres que están pagándolos? ¿Por qué no, por los santos cielos por qué no, contienen la rebelión venidera purificando el ejército?”

No podíamos entender por qué no. La gente lo demandó. La cautela lo hizo necesario. Y sin embargo el gabinete republicano, declarando que no actuaría “ilegalmente” o “injustamente” hizo poco más que trasladar a unos generales fuera de Madrid a sitios estratégicos en Marruecos o en la provincias.

Madrid estaba sobre ascuas. Dos veces a la semana supimos que la rebelión fuera programada para esa noche o la próxima. Durante muchas noches velábamos al lado del teléfono, esperando para las noticias terribles que la guarnición madrileña, o alguna otra guarnición, se había sublevado contra la República. Y cada mañana, después de tal noche en blanco, Ignacio iría al Ministerio de Guerra y suplicaría a su superior inmediato, el Ministro de Guerra y Presidente del Gobierno desde la elección de Azaña a la presidencia, Casares Quiroga, a actuar.

Pero reiría Casares. “Eres un alarmista, Cisneros,” diría a Ignacio, “Tengo todo bajo control. Yo consulto con los otros Ministros. Consideramos que hemos tomado los pasos para asegurar la seguridad de la República.”

“¡Pero las luchas callejeras!”

“Bandas de tipos duros,” contestaría Casares; “Los puede mantener la policía.”

Una vez fue Ignacio con otros amigos, que estaban de acuerdo con él de que la República tenía que actuar rápidamente para protegerse, a visitar a Azaña—a rogarle a utilizar su influencia con el gabinete.

Ignacio había anticipado encontrar al hombre que había pronunciado el gran discurso de 1935, el hombre que había sido encarcelado por Gil Robles. Pero Azaña había cambiado. Seguro

en su bello palacete presidencial, una vez la propiedad del Rey, Azaña había perdido contacto con la gente. Distante, desinteresado, ya se había sumido en letargo que iba a superarlo completamente.

“Está suficientemente protegida la República,” dijo Azaña a Ignacio con frialdad.

“Pero los generales que habían sido trasladados a las islas, como Francisco Franco y Goded, todavía mandan las tropas. ¡El único efecto de trasladarlos es hacerles pensar que son considerados traidores y forzarles a actuar rápidamente!”

“El gabinete tiene el control de la situación.” Fue la última palabra de Azaña sobre el asunto.

En las Cortes, los reaccionarios sacaron el máximo partido de su ventaja. Después de cada ataque falangista, los representantes fascistas exigieron un régimen de “ley y orden.” La mayoría del Frente Popular votó en bloque sólidamente para derrotar a los traidores, pero el gabinete, firmemente republicano en vez del Frente Popular, movió demasiado lento para las fuerzas del Frente Popular. La gente había votado por la reforma. ¿Dónde estaba la reforma? Meses habían pasado y todavía vacilaba el gabinete republicano. La gente había ganado la elección pero los diputados de la gente en el gabinete aparentemente esperaban durar una década en vez de un mes en dar comida a los campesinos y un sueldo que alcance para vivir a los obreros.

Por ejemplo, el pacto del Frente Popular había incluido como elemento de su plataforma una provisión que todos los obreros que habían sido echados de sus trabajos después de la huelga general de 1934 deben volverse a trabajar. Mi padre, por ejemplo, tenía cientos de obreros muriendo de hambre en los barrios bajos de Madrid a quienes no volvería a emplear. “Se debe enseñar una lección a clase obrera,” dijo.

Y ahora, aunque este problema era muy urgente en Madrid, con el desempleo creciendo y los empleadores cerrando las fábricas en un tipo de “sentada capitalista” contra el Frente Popular, el gabinete republicano vacilaba utilizar fuerza o la amenaza de fuerza para hacer cumplir el decreto. Los obreros bloqueados no recuperaron sus trabajos—aunque el 16 de febrero fue hace semanas y meses.

Enfrentadas con tantos problemas, preocupadas por el sabotaje y la obstrucción de los reaccionarios, las Cortes aflojaron su ritmo. Ni una sola medida del Frente Popular había sido llevado a cabo por el gabinete ya. ¿Para qué pasar leyes cuando el gabinete republicano duró una eternidad en aplicarlas?

Los anarquistas, con su teoría de acción apolítica aprovecharon del letargo del gobierno. Cada sindicato hacía una huelga anarquista. Pero los socialistas y comunistas—que publicaban su propio periódico, el *Mundo Obrero*, desde el levantamiento de la censura—instaban a la gente a ser paciente.

“No le hace el juego a los fascistas,” avisaban los comunistas.

“Los fascistas están esperando la oportunidad para aplastar lo que llamarían una huelga ‘revolucionaria.’ Ten paciencia,” dijeron los socialistas.

Pero la banda izquierda del partido socialista, encabezado por Caballero y los anarquistas, no podía atender a la sagacidad de esta política. Añadió a la confusión de la situación por una serie de huelgas inoportunas.

Y mientras la primavera se convertía en el caliente verano español, creció más y más la tensión de la ciudad y la nación. A veces, al caminar por las calles, me parecía que el país entero contenía la respiración, esperando, esperando, por la catástrofe inevitable.

Una vez pensamos que la rebelión nos venía encima. En Yeste, cerca de Toledo, la Guardia Civil masacró a dieciocho campesinos que habían tardado en salir de la tierra que había comprado una compañía privada de embalse. Los campesinos fueron enterrados apresuradamente por la Guardia Civil—uno todavía tenía la mochila puesta cuando su esposa frenética desenterró su cuerpo. La nación entera conmovía. Los obreros en Madrid vacilaban. Los fascistas preparaban a agrietaría abajo cuando irrumpió por Madrid la huelga de simpatía que anticipaban.

“Sigán trabajando,” suplicaban los socialistas y comunistas, “mantengan la calma por el bien de la República. ¡Conserve la democracia con la paciencia!”

La conspiración no funcionó. Los dieciocho campesinos murieron víctimas de una conspiración que no—por los pelos—se llevó a cabo.

Ahora la tensión aumentó y se hizo casi insoportable. Nunca oí sonar el teléfono sin un sentimiento de miedo. Una huelga que iba aumentándose, complicada por el sabotaje de los empleadores, la debilidad gubernamental y el desbaratamiento anarquista, puso a Madrid en estado de alarma. Los debates en las Cortes se pusieron más agrios.

Y ahora de repente los planes de la rebelión tan esperada fueron descubiertos antes del tiempo debido. Las noticias difundieron a través de España. Los falangistas pusieron las cartas boca arriba demasiado pronto, agarrando la emisora de radio valenciana y luego, avergonzados por confundirse las fechas, retirándose. Los documentos que demostraban la participación de muchos generales en la conspiración para derrocar a la República se encontraron en las oficinas de una organización militar falangista.

Toda España sabía de los planes para la rebelión. Ignacio y yo sentimos casi aliviados. Ahora el gobierno *tiene* que actuar. Ahora era más claro que el agua. Ahora el mundo entero tenía información precisa de la conspiración para derrocar a la República.

Pero Ignacio regresó a casa la noche del 12 de julio en una furia de desesperación perfecta. “No.”

No había tenido la necesidad de hacer la pregunta. Después se desató en un torrente de habla enfadada. “Cualquier idiota sabría que hacer. Detener a Franco. Detener a Mola. Detener a todos esos podridos. Actuar ahora y explicar más tarde. ¡Juzgarles dentro de seis meses si es necesario—pero detenerlos ahora, *ahora*, mientras quede tiempo!” Me retorció las manos. “¿Qué pasa con el gobierno? ¿Por qué no hacen *nada*?”

Ignacio imitó a su superior, su voz quebró por la ira. “Sea sereno—estos son nada más que hombres de pesadillas que has conjurado. Somos demócratas. Tenemos que preservar la libertad de expresión y la libertades civiles para todos.”

“Esto incluye los fascistas,” dije con amargura. Ignacio asintió con la cabeza.

“Y los traidores. No me importa cuánto hablan, pero estos hombres están planeando una rebelión militar y tenemos la evidencia y todavía no los detienen. ¡Qué Dios nos guarde!”

Acabamos de caernos en un sueño agitado esa noche cuando sonó nuestro teléfono. Ignacio saltó de la cama. Me senté en alarma, la luz cegando los ojos.

“¿Muerto?” escuché decir Ignacio. Regresó al dormitorio pesadamente para empezar a vestirse.

“Fusilaron a José Castillo.”

Castillo era el comandante de un grupo especialmente seleccionado de la Guardia de Asalto, un grupo conocido como uno de los únicos sectores de policía de fiar completamente.

Sus cuarteles estaban en una casita no lejos de nuestro piso, y Castillo solía pasar a veces por nuestra casa cuando iba y venía del trabajo.

Esta noche terrible de julio había ido a dar una vueltita con su marido—para tomar un poco de aire fresco durante la noche sofocante del verano. Los fascistas le dispararon por la espalda.

Ignacio salió en plena noche. Todo el día siguiente esperaba la gente para que el gobierno detuviera y castigara a los asesinatos de Castillo. Todo el mundo en Madrid sabía que los fascistas habían disparado al agente de policía por la espalda. Cerca de la medianoche la Guardia de Asalto de Castillo llegó a las calles de Madrid desde sus cuarteles. Había esperado por el gobierno y el gobierno no había actuado. Ahora se tomaría justicia por sus propias manos, porque los hombres habían querido a su comandante muchísimo.

Unas horas más tarde regresaron los hombres a sus cuarteles. Calvo Sotelo, el líder fascista subido recientemente a prominencia sobre Gil Robles, yacía muerto.

Madrid contenía la respiración. ¿Puede retrasar un instante más el gobierno? La gente tenía que actuar para proteger la República. Ahora el gobierno *tiene* que actuar.

Ignacio regresó a casa, exhausto, tarde esa noche.

“Ahora el gobierno intentará hacer en dos días lo que debía haber empezado el mismo día que ganamos las elecciones. Y aún ahora no se atreverán tomar medidas serias. Franco, Goded, Mola, seguramente empezarán algo antes de que tengamos tiempo para pararlos.

258-259

Los puntos flacos en nuestra armadura tenían que ser remediadas. El gobierno de Giral, compuesto completamente de republicanos derechistas, resultó ser una arma débil para luchar en una guerra contra dos invasores extranjeros. Los sindicatos y otros partidos políticos en el Frente

Popular no fueron representados en el gabinete de Giral, y Azaña, un republicano él mismo, se dio cuenta de que el gobierno necesitaba una base popular más amplia. Solo se podía luchar contra el fascismo con el arma de democracia, y porque la gente española faltaba las armas y aviones para pelear en la guerra, necesitaba fiarse de sus líderes especialmente. Solamente un gobierno del Frente Popular podía dirigir a la gente de España en su lucha contra el fascismo.

Giral estaba contento de renunciar—no sabía con respecto a la lucha de una guerra. Su gabinete fue reemplazado por un gobierno amplio del Frente Popular. Dos republicanos; un catalán; un diputado vasco; Prieto, de su ala del Partido Socialista; Caballero, representando lo que llamaba la ala “izquierda”; dos comunistas—esto era el nuevo gobierno. Los anarquistas fueran los únicos que no participarían en el gobierno.

El nuevo presidente fue Largo Caballero—porque era el hombre más popular en España durante los primeros días de la guerra. Era un tipo curioso, con una historia llena de altibajos. Durante la dictadura de Primo de Rivera, había colaborado con los militaristas, pero después de la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, se había negado a unirse al gobierno republicano, prefiriendo dejar que los republicanos “se arruinan solos,” como lo expresó. Todos pensamos que si Caballero hubiera permitido que sus socialistas se unen al gobierno en marzo, quizás no habría una rebelión en julio.

Pero ese asunto había muerto ya. Caballero era un líder sindical, querido en Madrid porque una vez había sido un obrero en los oficios de la construcción. Prieto era un pequeño burgués intelectual y los obreros preferían tener uno de los suyos en funciones como el líder. Ciertamente, cuando empezó la guerra en realidad, Prieto era invaluable en el Ministerio de Guerra, mientras Caballero perdió la cabeza y corrió de acá para allá llevando monos y sacando fotos con los hombres en el frente.

Todos esperamos—con algunos recelos—que Caballero sea el líder del Frente Popular necesario para darnos la victoria. Ciertamente, se rodeó de un “grupo de expertos” muy dudoso. Hombres como Luis Araquistáin, con más ambición que principio, hombres que siempre se mantenían a distancia de la gente. Todos sabíamos que el viejo Caballero sufría de una vanidad casi infantil, pero esperábamos que los tiempos terribles mitigarían sus defectos y le darían la dignidad y fuerza para dirigir la gente española. El gobierno de septiembre necesitaba un hombre de valor y sinceridad, desinterés y poder. Esperamos—no sin miedo—que Caballero fuera nuestro hombre.

301-303

Pero Largo Caballero, el Presidente del Gobierno y el Ministro de Guerra, no podía entender. El soldado más mero, el campesino más oscuro, se dieron cuenta de que España debe tener—*debe tener*—un ejército, un ejército verdadero. Pero Caballero miró hacia la manifestación enorme de Valencia, leyó de manifestaciones parecidas ese domingo en Madrid y en otras ciudades de la República—y decidió que la gente quería decir que *él* debe ser el jefe supremo del ejército y el solo comandante. Era como hablar con un sordo, como señalar a un ciego.

El presidente a quién habíamos dado la bienvenida con tanta esperanza en septiembre de 1936 se había demostrado como un líder totalmente ineficaz para el 9 de febrero de 1937, el día de la caída de Málaga. Rodeado por los generales tramposos de la antigua casta militar que lo deslumbraban con su conocimiento superficial de las máximas de la normativa militar, aconsejado por un cuerpo de periodistas traicioneros pelotilleos, el viejo Caballero en ese momento, ya se había sucumbido totalmente a su vanidad infantil. Su narcisismo se había hecho totalmente desproporcionado. Se pensaba que era algún tipo de Napoleón, Wellington, y George

Washington combinados. Insistía en mantener los antiguos oficiales regulares quienes, declaró, sabían más de asuntos militares que los hombres adiestrados entre la tropa.

Pero ahora habían perdido cada batalla sus generales. Habían aconsejado mal al gobierno; les impidieron que los comandantes de milicias se extendieran promociones.

La gente clamaba a gritos por un cambio ese día en Valencia. “¡Fuera con los oficiales ineficaces que quedaron desde los días de la Monarquía!” gritaron la gente. “¡Deja que permanezcan solamente los oficiales que demostraron con su valor y fieltad su deseo de ganar la guerra!”

“¡Un mando militar para planear y coordinar todas las acciones militares!”

“¡Ninguna acción militar individual más!”

“¡Mando unificado en el ejército!”

Durante seis horas, medio millón de gente marchó llevando estos lemas escritos con letras enormes en pancartas. Cantando, coreando, vitoreando, cubría las calles de Valencia, pasaba en una marea al lado de la oficina del presidente. La manifestación era específico. La gente sabía exactamente lo que quería.

Y después de que terminó todo, ¡Caballero convenció a él mismo que el desfile gigantesco entero era en su honor!

“Es realmente chocho—loco—demente,” me gruñó Ignacio el día siguiente.

Y ninguna medida fue tomado por el Ministro de Guerra para hacer un plan generalizado de acción. La defensa de España contra un par de invasores extranjeros bien adiestrados y fuertemente armados tenía que continuarse, como siempre, por “iniciativo individual.” Los anarquistas jugaban a las cartas en las trincheras en Cataluña mientras las tropas madrileñas luchaban por sus vidas. Los fascistas podían utilizar todos sus aviones para atacar en un sector

porque no había un comando militar para mandar una operación militar en el sur mientras las tropas fueron atacadas en el norte.

Pero la demanda de la gente para la movilización general fue espontánea y universal. Los tenderos entretenían después del trabajo y los campesinos practicaban disparos de rifle. La nación tomó las armas, a pesar de Caballero. El Presidente del Gobierno fue obligado a reconocer los deseos de la gente, por lo menos en algún respecto pequeño. El general José Miaja, Jefe de la Junta de Defensa Madrileña, fue nombrado el Comandante de la Zona Central entera, con el coronel Vicente Roco como el Jefe de Estado Mayor. Esta era la primera zona del ejército en España que tenía un mando del ejército unificado. Ya no se podían desviar por el camino las provisiones marcadas por un batallón por el departamento de abastecimiento de otro sector de tropas.

Hasta ahora, bien. Pero Caballero, cediendo a las demandas de la gente para un mando militar unificado, dejó intacto los frentes de Cataluña, el norte del País Vasco y el sur. Solamente la Zona Central fue afectada por los órdenes del 28 de febrero. Y además, tanto Miaja como Rojo eran oficiales a la antigua, hombres que habían crecido al servicio del Rey Alfonso y Gil Robles. La gente quería que los mandos unificados fueran a los nuevos líderes militares que aprendían las tácticas militares, no en una escuela monárquica para aristócratas, pero en combate real en una guerra popular. Habilidad técnica, dijo la gente, era bueno, sí—pero hay que confiar en un general. ¿No habían empezado los generales esta rebelión entera?

Pero Caballero había cedido un poco por lo menos. Y los primeros resultados del nuevo mando unificado eran brillantes. La batalla del Jarama, donde los voluntarios americanos lucharon con tanto valor y eficacia uno al lado del otro con nuestras tropas españolas recién entrenadas.

Y luego el 8 de marzo, los fascistas empezaron su ofensiva más grande de la guerra hasta entonces. El plan se entendía fácilmente. El general Franco no podía tomar Madrid. Muy bien. Así que él y sus moros y alemanes e italianos intentarían cortar las comunicaciones entre Madrid y Valencia al pasar por el camino de Zaragoza hasta Guadalajara.

318-321

La cuestión del ejército en Cataluña quizás era el problema más grave enfrentado por España. Engañado por los agentes de la “Quinta Columna,” los oficiales catalanes trataron de mantener la separación entre su ejército y lo del gobierno republicano. Bajo la Constitución Republicana, Cataluña tenía casi los mismos derechos de un estado en los Estados Unidos—podía tener su propia lengua, sus propias leyes, y así sucesivamente. Pero el ejército y los asuntos extranjeros fueron dirigidos por el gobierno central. Caballero tenía el derecho legal perfecto—mejor dicho, el deber—de hacer valer este artículo de la Constitución. El ejército en España debe ser bajo un mando militar. El frente catalana había sido completamente inactivo por meses, mientras las tropas gubernamentales en el norte, sur y las zonas centrales habían batallados por sus vidas. Si el frente catalana hubiera sido eficiente y organizada, el gobierno podría haber ejecutado movimientos para flanquear al enemigo y divertir las fuerzas desde Madrid y el sur. Pero Caballero era tímido. Sus asesores tenían contacto con ellos en Cataluña que fueron influidos por los argumentos de los agentes de Franco. Caballero creía que el intento de unificar el ejército le costaría su popularidad con los “izquierdistas” extremos—algo que no estaba dispuesto a sacrificar por la seguridad de España. Resultó que se equivocaron sus asesores. La mayoría de los catalanes quería el mando unificado del ejército y lo dio la bienvenida con gritos cuando por fin se realizó.

Pero entretanto, la debilidad de Caballero costaría muchas vidas y sangre.

La vuelta de Ignacio de Bilbao y la tensión creciente en Cataluña convencieron por fin a Prieto que tenía que tomar pasos en Barcelona independientemente de lo que dijo el viejo, infantil presidente. Ignacio iba a acompañar a Prieto en el viaje.

El 2 de mayo, Prieto hizo una llamada de larga distancia a Barcelona. Pidió hablar con el jefe del gobierno catalán. El telefonista, que fue un miembro del grupo de conspiradores llamándose “Amigos de Durruti,” contestó que ya no había un gobierno catalán—solamente un “Comité de Defensa.” Este Comité tenía el nombre más irónico. Fue encabezado por agentes salarizados de Franco.

Ahora el gobierno no podía vacilar más. Caballero *tenía* que actuar. Pero todavía vacilaba el viejo vanidoso mientras sus asesores zumbaban a su alrededor. En el frente de Aragón, grupos de milicianos del POUM,⁸⁹ los héroes trotskistas que habían jugado fútbol con los fascistas en las trincheras opuestas, salieron por Barcelona, esta vez con toda seriedad sobre las luchas. Pretendían masacrar a la gente de Barcelona en las calles—como nunca habían masacrado a los fascistas.

Los soldados del POUM volviendo del frente revelaron el juego sucio entero a la gente de Barcelona. Franco no podía ganar fácilmente. Unos obreros, engañados por las expresiones “izquierdistas,” salieron a las calles. ¡Los trotskistas les dieron armas escondidas por toda la ciudad—armas ocultas, cuando hombres atrevidos entraron en los ataques contra los fascistas usando los puños porque el gobierno republicano no tenía rifles!

Ignacio voló a una de las provincias catalanas más pequeñas, llevando sesenta hombres con él. Estos hombres, juntos con la gente del pueblito que vino a la calle como un cuerpo, impidieron que la “Quinta Columna” fascista hiciera daño. Él también vio a los trotskistas

⁸⁹ El Partido Obrero de Unificación Marxista.

armados hasta los dientes con pistolas y aún coches brindados que tanto se necesitaba la República en su lucha contra el fascismo.

El 7 de mayo, por fin cedió Caballero a la presión infligida sobre él por los otros miembros de su gabinete y el pueblo. Mandó las fuerzas de la Guardia de Asalto a Barcelona. El golpe de estado fallido contra la República era derrotado fácilmente por el pueblo, que se percataba de sus trucos. Pero quinientos se murieron en esos días de mayo y mil quinientos fueron heridos, muchos gravemente.

Esto era el precio que tenía que pagar España por la debilidad de Caballero. Y España contestó del mismo modo. Los días de Caballero como dictador de tres al cuarto se terminaron. El ejército tiene que unificarse y la retaguardia tiene que reforzarse. Caballero había fracasado como el líder de la gente española. Y sin embargo hasta el último momento, Caballero no tenía la más mínima idea de la situación política. ¡Su respuesta a los críticos fue una propuesta para darles más poder!

En toda España, en cada pueblo y en cada gran ciudad, el grito fue universal, “¡Caballero debe irse!”

Y entonces se reformó el gabinete. El Dr. Juan Negrín fue designado el presidente de un gobierno que incluía tres diputados socialistas, dos comunistas, dos republicanos, un catalán y un vasco. El gobierno previo tenía la misma agrupación de partidos políticos, sólo que los anarquistas ahora se retiraron para indicar el apoyo de Caballero. Unos meses más tarde se dieron cuenta y tomaron los dos escaños abiertos para ellos. La teoría de este gabinete del Frente Popular, con la representación de todos los partidos políticos aproximadamente según su fuerza

en el país, era sencilla. Sólo se puede luchar contra el fascismo con la democracia. El gobierno tiene que representar verdaderamente las opiniones y creencias políticas de la gente.

El nuevo Presidente del Gobierno creía en la democracia—democracia en teoría y democracia en los métodos del gobierno. Llegó al poder sin la gran popularidad que disfrutaba Caballero durante sus primeras semanas como presidente. Pero el Dr. Negrín tenía que esperar solamente unos meses antes de que se hiciera uno de los hombres más queridos en España.

El nuevo presidente era un científico distinguido. Antes de la guerra había sido el apoyo principal de la Ciudad Universitaria en Madrid. Sus estudios en fisiología les habían interesado más que la política. Un hombre de cultura profunda, que viajaba mucho y que tenía amigos en todo el mundo.

Con el comienzo de la guerra, había salido de su laboratorio para aceptar el trabajo desagradecido del Ministro de Hacienda. Muchos dudaban cuando oían del nombramiento. ¿Qué sabía un fisiólogo de las finanzas y la política? Prieto y los otros que llevaban auestas una larga trayectoria en la política tendían a ser condescendientes con el Dr. Negrín de la Ciudad Universitaria.

Pero Juan Negrín era un hombre de talentos raros. Modesto, un poco tímido, jamás se inclinaba a jactarse de sus habilidades. Pero paulatinamente, los otros ministros del gabinete se dieron cuenta de que el Dr. Negrín estaba haciendo un trabajo brillante en el Ministro de Hacienda. A medida de que la contienda se convertía de guerra civil a una invasión, el Dr. Negrín llegó a ser un valor doble en las reuniones del gabinete. Su amplio conocimiento de países extranjeros hizo que sus consejos fueran enormemente útiles. Más importante, era uno de los pocos hombres en alto cargo en España que nunca ni por un momento dudaba de nuestra victoria, que confiaba en la gente, que estaba listo para depender de su heroísmo—que siempre

era tan firme como una roca y tranquilo ante una catástrofe. Creía en España, sabíamos—porque sus dos hijos mayores estaban en el ejército popular, uno fue un piloto en la Fuerza Aérea. Habían otros oficiales del gabinete cuyos hijos quedaban convenientemente fuera de las líneas. El Dr. Negrín, Presidente del Gobierno de España, no pidió otra cosa para sus hijos que el poder tener la oportunidad de luchar contra los invasores.

396-399

La mañana siguiente nuestro anfitrión salió corriendo y compró un periódico mientras tomamos café de grandes boles humeantes. El periódico confirmó las dudas del día anterior. Nuestras tropas todavía se quedaban en Gerona. ¡El camino no fue cortado! ¡Ignacio debe estar en Figueras! ¡Y tengo que acudir a él!

María y yo decidimos en seguida. La guerra no había terminado, ni siquiera en Cataluña. Podríamos mantenernos en el sur de Figueras. Nuestro lugar estaba en España. Tenemos que encontrar un hogar para el bebé y volver en seguida.

Nuestro anfitrión se había quedado en casa—y podía ver lo que significaba perder un día de trabajo por la casita impecablemente limpia, vacío, frugal—para atender a nosotras. Ahora tenía que dejar al lado sus consejos. “No salen de aquí,” repitió, pero busqué al Alcalde, a quién describió como un socialista y bastante decente.

La plaza en frente del ayuntamiento estaba llena de refugiados exhaustos, incluyendo cientos de hombres.

“Estas personas habían sido traicionados y engañados,” dije al Alcalde, “el oficial de los carabineros, que era un traidor, mintió y sembró pánico. Se debe informar a los hombres que deben regresar a España para luchar por su país.”

El Alcalde se encogió de hombros. “Decirles tú misma si quieres.”

María y yo empezamos a pasar entre los hombres, mostrándoles el periódico. Los hombres se entusiasmaron. Sí, accedieron, deben regresar. Sí, sí.

Mientras caminamos a través de la multitud, gritos y conversación hirviendo de animación nos siguieron. La Guardia Móvil llegó corriendo.

“Una palabra más de ti y vos meteré las dos en la cárcel.”

Mostré los papeles. “No soy un refugiado. Tengo el derecho legal para estar aquí.”

Fui al oficial comandante de la Guardia Móvil y contó mi historia. “Los hombres quieren regresar a España para luchar. Fueron engañados. Quieren volver. No tiene ningún derecho a detenerles.”

“Señora,” dijo uno de los comandantes de la Guardia Móvil, “si oigo una palabra más sobre este tema—a mí o a los hombres—irás a la cárcel. Y no me importa que”—chasqueó los dedos—“tengas un pasaporte diplomático. Me veo obligado a quitarlo para examinarlo y a veces esos tipos de documentos se pierden.”

“Pero los hombres ellos mismos deseen regresar. No es yo que está preguntándoles. Sólo expliqué su equivocación.”

La Guardia Móvil hizo señas a un sargento. Me mordí la lengua y me aparté. María y yo vagamos a un café en la plaza. Había un agente de Franco, no molestado por la Guardia Móvil, ofreciendo cien francos y una comida gratis a los hombres si firmaron un acuerdo para luchar en los ejércitos de Franco. Los hombres escucharon a la perorata del agente de reclutamiento y se apartaron. Oí decir uno, “Sí sólo, de alguna manera, podríamos regresar a España—nuestra España.”

Pero no nos rendimos totalmente. Encontré al oficial de la Fuerza Aérea que me había llevado en coche fuera del suburbio de Figueras el día anterior. Estaba sinceramente avergonzado

de sí mismo ciertamente, y se juntó con el plan fácilmente. Él y un grupo de soldados y oficiales, engañados como los otros, se pondrían de pie en la plaza para anunciar que estaban regresando a España para luchar. Mientras tanto, María y yo iríamos en coche al siguiente pueblo donde el Alcalde era un amigo fiel a España y decirle que debía suspender la Guardia Móvil, que debía dar órdenes de dejar paso a nuestros hombres por la frontera.

Tuvimos algunas dificultades encontrando el Alcalde de Cerbère, el Señor Cruzel. Estaba frenéticamente ocupado, distribuyendo comida y ropa a las mujeres y los niños que habían llegado el día anterior. Mientras lo buscábamos, yo me tropecé con otro oficial de Ignacio, conduciendo un coche. Había cruzado la frontera bajo órdenes y estaba regresando pronto. Y prometió llevarme en coche a Figueras el día siguiente.

Con el corazón aligerado después de esto—vería a Ignacio y estaría en España otra vez mañana—me acercó al Alcalde con confianza. Y él era otro golpe de suerte.

“¡Sin duda tienen que regresar los hombres y luchar!”

Pero cuando le pedí que suspendiera la Guardia Móvil, se ensombreció. “Uno puede intentar,” dijo, pero su voz era virulenta. Y asintió. La Guardia Móvil empujaban a los españoles como ganado mientras miramos.

El Alcalde me llevó a su oficina, y desde la ventana vislumbré varias ambulancias españolas, pintadas el verde típico. Exclamé con asombro, “¿Qué están haciendo aquí? Necesitamos cada uno en el frente para nuestros heridos y para evacuar a los enfermos. ¡Ah, si sólo tuvimos unas más en Barcelona!”

El Alcalde arqueó las cejas. “¿Piensas que sí?”

“¡Deben ser conducidas de nuevo en seguida!”

El Alcalde examinó sus manos. “Creo que no. Fueron llevadas aquí el 27 de enero, hace unos días, tú ves, antes de que el ejército hubiera retirado hasta cualquier lugar cerca de su posición actual. Y llegaron, no llenas de enfermos ni heridos, no con los niños de tus provincias, no con soldados discapacitados o los ancianos, pero llenas con los archivos y los artículos domésticos de ciertos de tus políticos.”

Me puse colorada. Podía sentir la cara ardiendo.

“¡No! No puede ser. No en este momento.”

Asintió el Alcalde. “Oh, sí, es así. Puedes examinar las ambulancias tú misma si quieres. Vas a ver a ciertos archivos, lámparas y alfombras refinadas y otras cosas así. No las hemos desordenadas. Luis Araquistáin, su marido, y Largo Caballero vinieron ellos mismos en una limusina enorme, y sus choferes llevaron las ambulancias detrás de ellos. Fue una procesión impresionante.”

No sabía que decir. Sentía enferma con vergüenza. Caballero y los Araquistáins habían manchado el nombre de la gente española. ¡Ambulancias llenas de lámparas y alfombras cuando nuestros heridos yacían heridos en el campo de batalla sin transporte! Ambulancias para lino y plata cuando un soldado herido en las manos de Franco se enfrentaba con el pelotón de fusilamiento tan pronto como podía caminar.

“No tengas vergüenza,” dijo el Alcalde suavemente. “Sabemos, aquí en Francia, lo que sois los españoles. No tienes la culpa de personas como los Araquistáins y un hombre senil, tonto, viejo que tenía poder en otro tiempo.”

Estaba de noche cuando regresamos a Port-Vendres para terminar el plan de dirigir el regreso de los refugiados españoles a la lucha. La Guardia Móvil siguió nuestras pisadas pero por

fin la despistamos y regresamos a la casa de nuestro amigo francés. Toda la noche, iban y venían españoles sin afeitar, cansados, sucios—y avergonzados.

“Somos desertores. Debemos ser fusilados cuando cruzamos la frontera a España,” seguía diciendo un oficial.

La mañana siguiente nuestro plan empezó a funcionar según el horario. Un grupo de trescientos hombres estaban listos para marchar por el camino y cruzar la frontera.

De repente un hombre vestido de paisano se puso de pie en frente de la multitud. Lo reconocí—era el oficial de los carabineros que habían empezado la huida motivada por el pánico en primer lugar, por el cuento fantasioso del camino cortado al sur de Figueras.

“Ella es un *agent provocateur*,” gritó, señalándome. “Quiere dirigirles a una muerte segura. Figueras está en las manos de los fascistas. Todos seréis matados.”

Los hombres vacilaban. “Él miente,” grité.

María dijo apresuradamente, “Permítame empezar con los veinte que tengo en mi grupo, no tenemos tiempo para perder.”

“Fórmense en filas de cinco,” empezó a gritar la Guardia Móvil encima de nuestras voces.

“No le creen, ella miente,” gritó el oficial de los Carabineros.

Los hombres estaban desconcertados. Unos fueron con María—aproximadamente treinta en total. Escaparon. Los otros se formaron las filas de cinco, hablando y haciendo preguntas todavía.

Y luego eran sacados bajo las armas de la Guardia Móvil—a cuál destino no sabían. Al mismo tiempo camiones llevando sus esposas e hijos salieron en la dirección contraria, y oí los adioses lastimosos y trágicos de las familias al punto de ser separadas, quizás para siempre.

La Guardia Móvil y los conspiradores fascistas en Francia nos habían burlado. No me quedaba nada más que hacer en Francia. Tengo que regresar a España.

Análisis y conclusión

Guzmán, Hildegart y de la Mora crean varios binarios en sus obras. Enfatizan la distinción entre el traidor/héroe, el hombre/mujer, el heterosexual/homosexual, el blanco/negro, el humano/animal y las personas sanas/discapacitados. Con respecto al binario entre el hombre y mujer, Simone de Beauvoir insiste, “Through eroticism, love, friendship, and their alternatives, deception, hate, rivalry, the relation is a struggle between conscious beings each of whom wishes to be essential, it is the mutual recognition of free beings who confirm one another’s freedom”⁹⁰ (1265-1266). Beauvoir sugiere que la lucha resulta sin libertad para la mujer: “To pose Woman is to pose the absolute Other, without reciprocity, denying against all experience that she is a subject, a fellow human being”⁹¹ (1266). El binario del hombre y la mujer existe en *¿Quo vadis, burguesía?* y *In Place of Splendor*, y este concepto del Otro se puede aplicar a todos los binarios presentes en los tres textos. A la mujer, al homosexual, la negritud, el animal y al discapacitado les faltan la subjetividad, la reciprocidad y la libertad. Los tres autores critican a traidores de la clase obrera: Guzmán a López, Hildegart a don Pascual de Zarzamora y Luis Ogral y de la Mora a Francisco Largo Caballero. Los tres combinan estos estados “inferiores” para describir y criticar a los personajes. Ellos sugieren que el traidor es malo porque es femenino, gay, animal, negro y discapacitado.

Sin embargo Judith Butler, y Luce Irigaray según Butler, afirman que Beauvoir no tiene razón definir la mujer como la Otra. Butler sostiene, “Irigaray sostiene que tanto el sujeto como el Otro son apoyos masculinos de una economía significativa, falogocéntrica y cerrada, que consigue su objetivo totalizador a través de la exclusión total de lo femenino” (Butler 60). En vez

⁹⁰ “A través del erotismo, amor, amistad, y sus alternativas, engaño, odio, rivalidad, la relación es una lucha entre seres conscientes, cada uno de los cuales desee ser esencial, es el reconocimiento mutuo de los seres libres que confirman la libertad de unos y otros.”

⁹¹ “Proponer Mujer es proponer el Otro absoluto, sin reciprocidad, negando contra toda la experiencia que ella es un sujeto, un ser humano.”

de ser “the negative of men, the lack against which masculine identity differentiates itself,” Irigaray explica que “esa dialéctica específica establece un sistema que descarta una economía de significación totalmente diferente” (Butler 60). Aunque Irigaray y Butler proponen una teoría más contemporánea, el concepto de marcar a una persona como el Otro (con respecto a no ser un hombre blanco, heterosexual, masculino, fuerte) aplica a como Guzmán, Hildegart y de la Mora describen sus personajes ya que ellos pensaban en binarios si el normal/Otro es el modelo correcto o no.

Butler también ofrece una perspectiva importante con respecto al binario del hombre/mujer y de la heterosexualidad/homosexualidad. Explica, “La matriz cultural—mediante la cual se ha hecho inteligible la identidad de género—exige que algunos tipos de ‘identidades’ no puedan ‘existir’: aquellas en las que el género no es consecuencia del sexo y otras en las que las prácticas del deseo no son ‘consecuencia’ ni del sexo ni del género” (Butler 72). Añade que varias “identidades de género” no conforman a “esas reglas de inteligibilidad,” pero se ven como fracasos o imposibilidades (Butler 24). Hildegart describe a los traidores, Largo Caballero y Alcalá Zamora, como fracasos y malos porque su sexualidad no conforma con su género de una manera “normal” o “natural.” Tanto Hildegart como Guzmán y de la Mora alaban a los héroes como buenas personas porque son heterosexuales y su género sí conforma con su sexo.

Butler insiste que este concepto de identidades fracasadas viene de la institución social de la heterosexualidad obligatoria: “la ‘unidad’ del género es la consecuencia de una práctica reguladora que intenta uniformizar la identidad de género mediante una heterosexualidad obligatoria” (Butler 96). Adrienne Rich indica que esta uniformidad castiga al homosexual y promueve “the enforcement of heterosexuality for women as a means of assuring male right of

physical economic, and emotional access”⁹² (1602). Robert McRuer extiende esta definición para aplicarla a los discapacitados también. Afirma:

the system of compulsory able-bodiedness, which in a sense produces disability, is thoroughly interwoven with the system of compulsory heterosexuality that produces queerness: that in fact, compulsory heterosexuality is contingent on compulsory able-bodiedness, and vice versa.⁹³ (2)

La heterosexualidad y la capacidad física obligatoria son ideas que subyacen la manera en que Guzmán, Hildegart y de la Mora conciben de las normas de la sociedad española de la Segunda República. Aunque la teoría no existía en el momento, Butler y McRuer dirían que las ideas todavía controlarían la sociedad.

Por eso, podemos decir que la heterosexualidad y la capacidad física obligatoria influye la escritura de los tres textos. Aún el prólogo de *El confidente*, “Retrato literario de Guzmán,” demuestra el valor de ser capaz. El autor desconocido del prólogo entrelaza la capacidad física y el buen carácter de Guzmán abiertamente. En la primera frase proclama, “Mozo de cuerpo y mozo de alma, en Eduardo de Guzmán hay uno de los más sanos, puros y briosos luchadores de la España nueva” (Guzmán 3). El cuerpo sano, fuerte, y joven indica que Guzmán tiene un alma pura. La fuerza del cuerpo y del alma permiten que Guzmán sea el héroe del proletariado. Además, las palabras escritas tienen fuerza: “Su prose, buída, flexible, tajante, tiene algo de hoja toledana” (4). Entreteje el género también porque elabora, “tiene al otro extremo [de su prosa] un corazón macho” y es “el bravo paladín” (4). Parte de su buen carácter es que es un hombre masculino, fuerte y no combate las normas del género.

⁹² “la aplicación de heterosexualidad para la mujer para asegurar el derecho masculino de acceso físico, económico y emocional.”

⁹³ “el sistema de capacidad obligatoria, que en un sentido produce discapacidad, es totalmente entretejido con el sistema de la heterosexualidad obligatoria que produce la extrañeza: que de hecho, la heterosexualidad obligatoria está sujeto a la capacidad obligatoria, y viceversa.”

Guzmán describe a los cuatro anarquistas de su novela de una manera parecida a la descripción de él mismo. Conecta la virilidad con los hombres inteligentes y capaces: “Los cuatro hombres tenían tipo de trabajadores; frentes amplias de pensadores; ojos exaltados de idealistas prestos a todas la audacias y todos los sacrificios” (Guzmán 8). También son fiables porque trabajan sin cesar: “Y manos callosas de quien diariamente se gana el pan con el esfuerzo de sus brazos” (8). Trabajan sin parar no solamente para ganar la vida, pero también para el anarquismo y la libertad.

Todos los cuatro son héroes, pero Juan es lo más especial porque es el líder del grupo y porque se sacrifica. Cuando luchan contra la policía en el bar, Juan recibe tiros en el estómago y el pecho. Ya que no puede correr, insiste que los otros tres escapen mientras él distrae a la policía. Más tarde, otros anarquistas les cuentan a Antonio, Felipe y Pedro que “Juan había resistido heroicamente. Durante dos horas hizo frente a los ataques de la policía y los guardias” (Guzmán 14). Los reaccionarios tuvieron que organizar un ejército y traer una ametralladora para reducirlo. Entonces, aunque Juan está herido, Guzmán enfatiza que tiene la fuerza de una persona capaz, casi sobrehumana. La descripción sugiere que la capacidad física es buena y la discapacidad es mala.

La maldad de la discapacidad se expresa en la descripción de López, el traidor, como un “instrumento ciego de la plutocracia” (Guzmán 21). Aunque no es literalmente ciego, la dicción demuestra que Guzmán tiene malas asociaciones con la discapacidad. Su desdén se hace claro cuando escribe, “Hombre siniestro de alma retorcida...jorobado de cuerpo y alma” (21). Es impuro porque es un traidor y figurativamente minusválido. Además, Guzmán incluye el binario del humano/animal con respecto a López. Por ejemplo, Antonio recuerda a López y piensa, “Había que pisotearlo como a un sapo inmundo, cuya baba envenenaba a cuantos pasaban a su

alrededor” (26). Más tarde cuando está a punto de ejecutar a López en el bosque, dice, “Sí, de noche y por la espalda, como un perro, como tú te mereces...” (31). Estos dos ejemplos demuestran que Guzmán considera que López es menos que un ser humano. También indican que el animal es inferior al humano, es malo, es vil. Debido a estos rasgos, tiene que ser destruido. Entonces, Guzmán describe a López como el Otro por medio de la conexión con el discapacitado y el animal.

Hildegart también describe a don Pascual de Zarzamora, el personaje que representa a Niceto Alcalá Zamora, como el Otro. Describe el tipo de abogado que es en términos animalistas: “Brillaba en [la carrera del foro] como papagayo de vistosos colores, galana oratoria y empaque doctoral” (Hildegart 4). Este animal también tiene connotaciones negativas porque es ostentoso, superficial, superfluo. Entonces, don Pascual no es un abogado respetable, y el animal es menospreciado. También se marca como el Otro por su género y sexualidad. Hildegart escribe, “Su aspecto físico había sido siempre pulido hasta la feminidad. De grandes ojos inexpresivos, cejas muy móviles, frente carente de las viriles entradas, cabellos rizados y rubios, boca gordezuela, dilatada casi siempre por repulsiva sonrisa” (4). No tiene nada de masculinidad, y aún parece como una mujer clásica con el pelo rubio y los labios llenos. Hildegart no esconde su opinión negativa de la feminidad en los hombres tampoco porque usa la palabra *repulsiva*. También la palabra *carente* indica que piensa que los hombres afeminados son inapropiados, asquerosos y no son hombres de verdad. Según Irigaray, *carente* demuestra que Hildegart lo define como una mujer. En respuesta indirecta a la teoría de Lacan, Irigaray afirma, “[Woman’s] lot is that of ‘lack,’ ‘atrophy,’ (of the sexual organ), and ‘penis envy,’ the penis being the only sexual organ of recognized value”⁹⁴ (260). Cuando la sociedad ve a las mujeres en términos de la

⁹⁴ “La fortuna de la mujer es la de ‘carencia,’ ‘atrofia’ (del órgano sexual), y ‘la envidia del pene,’ el pene siendo el único órgano sexual de valor reconocido.”

falta del falo, también quita todo el poder de la mujer. Entonces, Hildegart implica que a don Pascual también le falta el poder porque le falta la virilidad. Confirma esto en el texto porque explica que Luis Ogral, que representa a Francisco Largo Caballero, “Conocía el poder que ejercía sobre aquella voluntad [de don Pascual] rendida a su albedrío, y su temple viril se había impuesto ya en la conversación” (15). Solamente el traidor viril puede ser poderoso; la “mujer” tiene que ser sumisa.

Hildegart enfatiza esta “carencia” de nuevo cuando proclama, “Desde muy joven gustáronle los devaneos con otros hombres, en quienes su complejo de pasividad hallaba la compensación de la energía y virilidad de que él carecía” (4). Clarifica en esta frase que la carencia implica la homosexualidad. Además, ya que don Pascual le falta la energía y la virilidad, Hildegart no solamente lo describe como mujer, sino que también como discapacitado. Debido a no ser un hombre verdadero, es roto, débil e inválido. Por eso, Hildegart insiste que la homosexualidad es un discapacitado. La frase también demuestra como la heterosexualidad obligatoria controla el funcionamiento de la sociedad. Ya que don Pascual es esencialmente una mujer y Luis es macho, en efecto forman una pareja heteronormativa aunque son del mismo sexo. En la mente de Hildegart, no puede existir dos hombres masculinos en una relación; va en contra de la naturaleza. Debido a esto, don Pascual dice a Luis:

Hay hombres...que somos incomprensidos por nuestras mujeres, porque somos de esos hombres a quienes ninguna mujer comprenderá jamás. Llevamos tanto de mujer en nosotros mismos, que sólo un hombre muy hombre puede llegar hasta el fondo de nuestra alma. (15)

Esta pasaje indica que Hildegart también participa en lo que Butler llama la “supuesta heterosexualidad” (232). Butler explica que la “mente heterosexual” oprime porque da por supuesto que la heterosexualidad funda cada sociedad. Para mantener este statu quo:

Esta supuesta heterosexualidad... tiene lugar dentro del discurso para comunicar una amenaza: ‘Serás homosexual o no serás.’ Las mujeres, las lesbianas y los hombres gays, afirma Wittig, no pueden aceptar la posición del sujeto hablante dentro del sistema lingüístico de la heterosexualidad obligatoria. (232)

Hildegart cumple con la supuesta heterosexualidad porque intenta controlar y cambiar la amenaza gay, y cuando esto no funciona ella tiene que borrarla de la trama. Por eso, quita la posición del sujeto que habla.

Primero, sugiere que la homosexualidad es anormal porque refiere a don Pascual como inmaduro. Por ejemplo, doña Micaela piensa que es el “juvenil esposo” (4). Después de conocer a Luis piensa, “Era éste un hombre maduro” (7). También describe que Micaela “se encontraba un hombre superior. Por ello, su feminidad se rendía al empuje viril del obrero” (9). Don Pascual no ha madurado completamente a ser un esposo bueno porque es femenino y gay. Luis, al contrario, parece maduro porque es macho y porque doña Micaela no sabe que va a entrar en una relación con don Pascual. Hildegart enfatiza el binario del hombre/mujer aún más al decir que la reacción natural de la mujer es ser sumisa cuando se encuentra a un hombre “verdadero.” Entonces, según Hildegart, uno debe superar al estado femenino y gay para no ser inferior.

Sigue criticando a don Pascual por ser femenino y gay a lo largo de la novela hasta que lo elimine. Por ejemplo, “Rió Luis ante la ocurrencia de aquella sensitiva humana, tímida y nerviosa como la famosa planta” (22). Hildegart también lo describe como una mujer histérica, fanática y obsesiva cuando está en la misa:

Don Pascual era hombre devoto hasta el fanatismo. De ordinario, la asistencia a la misa embargaba toda su atención. No fue así aquel día la suya. Destacaba aún más en la semiobscuridad reinante la belleza de su frente, la cuneca de sus ojos, la curva de sus pestañas rubias, el mentón firme... (27)

Como una mujer mezquina, don Pascual no puede dejar de pensar en los rasgos físicos de Luis. El hombre y la religión son obsesiones. Además, se pone muy celoso cuando Luis habla con el joven capellán, don José. La descripción de la respuesta de Luis indica que Hildegart que piensa que es ridículo: “Luis no podía casi evitar la risa. Los celos le parecían tan estúpidos como injustificados” (30). Hildegart narra, “Don Pascual, con esa exaltación propia del temperamento andaluz, se dejaba llevar por su imaginación más allá de cuanto en realidad había sucedido” (30). También lo describe como una mujer histérica porque tiene un ataque de pánico después de ver a Luis abrazando a don José. Entonces, ser femenino, emocional y caprichoso no es apropiado para Hildegart y choque con las normas de la sociedad de los años treinta.

Hildegart sigue expresando la supuesta heterosexualidad porque hace que una muchedumbre asesine a don Pascual y a Luis cuando llegan a ser políticos corruptos. Indica que ser homosexual no cabe dentro de la sociedad. Aunque los obreros no saben que son gay y los matan porque explotan a los campesinos hasta morir de hambre, Hildegart implica que la homosexualidad es la razón verdadera. Dice, “No sospechaban aquellas pobres masas rebeldes y generosas la causa oscura y cenagosa de aquella venta, de aquella traición... Nada sabían de los vínculos inconfesables que los motivaban” (32). Debido a escribir estas descripciones ficticias, se hace claro que Hildegart piensa que la homosexualidad es algo sucio, negro, malvado y la causa de la corrupción política.

Esta tendencia de Hildegart y Guzmán de alabar al hombre viril y menospreciar a todos los que no conforman demuestra que no piensan que el género es fijo, no una construcción. Para ellos, el sexo crea el género y el género crea la masculinidad o la feminidad. Butler insiste que son equivocados. Según ella:

Género no es un sustantivo, ni tampoco es un conjunto de atributos vagos, porque hemos visto que el efecto sustantivo del género se produce performativamente y es impuesto por las prácticas reguladoras de la coherencia de género. Así, dentro del discurso legado por la metafísica de la sustancia, el género resulta ser performativo, es decir, que conforma la identidad que se supone que es. (Butler 84)

Entonces, todos los personajes actúan su género; no es algo predeterminado.

De la Mora también representa el traidor como el Otro y el héroe como lo bueno según los binarios opresivos. Describen a los personajes según la heterosexualidad y la capacidad física obligatoria para decidir si son buenos o malos. Un héroe de la gente española para ella es su esposo, Ignacio de Cisneros. Cuando los gobernadores de la Segunda República no creen que el fascismo es una amenaza y no hacen nada para proteger la República, de la Mora dice, “Mi esposo, sin embargo, es un hombre de determinación” (Capítulo 4). También proclama, “Los nervios de Ignacio siempre han sido de hierro fundido. Volando en los embalaje de tablas del Ejército Español no deja ningún lugar para la histeria del hombre” (Capítulo 4). De la Mora subraya que es un hombre, decidido, y estable. No es apropiado que un hombre, especialmente un oficial del ejército, sea histérico ni femenino.

La determinación y actividad son rasgos importantes para de la Mora. Por ejemplo, no castiga a Largo Caballero—el personaje que llega a ser el traidor para ella como para

Hildegart—cuando todavía está trabajando para los obreros. Ella narra, “El grupo de izquierdas del Partido Socialista, encabezado por Largo Caballero, también estaba intensificando su agitación y aunque todavía se necesitaba mucha más unidad, los dos grupos trabajaron duramente esos fines del otoño” (Capítulo 4). Cuando deja de luchar por los sindicatos y la República, de la Mora empieza a odiarlo y definirlo como el Otro.

Cuando Caballero llega a ser Presidente del Consejo de Ministros, por ejemplo, de la Mora narra:

Todos sabíamos que el viejo Caballero sufría de una vanidad casi infantil, pero esperábamos que los tiempos terribles mitigarían sus defectos y le darían la dignidad y fuerza para dirigir la gente española. El Gobierno de septiembre necesitaba un hombre de valor y sinceridad, desinterés y poder. (Capítulo 4)

Las palabras *vanidad casi infantil*, *defectos* y *fuerza* indican que describe a Caballero como un discapacitado y que entrelaza la discapacidad con su mal carácter. De la Mora sigue marcándolo así cuando cuenta que Caballero no escucha a los que dicen que tiene que unificar al ejército para proteger la República. De la Mora queja, “decidió que la gente quería decir que *él* debe ser el jefe supremo del Ejército y el solo comandante. Era como hablar con un sordo, como señalar a un ciego” (Capítulo 4). Describe a Caballero como un minusválido otra vez para implicar que la discapacidad está unida con el narcicismo y el egoísmo. Cuando Caballero sigue negando el mando unificado del ejército, de la Mora añade que es tímido, un rasgo de la mujer “típica,” para representarlo como otro tipo de Otro. Cuando por fin unifica el ejército, de la Mora proclama, “Pero entretanto, la debilidad de Caballero costaría muchas vidas y sangre” (Capítulo 4). Aunque habla de una debilidad de su carácter, la dicción describe a Caballero como un minusválido. La descripción sugiere que la discapacidad causa todos los problemas.

Además, cuando de la Mora describe a Caballero como “totalmente ineficaz,” también se marca como una paradoja: es “el viejo Caballero” y tiene “vanidad infantil” (Capítulo 4). Para ella, la vejez, un tipo de discapacidad, es inmaduro. Y por eso, dice que Caballero se hace un “dictador de tres al cuarto” y que “había fracasado como el líder de la gente española” (Capítulo 4). Por fin, al final de la Guerra Civil, de la Mora está en un pueblo francés y recuerda cuando ve algunas ambulancias españolas. En una conversación con el Alcalde, él dice que las ambulancias están llenas de las posesiones de los Araquistáin y de Caballero. De la Mora se enfurece porque al ejército le falta muchas ambulancias para salvar a los soldados heridos. El Alcalde responde, “No tienes la culpa de personas como los Araquistáin y un hombre senil, tonto, viejo que tenía poder en otro tiempo.” Entonces, la última representación de Caballero que propone de la Mora es de un senil viejo. Otra vez pone en ecuación lo malo, lo estúpido, la vejez y la discapacidad. Aunque no representa a él como el Otro en términos de género ni de sexualidad, la técnica de marcar a una persona como el Otro está metida en la escritura y la manera de pensar de de la Mora.

En conclusión, tanto de la Mora como Guzmán e Hildegart definen al traidor de la gente de la Segunda República como el Otro. Yo he traducido *El confidete*, *¿Quo vadis, burguesía*, y *In Place of Splendor* con fieltad y según las teorías de Benjamin para que el lector moderno pueda acceder al pasado y entender como la sociedad preguerra concebía de todos los binarios—los del género, la sexualidad, y la discapacidad en particular. Los tres autores dejan claro que la heterosexualidad y la capacidad física obligatoria influían el modo en que funcionaba la sociedad española. Los ejemplos de Juan y López, don Pascual y Luis y Largo Caballero pueden abrir los ojos del lector de las traducciones sobre como funcionaba la heterosexualidad y la capacidad física obligatoria y como todavía influye la sociedad hoy en día. No importa si las

representaciones de Caballero y Alcalá Zamora son fieles o no; importa más que Hildegart y de la Mora lo representan como el Otro, y lo que esto dice de los autores y la gente en general de los años treinta.

Enterarse de la manera de marcar una persona como el Otro/malo puede dar al lector moderno un ojo más crítico y las herramientas que necesita para criticar a su propia sociedad. Espero que las traducciones sirvan como un anti ejemplo que empuje el lector a causar una disputa sobre el género y “la disolución de los binarios de género” (Butler 9). Mediante las traducciones, espero que el lector se dedique a crear una sociedad más inclusiva y *queer*. También debe convertirse en el nuevo traidor, un traidor al ciclo de la heterosexualidad y la capacidad física obligatoria.

Obras citadas

- "arcade, n." *OED Online*. Oxford University Press, March 2014. Web. 15 April 2014.
- Bacich, Damian. "La Celestina: Tragicomedy of Calisto and Melibea." *World Literature and Its Times: Profiles of Notable Literary Works and the Historical Events That Influenced Them*. Joyce Moss. Vol. 5: Spanish and Portuguese Literatures and Their Times (The Iberian Peninsula). Detroit: Gale Group, 2002. 79-86. *Gale Virtual Reference Library*. Web. 22 Apr. 2014.
- Beauvoir, Simone de. "The Second Sex." 1949. *The Norton Anthology of Theory and Criticism*. Ed. Vincent B. Leitch. 2nd ed. New York: W. W. Norton, 2010. 1265-273. Print.
- Benjamin, Walter. "The Task of the Translator: An Introduction to the Translation of Baudelaire's *Tableaux Parisiens*." 1923. Trans. Harry Zohn. *The Translation Studies Reader*. Ed. Lawrence Venuti. 2nd ed. New York: Routledge, 2000. 75-85. Print.
- Butler, Judith. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós, 2001. Print.
- Camaño Alegre, Beatriz. "Hildegart Rodríguez, La 'Virgen Roja'." *Ojáncano: Revista De Literatura Española* 34.(2008): 3-26. *MLA International Bibliography*. Web. 11 Sept. 2013.
- Capdevila-Argüelles, Nuria. "Iberian Feminism During The Second Republic: A Modern Approach To Unconventional Voices." *Dissidences: Hispanic Journal Of Theory And Criticism* 2.(2006): *MLA International Bibliography*. Web. 11 Sept. 2013.
- Cascardi, Anthony J. "Fuenteovejuna Play by Lope De Vega Carpio, 1619." *Reference Guide to*

- World Literature*. Ed. Sara Pendegrast and Tom Pendegrast. 3rd ed. Vol. 2. Detroit: St. James, 2003. 1271-272. *Gale Virtual Reference Library*. Web. 17 Nov. 2013.
- Colodny, Robert G. "Notes on the Origin of the Frente Popular in Spain." *Science & Society* 31.3 (1967): 257-74. *JSTOR*. Web. 1 Apr. 2014.
- Commire, Anne, ed. "Mora, Constanica De La (1906-1950)." *Dictionary of Women Worldwide: 25,000 Women Through the Ages*. Vol. 2. Detroit: Yorkin Publications, 2007. 1356. *Gale Virtual Reference Library*. Web. 20 Nov. 2013.
- Corbella, Manel Risques. "Disciplinados en 1936, ejecutados en 1939. Proceso sumarísimo a la Guardia Civil de Barcelona." *Ayer* 43 (2001): 139-61. *JSTOR*. Web. 1 Apr. 2014.
- de la Mora, Constanica. In Place of Splendor: The Autobiography of a Spanish Woman. New York: Harcourt, Brace and Co, 1939. Print.
- Mora, Constanica , and Jorge Semprún. Doble esplendor: autobiografía de una aristócrata española, republicana y comunista. Madrid: Gadir, 2004. Print.
- Domingo, Carmen. Mi querida hija Hildegart: Una historia que conmocionó a la España de la Segunda República. Barcelona: Ediciones Destino, 2008. Print.
- "El pacto electoral de los partidos de la izquierda." *El Socialista* [Madrid] 16 Jan. 1936: 1. Print.
- Fernán, Gómez F, Rafael Azcona, Eduardo. Guzmán, Leal A. Soler, Carmen Roldán, Manuel Galiana, and Guillermo Marín. Mi hija Hildegart. Spain: Divisa Home Video, 2012.
- Fox, Soledad. Constanica De La Mora in War and Exile: International Voice for the Spanish Republic. Brighton: Sussex Academic Press, 2007. Print.
- Greene, Thomas M. "Imitation and Anachronism." *The Light in Troy: Imitation and Discovery in Renaissance Poetry*. New Haven: Yale UP, 1982. 28-54. Print.
- Graham, Helen. "The Spanish Civil War; the road to a popular front." *History Today* 36.(1986):

- 19-23. *Humanities Full Text (H.W. Wilson)*. Web. 30 Mar. 2014.
- "guardia." *RAE Online*. Oxford University Press, March 2014. Web. 7 April 2014.
- "Guardia de Asalto." *Wikipedia, La enciclopedia libre*. Wikimedia Foundation, Inc., 3 Apr. 2014. Web. 7 Apr. 2014.
- Guzmán, Eduardo. *Aurora De Sangre: Vida Y Muerte De Hildegart*. Madrid: G. del Toro, 1973. Print.
- Guzmán, Eduardo. *El confidente*. Madrid: Ediciones Libertad, 1932. Print. La novela proletaria.
- Hildegart, Rodríguez Carballeira. *¿Quo vadis, burguesía?* Madrid: Ediciones Libertad, 1932. Print. La novela proletaria.
- Irigaray, Luce. "This Sex Which Is Not One." 1977. *Feminist Theory: A Reader*. Ed. Wendy K. Kolmar and Frances Bartkowski. 3rd ed. New York: McGraw-Hill, 2010. 260-64. Print.
- Johnson, Scott. *The Hero and the Class Struggle in the Contemporary Spanish Novel: An Essay on the Role of the Proletariat in Twentieth Century Spanish Literature*. New York: Gordon Press, 1977. Print.
- "José María Gil Robles." *Columbia Electronic Encyclopedia, 6Th Edition* (2013): 1. *Academic Search Complete*. Web. 28 Mar. 2014.
- Kietrys, Kyra. "Hildegart un the 1930s: Her Politics and Her Image." Manuscript under review. Nov. 2013.
- Largo, Caballero. *Discursos en la campaña de las elecciones del 16 de febrero de 1936 que dieran el triunfo al Frente Popular.*, 1936. Print.
- Lott, Robert E. "Azorín (1873–1967)." *European Writers: The Twentieth Century*. Ed. George Stade. Vol. 9. New York: Charles Scribner's Sons, 1983. 639-663. *Gale Virtual Reference Library*. Web. 1 Dec. 2013.

- McCarthy, M. C. "Quo Vadis." *New Catholic Encyclopedia*. 2nd ed. Vol. 11. Detroit: 2003. 873-874. *Gale Virtual Reference Library*. Web. 19 Nov. 2013.
- McRuer, Robert. *Crip Theory: Cultural Signs of Queerness and Disability*. New York: New York University Press, 2006. Internet resource.
- Madden, David. *Proletarian Writers of the Thirties*. Carbondale: Southern Illinois University Press, 1968. Print.
- Molina, José Luis Gutiérrez. "Andalucía y el anarquismo (1868-1936)." *Ayer* 45 (2002): 171-95. *JSTOR*. Web. 1 Apr. 2014.
- Montero, Rosa. *Historias de mujeres*. Madrid: Alfaguara, 1995. Print.
- Payne, Stanley G. *Spain's First Democracy: The Second Republic, 1931-1936*. Madison, Wis: University of Wisconsin Press, 1993. Print.
- "Port-Vendres." *Wikipedia, La enciclopedia libre*. Wikimedia Foundation, Inc., 7 Apr. 2013. Web. 4 Apr. 2014.
- Preston, Paul. *The Coming Of The Spanish Civil War : Reform, Reaction, And Revolution In The Second Republic*. London: Routledge, 1994. eBook Collection (EBSCOhost). Web. 11 Sept. 2013.
- Rich, Adrienne. "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence." 1980. *The Norton Anthology of Theory and Criticism*. Ed. Vincent B. Leitch. 2nd ed. New York: W. W. Norton, 2010. 1591-609. Print.
- Robinson, Douglas. *Becoming a Translator: An Introduction to the Theory and Practice of Translation*. 3rd ed. London: Routledge, 2003. Print.
- Santonja, Gonzalo. *La Novela Proletaria (1932-1933)*. Madrid: Ayuso, 1979. Print.
- Severin, Dorothy S. "Rojas, Fernando de." *Reference Guide to World Literature*. Ed. Sara

- Pendergast and Tom Pendergast. 3rd ed. Vol. 1: Authors. Detroit: St. James Press, 2003. 854-856. *Gale Virtual Reference Library*. Web. 29 Nov. 2013.
- "shock, n.3." *OED Online*. Oxford University Press, March 2014. Web. 7 April 2014.
- Sinclair, Alison. Sex And Society In Early Twentieth-Century Spain : Hildegart Rodríguez And The World League For Sexual Reform. Cardiff [Wales]: University of Wales Press, 2007. eBook Collection (EBSCOhost). Web. 11 Sept. 2013.
- "Spanish Civil War." *Europe Since 1914: Encyclopedia of the Age of War and Reconstruction*. Ed. John Merriman and Jay Winter. Vol. 4. Detroit: Charles Scribner's Sons, 2006. 2416-2424. *Gale Virtual Reference Library*. Web. 28 Mar. 2014.
- "tenpenny, adj. and n." *OED Online*. Oxford University Press, March 2014. Web. 8 April 2014.
- Townson, Nigel. The Crisis of Democracy in Spain: Centrist Politics Under the Second Republic, 1931-1936. Brighton: Sussex Academic Press, 2000. Print.
- Venuti, Lawrence. *The Translation Studies Reader*. London: Routledge, 2000. Print.